
HARLEQUIN
Bianca
MILLONARIOS
de INCOGNITO
RACHAEL
THOMAS
SECRETOS POR DESCUBRIR



SECRETOS POR DESCUBRIR

RACHAEL THOMAS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Secretos por descubrir, n.º 143 - agosto 2018
Título original: Di Marcello's Secret Son
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-691-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

ST. Moritz, febrero de 2017

ANTONIO Di Marcello saboreó el whisky Macallan 1946, que combinaba a la perfección con la descarga de adrenalina que todavía lo dominaba tras haber practicado parapente con Sebastien Atkinson, Stavros Xenakis y Alejandro Salazar. Había sido un temible desafío, pero parecía que Sebastien, que había fundado aquel club de deportes extremos mientras estudiaba en Oxford, tenía en mente algo aún más peligroso.

Hacía tiempo que Sebastien, el mayor del grupo, había adoptado el papel de mentor de los demás, pero había estado a punto de sufrir una tragedia que lo había cambiado, que los había cambiado a todos. Que sus amigos lo hubieran rescatado después de haber sido sepultado por un alud en el Himalaya había convertido a Sebastien en otro hombre, que, poco después, había hecho lo impensable: se había casado.

Antonio miró a los tres hombres mientras la tensión entre ellos aumentaba. ¿Qué demonios pasaba? Normalmente estarían disfrutando de la compañía de mujeres como las tres rubias platino que no dejaban de lanzarles miradas seductoras. Pero esa noche era distinto, y no solo porque Sebastien estuviera felizmente casado.

–¿Cómo está tu esposa? –le preguntó Stavros.

–Bien y, desde luego, es mejor compañía que tú. ¿Por qué estás tan serio esta noche?

–Todavía no he ganado. Y mi abuelo amenaza con desheredarme si no me caso pronto. Le he mandado a freír espárragos, pero… –Stavros frunció el ceño y dio un largo trago de whisky para intentar

olvidar sus problemas.

Antonio sabía la presión a la que lo tenía sometido su abuelo y conocía las amenazas solapadas que este utilizaba para ejercer dicha presión.

Él mismo había sucumbido a una presión similar por parte de su familia cuando se había casado con Eloisa, un matrimonio para unir a ambas familias que estaba condenado a fracasar desde el principio. Ahora era el único divorciado del grupo y la experiencia le había dejado un regusto amargo del que aún no había podido deshacerse.

–Tu madre –dijo Alejandro, con expresión concentrada. Como Antonio y Stavros, había heredado la fortuna que poseía y la había incrementado, pero ahora contemplaba a Sebastien, un multimillonario hecho a sí mismo, con recelo. ¿Notaba él también que algo iba mal?

–Exactamente –afirmó Stavros.

–¿No os parece a veces que pasamos demasiado tiempo contando nuestro dinero y fijándonos en cosas superficiales en vez de hacer algo más significativo? –Sebastien los miró uno a uno. La partida de póquer había quedado olvidada.

–Cuatro copas y ya está filosofando –dijo Antonio a Alejandro al tiempo que lanzaba un puñado de fichas a la mesa.

–Hablo en serio –insistió Sebastien–. A nuestro nivel, son cifras en una página, puntos en un marcador. ¿En qué contribuye a nuestras vidas? El dinero no da la felicidad.

Las fichas de Sebastien hicieron ruido cuando las levantó levemente para dejarlas caer sobre la mesa. Sostuvo la mirada de Antonio antes de centrarse en Stavros y Alejandro. Antonio sabía que lo que fuera a decir sería importante. Lo conocía lo suficiente para saber que sería mucho más que un comentario aparentemente despreocupado sobre el dinero, ya que era el único multimillonario hecho a sí mismo de la sala.

–Pero proporciona algunos sustitutos muy agradables –Antonio dio otro trago de whisky y se recostó en la silla. El juego había perdido todo el interés para él.

Sebastien hizo una mueca.

–¿Como tus coches, Antonio?, ¿tu isla privada, Alejandro? Ni siquiera utilizas ese barco del que tan orgulloso estás, Stavros. Nos

compramos juguetes caros para jugar a juegos peligrosos, pero ¿nos enriquecen la vida? ¿Nos alimentan el espíritu?

–¿Qué propones? –preguntó Alejandro–. ¿Que nos vayamos a vivir con los budistas a la montaña?, ¿que aprendamos el significado de la vida?, ¿que renunciemos a los bienes terrenales para buscar la claridad interior?

–Vosotros tres no resistiríais dos semanas sin el apoyo de vuestra fortuna y vuestro apellido –la voz de Sebastien se endureció.

–¿Y tú? –contraatacó Stavros–. ¿Vas a decirnos que volverías a estar sin un céntimo, como antes de ganar tu fortuna? Pasar hambre no es ser feliz. Por eso ahora eres una canalla rico.

–He pensado en donar la mitad de mi fortuna para crear un fondo de búsqueda y rescate. No todos tienen amigos que los desentierren de un alud con sus propias manos.

–¿Lo dices en serio? –preguntó Alejandro–. Y eso, ¿cuánto es? ¿Cinco mil millones?

–No te los puedes llevar contigo –filosofó Sebastien–. Monika está de acuerdo, pero me lo estoy pensando. Os propongo una cosa: lo haré si os pasáis dos semanas sin las tarjetas de crédito –afirmó muy serio.

Aunque se había dirigido a los tres, Antonio tuvo la impresión de que lo había hecho especialmente a él.

–¿Y cuándo empezaríamos? Todos tenemos responsabilidades –dijo Alejandro mirando a Stavros y luego a Antonio, que asintió.

–Muy bien, arreglad vuestros asuntos, pero estad preparados para cuando os llame para pasar dos semanas en el mundo real.

El silencio en la sala era más pesado que toda la nieve que tuvieron que quitar para arrancar a su amigo de las garras de la muerte.

Antonio intentó apartar de sí la sensación de peligro inminente. La velada no debería estar desarrollándose de ese modo. Acababan de superar un temible reto, pero lo que Sebastien proponía superaba con mucho los desafíos a los que se enfrentaban habitualmente. Era el desafío definitivo.

–¿De verdad vas a apostar la mitad de tu fortuna en este reto? –intervino Alejandro. Ya ninguno pensaba en la partida de póquer.

–Si tú apuestas tu isla y algún otro juguete –afirmó Sebastien con calma–. Os diré cuándo y dónde.

–Muy bien –Stavros fue el primero en hablar–. Cuenta conmigo.

Antonio miró a Stavros y a Alejandro y vio en sus ojos la misma sospecha que había en los suyos. ¿Qué demonios planeaba Sebastien y qué relación tenía con el hecho de estar dos semanas sin sus tarjetas de crédito, su fortuna y su apellido?

Capítulo 1

HACÍA cuatro meses que Antonio había aceptado el desafío de Sebastien, que comenzaba ese día: dos semanas sin dinero y todo lo que conllevaba. Durante los catorce días siguientes, la única relación que tendría con su vida habitual sería a través de Stavros y Alejandro, que seguían esperando a saber lo que Sebastien había planeado para ellos.

Antonio entró y cerró la puerta del piso. Los sonidos de las calles de Milán se filtraban y parecían rebotar en la habitación escasamente amueblada, que era la principal de la vivienda a la que Sebastien lo había enviado.

Miró a su alrededor. Aquello tenía que ser una broma. ¿A qué jugaba Sebastien? Vio una nota sobre un montón de ropa y unas botas que habían dejado en los asientos negros que, a lo largo de una pared, hacían las veces de sofá. Antonio esperaba que no hicieran también las veces de cama.

Sus zapatos de diseño resonaron con fuerza en las baldosas blancas al cruzar la pequeña estancia para agarrar el sobre dirigido a él. No había error posible: estaba en el sitio correcto. Miró la ropa y las botas y lanzó una maldición en italiano.

Además de que Milán estaba muy cerca de donde vivían sus padres, con los que no se hablaba, y de que era la ciudad en que había vivido con su exesposa durante los escasos meses que su matrimonio, por así decirlo, había durado, también era donde había conocido a la única mujer que había puesto a prueba sus deberes para con su familia y su honor. Había vencido la pasión y el deseo, pero su breve aventura de un fin de semana con Sadie Parker le había hecho desear que las cosas fueran distintas, que él fuera

distinto y que su destino no lo hubiera decidido una familia que solo pensaba en el apellido.

Enfadado, abrió el sobre.

Bienvenido a tu casa. Durante las dos próximas semanas, Antonio Di Marcello no existirá. Te llamarás Toni Adessi y, en cuanto te hayas cambiado de ropa, debes dirigirte al Centro Auto Barzetti, en la acera de enfrente, donde trabajarás de incógnito durante las dos semanas próximas.

Solo te pondrás en contacto conmigo, o con Stavros o Alejandro, mediante el teléfono que se te proporcionará. No te pondrás en contacto con nadie más por ningún otro medio durante esos días. Tienes doscientos euros para vivir. No podrás desvelar tu verdadera identidad bajo ninguna circunstancia. Si tienes éxito, haré la donación prometida de cinco mil millones de dólares para crear un fondo de búsqueda y rescate.

Emplea el tiempo con inteligencia. Este reto no tiene que ver con arreglar coches, Antonio, sino con arreglar tu pasado.

Sebastien

Antonio se negó a prestar atención a la última frase, agarró el móvil pasado de moda y examinó los contactos. Solo había tres: Stavros y Alejandro, que también habían aceptado el extraño desafío, y el propio Sebastien.

Antonio, furioso, soltó un improperio. ¿Cómo iba a dirigir su negocio sin un teléfono decente y desde aquella primitiva habitación? Ni siquiera había un ordenador portátil, solo un aparato de televisión, el más pequeño que había visto en su vida.

Estuvo tentado de marcharse y volver a la normalidad, pero hacerlo implicaría mucho más que fracasar ante el reto e incluso más que el hecho de que Sebastien no creara el fondo solidario, como había prometido, si los tres tenían éxito. Ese fondo era importante para todos, después del alud que podía haberles arrebatado a Sebastien. Pero el presente desafío era mayor porque se relacionaba con un código de honor tan fuerte que ninguno de ellos lo pondría en duda ni lo desobedecería.

Antonio miró el mono de trabajo, la camiseta y los vaqueros, todos manchados de grasa de verdad y se mordió la lengua para no

seguir maldiciendo. Debía tener éxito. No contemplaba el fracaso. Demostraría a Sebastien que podía trabajar de incógnito y llevar a cabo todo lo que implicaba la apuesta.

Aunque hubiera nacido en una familia adinerada, había amasado una fortuna mayor al hacerse cargo de la empresa de construcción familiar. Había luchado por ella tanto como Sebastien por la suya. La riqueza familiar y unos antepasados importantes no eran tan beneficiosos como pensaba el fundador del club.

Volvió a soltar un juramento. Fuera lo que fuera lo que Sebastien había ideado para él, debía avisar a Stavros y a Alejandro de que su amigo iba en serio, de que la apuesta iba más allá de demostrar que podían sobrevivir sin su riqueza y todo lo que conllevaba, todas esas cosas superficiales que Sebastien había despreciado meses antes.

Un rápido examen del teléfono le reveló que al menos tenía cámara, e hizo una foto de la ropa y el dinero y se la envió a Stavros y a Alejandro.

> *Este seré yo durante las dos próximas semanas: Toni Adessi, un mecánico con ropa manchada de grasa en Milán, ni más ni menos. Estáis avisados:¡Sebastien va en serio!*

Se quitó el traje hecho a medida al que no había querido renunciar esa mañana, a pesar de que Sebastien le había dicho que tenía que ir de incógnito y disfrazado antes de llegar. Lo colgó en el respaldo de la silla y se puso los vaqueros, la camiseta y el mono, además de las gafas de sol que le habían dejado y la gorra. Siempre llevaba gafas de sol, pero no tan baratas ni chabacanas como aquellas. Las botas de trabajo completaron su atuendo y, al mirarse en el espejo que colgaba de la puerta, apenas se reconoció.

Por lo menos había seguido las recomendaciones de Sebastien en lo referente a no afeitarse en las dos semanas anteriores, lo que había alarmado a su secretaria. La barba le resultaba incómoda tanto de ver como de llevar. La gorra ocultó los espesos y negros rizos de su cabello.

No se reconoció como Antonio Di Marcello, heredero de la fortuna de los Di Marcello y hombre de negocios.

Cruzó la habitación. Las botas eran pesadas y las sentía extrañas

en los pies. Ni siquiera eran nuevas, algo en lo que prefirió no pensar demasiado. Miró por la estrecha ventana y vio el taller donde iba a trabajar. Se le escapó una breve carcajada. Sebastien había hecho los deberes muy bien. No solo lo había mandado a trabajar a un taller, donde podría satisfacer su pasión por los motores, sino que estaba en Milán, donde se hallaba la casa de sus padres. No había vuelto desde su divorcio.

Se había divorciado tres años antes. ¿Era ese el verdadero desafío, el pasado que debía enmendar? Su matrimonio no tenía arreglo. Sebastien era el único que sabía la verdad y la carga que le suponía la promesa que había hecho a su exesposa. Entonces, ¿por qué Milán? ¿Para arreglar la dañada relación son sus padres?

La imagen de su exesposa apareció en su mente, pero, como siempre, la expulsó la de Sadie, la única mujer que había estado a punto de robarle el corazón para siempre. Sadie y él habían pasado un fin de semana salvaje y apasionado más de tres años antes, allí, en Milán, unas semanas antes de que él sucumbiera a la presión de su tiránico padre y se casara con Eloisa. Desde el momento en que besó a Sadie por primera vez, se convirtió en la mujer con la que de verdad habría querido estar, si la tradición y el honor familiares no se le hubieran venido encima como un oso salvaje. Si hubiera sabido lo que ahora sabía sobre su exesposa, no hubiera dejado marchar a Sadie, al menos hasta no estar preparado para hacerlo.

Se quitó la gorra y estuvo a punto de lanzarla contra la pared y olvidar aquella ridícula situación y los recuerdos que le removía. Tales pensamientos ya no le servían de nada, por lo que los apartó de su cerebro con furia.

Tenía que vivir como otra persona durante dos semanas. Demostraría a Sebastien que estaba a la altura de ese desafío y de cualquier otro que se le ocurriera. Totalmente resuelto, dejó a Antonio Di Marcello en el piso y se convirtió en Toni Adessi.

Cruzó la calle y se dirigió al taller donde iba a trabajar. Por lo menos, era un trabajo que podía realizar de modo convincente. Desde niño le habían encantado los coches y los motores, gracias a su insólita amistad con el jardinero de la finca donde vivía, que era un apasionado de las carreras de coches.

Llevaba algo más de dos horas trabajando cuando entendió por qué Sebastien lo había mandado no solo a Milán, sino también a aquel taller. Alzó la cabeza para mirar la planta de arriba, donde se hallaba la oficina, y, al principio, a través de la ventana de la misma, creyó estar viendo visiones, que el hecho de volver a estar en aquella zona hacía que Sadie Parker se le apareciera como un fantasma de lo que pudo haber sido, para atormentarlo por su desafortunada decisión de poner a su familia y su deber por encima de sus deseos.

Sadie Parker era la única mujer que le había hecho desear cosas que no podía poseer, la única de la que se había alejado antes de estar listo para ello. Sin saber cómo enfrentarse a aquel inesperado giro de los acontecimientos, volvió a dirigir la atención a la clienta y ocultó su sorpresa recurriendo a su encanto habitual.

Volvió a alzar la vista y vio que Sadie se había girado y dejado de mirar por la ventana para hablar con alguien en la oficina. Aprovechó que estaba distraída para examinarla y recordar la suavidad de su cabello y el ansia de sus labios.

La clienta le dirigió la palabra, lo cual le hizo volver al presente y recordar que estaba allí de incógnito. Si Sadie lo reconocía, estaba perdido. La apuesta acabaría casi antes de haber comenzado, pero no iba a consentir que un bonito rostro del pasado lo echara todo a perder. Fracasar no era una opción.

Sadie observó al nuevo mecánico desde la ventanita de la oficina que daba al taller. No lo había visto antes, pero le resultaba familiar. Mientras él cambiaba la rueda del coche de una mujer, su curiosidad aumentó. Su forma de moverse despertaba en ella recuerdos que prefería no remover.

Incluso a distancia, era asombroso cómo se parecía a Antonio Di Marcello, el hombre que, cuatro años antes y en solo dos días, le había robado el corazón y la había imposibilitado para querer a otro. No había conseguido olvidarlo, a pesar de lo mucho que lo había intentado. Pero los ojos oscuros de su hijo, el niño al que Antonio había dado la espalda, se lo traían a la memoria.

–Ese es Toni Adessi –le dijo su colega Daniela al acercarse también a la ventana–. Es muy atractivo.

–Posiblemente –Sadie no podía dejar de mirarlo, a pesar de que le reavivaba los recuerdos de un fin de semana maravillosamente romántico. Los apartó de su mente porque no iba a consentir que un desconocido con barba, que tenía cierto parecido con el padre de Leo, la llevara de vuelta al pasado–. Pero parece peligroso.

–Daniela se echó a reír.

–¿Qué quieres decir con «peligroso»?

–Míralo. Desprende encanto, como si creyera que es mucho mejor de lo que es, como si todas las mujeres fueran a correr a colgarse de su brazo –sabía que estaba proyectando los defectos de Antonio Di Marcello en el nuevo mecánico, pero era difícil no hacerlo cuando hacía los mismos gestos que el hombre que no solo la había abandonado para casarse con otra mujer, sino que había hecho caso omiso de que su aventura de fin de semana lo hubiera convertido en padre.

No, no podía ser Antonio, ya que este nunca se rebajaría a estar al nivel de un trabajador corriente, como tampoco se casaría con una mujer corriente. Algo que la madre de él le había dejado muy claro.

–Con independencia de lo que el padre de Leo te hiciera, debes olvidarlo y seguir adelante ya que, si no, no encontrarás el amor.

El consejo de Daniela le recordó el de su madre. Ambas tenían razón. Incluso había creído que podía hacerlo, que estaba comenzando a olvidar aquel fin de semana que había cambiado su destino, que había dejado de tener la esperanza de que Antonio Di Marcello quisiera conocer a su hijo… hasta que había aparecido el nuevo mecánico y le había reabierto las heridas.

–Leo y yo estamos bien como estamos –afirmó Sadie con impaciencia.

No le gustaba que le recordaran lo que había sido estar embarazada de Antonio cuando él la había dejado para casarse con otra. Había intentado comunicarle que iba a ser padre, había enviado mensajes a la imponente mansión, que había averiguado que era de su familia, y había soportado la reprimenda de la madre de él, pero no había vuelto a saber nada de Antonio.

–Pues no te vendría mal divertirte un poco –apuntó Daniela–. Flirtea, pásatelo bien. Solo tienes veintitrés años. Eres demasiado joven para renunciar a la diversión o a los hombres.

–No pienso divertirme.

–Deberías, y esta es la ocasión perfecta. Está subiendo –Daniela soltó una risita malévola.

Sadie, horrorizada, vio que la puerta de la oficina se abría. Se quedó sin respiración al mirar al nuevo mecánico mientras trataba de recordar el nombre que le había dicho Daniela.

Se había bajado la parte superior del mono y atado las mangas a la cintura. La camiseta que llevaba debajo dejaba al descubierto sus musculosos y bronceados brazos. Ella los observó y se sonrojó. ¿O fue al recordar dos noches apasionadas que aquel hombre había hecho que recuperara de su pasado, de un pasado que pertenecía a una Sadie muy distinta?

–¿Qué desea? –preguntó ella solícita, olvidándose de su italiano de principiante y utilizando el inglés, su lengua materna. ¿Desde cuándo un hombre la confundía tanto que no conseguía pensar con claridad?

Ninguno lo había hecho desde Antonio Di Marcello.

–¿Es inglesa? –el acento del hombre era tan distinto del de Antonio que ella se tranquilizó un poco. Aunque se pareciera al padre de su hijo y le hubiera removido los recuerdos del pasado, con aquel rostro sin afeitar y el cabello despeinado que se le escapaba de la gorra, no podía ser Antonio.

Este siempre iba inmaculado. En aquel fin de semana, ella había notado su atención a los detalles, por lo que sabía que nunca se hubiera dejado barba, sobre todo una tan poco cuidada como la de aquel hombre.

–¿Le supone un problema que lo sea? –preguntó ella con brusquedad, molesta por la manera descarada en que la miraba. Carecía de los modales y la gracia de Antonio, que lo hacían superior a cualquier otro hombre que hubiera conocido antes o después de aquellas dos noches de felicidad.

Se situó de pie detrás del escritorio y examinó a aquel espécimen masculino, tan grosero como refinado era Antonio. Llevaba el cabello despeinado y la barba descuidada. Su camiseta blanca distaba mucho de estar limpia y tenía los brazos mugrientos. Se parecía al hombre que le había robado el corazón, al padre de su hijo de tres años, pero eso era todo. Definitivamente, no era el hombre con quien querría divertirse, con independencia de lo que

pensara Daniela.

–No, *cara* –contestó él al tiempo que dejaba la hoja de trabajo. Después se dirigió a la puerta, pero se volvió y le sonrió, o eso creyó ella, ya que la barba hacía difícil descifrarlo–. Me gusta el reto que supone cualquier mujer, sea de la nacionalidad que sea.

Sadie tomó aire con fuerza, incapaz de creer la audacia de aquel hombre. Si creía que ella sería su siguiente desafío, estaba muy equivocado. Se acercó a la ventana y lo miró mientras volvía al taller y, horrorizada, vio que él se giraba y le mandaba un beso.

Enfadada, se dirigió a Daniela.

–Si crees que voy a divertirme con ese tipo, vas totalmente desencaminada.

–No te digo que te cases –Daniela le sonrió–. Solo que te lo pases bien.

Sadie volvió al escritorio e intentó centrarse en las cifras que tenía ante la vista. Quienquiera que fuera aquel hombre, había deshecho en una mañana lo que ella había conseguido en tres años, desde el nacimiento de Leo. Había devuelto a Antonio Di Marcello al centro de sus pensamientos.

Solo por eso no quería tener nada que ver con Toni Adessi.

A Antonio le resultaba difícil creer que hubiera salido indemne de aquel corto encuentro. Al entrar en la oficina estaba seguro de que Sadie lo reconocería. Sus ojos verdes, tan sexys, lo habían mirado con recelo, por lo que Antonio agradeció en silencio haber seguido el consejo de Sebastien y haberse disfrazado.

Aunque ella fuera la mujer a la que seguía deseando, la apuesta tenía prioridad. No iba a poner en peligro su éxito, el de Stavros y el de Alejandro, por una mujer. Al fin y al cabo, ella seguiría allí dos semanas después. Podría divertirse antes de recuperar su identidad.

Horas más tarde, después de haber ayudado a cambiar un motor y de haber reprimido el impulso de decir al otro mecánico, mayor que él, cómo hacerlo, Antonio vio que Sadie, con la chaqueta en el brazo y el bolso al hombro, se dirigía a la puerta principal del taller.

Estaba maravillosa. El vestido veraniego que llevaba le realzaba la figura. Era más hermosa de lo que recordaba. Tenía diecinueve

años el fin de semana en que compartieron aquellas horas apasionadas. Ahora, cuatro años después, era más deseable y sexy, y a Antonio le disgustaba enormemente no poder recuperar su identidad y retomarlo donde lo habían dejado. A fin de cuentas, el deber y el honor familiares ya no dependían de él. No volvería a ceder a la manipulación de sus padres.

Había sido el primer amante de Sadie. Antonio se decía que por eso no había sido capaz de olvidar aquellas dos noches. Y ahora estaba allí, de incógnito y totalmente incapaz de darse a conocer a Sadie.

Si ella averiguaba la verdad antes de que acabaran las dos semanas, él perdería la apuesta. Defraudaría a todos y demostraría que Sebastien tenía razón: que no podían pasarse sin dinero dos semanas. Esa posibilidad era impensable.

No, Sadie Parker debería esperar hasta que Antonio volviera. De momento, Toni Adessi podía dedicarse a flirtear un poco para sondearla.

–¿Va a algún sitio agradable? –preguntó. Cuando ella se volvió a mirarlo con desagrado, él le sonrió con petulancia. Sus malos modales ayudaban a mantenerlo en el papel, a mantener el disfraz.

–Sí, voy a recoger a mi hijo a la guardería.

¿Tenía un hijo?

La noticia lo desarmó. ¿Su Sadie con otro hombre? La idea no le hizo ninguna gracia. Pero ¿qué derecho tenía a sentirse agraviado cuando había dado fin a la aventura casi antes de que hubiera comenzado?

Sabía desde el principio que no tenía más remedio que casarse, como esperaba su familia. No había previsto ningún problema, ya que Eloisa y él se conocían desde niños, aunque él nunca la había considerado nada más que una amiga. Sin embargo, su madre y Eloisa estaban muy unidas, casi como si fueran madre e hija, y él también deseaba lo mejor para la empresa y el apellido de la familia. ¿Qué podía salir mal, había pensado, cuando sabía que no iba a casarse por amor, ese sentimiento tan escurridizo?

No había recibido amor en su infancia, así que una boda basada en la amistad no le parecía mal. Era la forma perfecta de evitar las horribles consecuencias que había contemplado cuando una pareja se casaba enamorada y luego se deshacía, proceso que solía

representarse ante los medios de comunicación. Así que aceptó.

El acuerdo de que hubiera boda implicaba que debía alejarse de Sadie después de solo un fin de semana juntos. Pero parecía que ella había hecho justo lo que él esperaba: seguir adelante y hallar a otra persona. Entonces, ¿por qué le molestaba tanto?

Miró la mano izquierda de Sadie. No llevaba anillo.

–¿Cómo se llama su hijo?

–Leo –contestó ella, pero no echó a andar de nuevo, y él se preguntó si lo había reconocido–. Aunque no es asunto suyo.

–Su padre estará orgulloso –afirmó él. Necesitaba saber más del hombre que lo había sustituido en la vida de Sadie, el que había sido algo más que la aventura del fin de semana apasionado que habían compartido.

–Soy madre soltera.

Sus palabras lo golpearon como un coche a gran velocidad. Ella no había encontrado la felicidad que habían intuido ese fin de semana ni tampoco él al casarse con Eloisa.

Sadie lo miró a los ojos y Antonio se olvidó momentáneamente de la apuesta y de la necesidad de ser un hombre distinto. Solo pensaba en que otro hombre la había dejado en la situación en que se hallaba. Él nunca había tenido nada que ver con una mujer que tuviera un hijo, pero la necesidad de proteger a Sadie, de cuidarla y cuidar a su hijo, era tan intensa que no le dejaba sitio para otro tipo de pensamientos. También tenía muchas ganas de hablar seriamente con aquel hombre.

–Por hoy he terminado –dijo mientras se limpiaba las manos manchadas de grasa con un paño. Se olvidó de exagerar su acento y de parecer el hombre excesivamente desenvuelto que se había inventado esa mañana para completar su disfraz–. ¿Puedo acompañarla?

Ella lo miró y él se dio cuenta de que había hablado como lo hacía normalmente y casi vio la pregunta dibujada en su rostro.

–No hace falta –dijo ella, pero siguió sin retomar su camino. ¿Le estaba atormentando?

–Soy nuevo en la ciudad –afirmó él recurriendo a su encanto al tiempo que recuperaba su disfraz–. Una mujer bonita a mi lado supondría un hermoso final para este día, ¿no le parece?

–Voy aquí cerca –dijo ella disponiéndose a seguir andando. Pero

él no iba a consentir que se escabullera con tanta facilidad, por lo que miró a su jefe para que le diera permiso para marcharse, algo que no estaba acostumbrado a pedir, ya que nadie gobernaba a Antonio Di Marcello. Ya no.

–Entonces, la acompañaré hasta donde vaya.

Sadie salió del taller sin haber aceptado su ofrecimiento. Él tiró el trapo, la siguió y la alcanzó. Recordó una noche en que, de la mano, habían paseado por el centro de Milán antes de volver al hotel para pasar la noche más memorable de su vida.

–Me recuerda a alguien.

Él se quedó helado. Era peligroso acercarse a Sadie; ella podía descubrir quién era. Si lo descubría, lo estropearía todo tanto para él como para Stavros y Alejandro. La tentación que le suponía ella era más seductora que la que le había supuesto semanas antes de su boda, pero Antonio Di Marcello tendría que ser paciente.

Sadie Parker era un asunto que había dejado a medias y que pensaba retomar.

–A alguien bueno, ¿no? –él rio mientras ella andaba con rapidez, sin mirarlo. Se detuvo frente a una casa alta y estrecha, con las persianas bajadas para protegerse del sol de la tarde.

–Me quedo aquí. Nos veremos mañana en el trabajo –si eso no le dejaba claro que no deseaba su compañía, nada lo haría.

Él le miró a los labios y revivió su sabor en el primer beso, el que había sellado el destino de ambos. Quería volver a besarla, volver a hacerla suya. Sin embargo, ya no era Antonio Di Marcello, el hombre que la había hecho el amor apasionadamente, sino Toni Adessi, el tosco mecánico al que acababa de conocer.

¿Le interesaría a Sadie el hombre que era ahora?

Y él, ¿de verdad quería tener una relación con una mujer con un hijo? Era una de sus reglas principales: mujeres solteras sin vínculos ni compromisos. No quería complicarse la vida con las mujeres.

–Me encantará –le sonrió con el famoso encanto de Antonio Di Marcello, y vio que ella fruncía el ceño. Menos mal que se había dejado la barba y llevaba gafas de sol.

–No busco a un hombre para que forme parte de mi vida, señor Adessi –dijo ella, sorprendiéndolo con su sinceridad.

–No le pido que se case conmigo –no lo deseaba en absoluto, después de su experiencia previa–. Solo que nos divirtamos un poco.

–Una madre soltera no se divierte. Perdone, pero mi hijo me espera.

Ella entró en el edificio y lo dejó en la calle, incapaz de comprender lo que acababa de suceder. A Antonio Di Marcello lo había rechazado precisamente la clase de mujer con la que se había jurado a sí mismo que nunca se relacionaría. ¿Qué le pasaba? Que tuviera que vivir dos semanas como Toni Adessi no implicaba que abandonase su identidad real por completo.

El sentido común prevaleció. La apuesta era lo primero. Nada más importaba hasta que no hubieran transcurrido las dos semanas. Después, todo sería muy distinto.

Capítulo 2

DESPUÉS de haberle dicho al impaciente y dominante nuevo mecánico que era madre soltera, Sadie había pasado el resto de la semana más tranquila, ya que él se mantuvo a distancia. No había vuelto a hablar con ella desde el primer día, aunque habían intercambiado algunas miradas en el taller. Cada vez le recordaba más al padre de Leo, lo que no le agradaba en absoluto.

Como era domingo y brillaba el sol con la promesa del verano, decidió olvidarse del parecido del nuevo mecánico con Antonio e ir con Leo al parque infantil. No quería seguir pensando en el hombre que les había dado la espalda a ella y a su hijo con tan frío desprecio.

–*¡Mamma!* –gritó Leo entusiasmado mientras ella hacía girar suavemente el tiovivo. Pero su mirada se dirigió más allá de ella, por lo que Sadie se volvió rápidamente, llena de aprensión.

–*Buon giorno* –la voz profunda de Toni la sobresaltó. Tenía el ceño fruncido por lo que, a pesar de que llevaba puestas las gafas de sol, ella supo que estaba presuponiendo más cosas sobre ella. ¿Aceptaba que no le había mentido, que tenía un hijo y, por tanto, ya no estaba interesado en flirtear con ella de modo tan descarado? Tal vez se marchara al ver que le había dicho la verdad y dejara que Leo y ella siguieran disfrutando del día.

–¿Qué hace aquí? –preguntó ella en inglés.

Él la confundía tanto que prefería no usar una lengua que estaba tratando de dominar. El hecho de que se hubiera matriculado en un curso de italiano cuando sus padres y ella se habían trasladado a Italia, cuando ella tenía casi dieciocho años, había merecido los elogios del hombre al que había entregado, sin pensarlo, algo más

que su corazón. Pero aquel hombre no era Antonio. Haría bien en recordarlo.

–He echado de menos no hablar con usted en el trabajo esta semana –él dio un paso hacia ella. Los vaqueros que llevaba le hacían parecer alto y fuerte y las mangas de su camiseta tapaban unos brazos musculosos que evocaron en ella más recuerdos sensuales; recuerdos de cómo la había abrazado él después de haberla poseído apasionadamente y haberla hecho suya para siempre.

Apartó aquellas vívidas imágenes de la mente y se reprochó estar examinando a aquel hombre en tanto detalle. Solo una vez había sucumbido a tal encanto y se había dejado seducir por el momento y por un hombre. Y ahí estaban las consecuencias: una aventura corta y apasionada que recordaría siempre. Nunca conseguiría eliminar del todo el recuerdo de Antonio.

Él se había marchado tranquilamente porque tenía que casarse con otra mujer, una heredera, más adecuada a su posición. Era la boda que sus padres deseaban, le había explicado, porque uniría a dos familias que llevaban dos generaciones uniéndose en matrimonio. Era su deber y, como heredero de la familia Di Marcello, cumpliría con él. Se había burlado de la idea del amor y había destruido el que ella sentía por él y sus sueños de un futuro feliz con el hombre del que tan fácilmente se había enamorado.

Ella se quedó tan destrozada por su rechazo que al principio fue incapaz de aceptar lo que su cuerpo le indicaba. No quería saber que estaba embarazada de un hombre al que era muy fácil querer, pero que la había abandonado sin mirar atrás.

–He estado ocupada –dijo, irritada porque el mecánico la hiciera pensar en el hombre que había despreciado sus sentimientos. Su duro rechazo y su falta de reconocimiento posterior de que era padre resurgían de donde los había enterrado cuatro años antes. Y el corazón se le volvía a desgarrar.

–Entonces, espero que no esté ocupada la semana que viene –comentó él enarcando las cejas de modo insinuante tras las gafas de sol que siempre llevaba puestas. De hecho, no lo había visto sin ellas, y con aquella barba era casi imposible verle el rostro.

«Tampoco es que quieras vérselo», pensó. Recordó la promesa que había hecho de no volver a consentir que un hombre la hiciera

sufrir y, sobre todo, de no consentir que Leo conociera el dolor del rechazo.

–Siempre estoy ocupada, señor…

–Señor Adessi.

–Como le decía, siempre estoy ocupada con el trabajo o con Leo –miró a su hijo en el tiovivo, que comenzaba a reducir la velocidad, horrorizada porque, durante unos segundos, Toni Adessi la hubiera hecho olvidarse del pequeño, porque la hubiera arrastrado al pasado, al apasionado fin de semana en que Leo había sido concebido.

–Es un niño muy guapo.

–Así es –no quería hablar de Leo con aquel hombre, que la hacía sentir tan incómoda, tan atrapada por sentimientos que no la ayudaban en absoluto.

Toni la miró y a ella le molestó no poder verle los ojos. Estaba de pie entre Leo y él como una leona a la defensiva. Leo y ella no necesitaban a nadie, a pesar de que el niño había empezado a darse cuenta de que era distinto de sus amigos, de que no tenía padre. En cuanto a ella, no volvería a ser tan estúpida.

–Se parece a su padre, ¿verdad?

La pregunta de Toni, que la miró y después miró a Leo, abrió la puerta del pasado un poco más, y ella, en respuesta, reforzó la fortaleza que había levantado alrededor de ambos, para estar a salvo de aquella amenaza. Aunque no sabía de qué clase de amenaza se trataba, fuera cual fuera, no consentiría que se aproximara a su hijo.

Antonio se quedó mirando al niño en estado de shock. Primero sintió frío y, después, una ardiente cólera. El cálculo que acababa de hacer le indicaba que el niño tendría tres años, a pesar de no estar familiarizado con niños pequeños. Pero no era eso lo que le corroía. Sus cálculos indicaban que el pequeño había nacido unos nueve meses después del apasionado fin de semana que él, Antonio Di Marcello, había compartido con Sadie, una joven recién trasladada a Italia y a la que había sido muy fácil conquistar.

Mientras digería tales pensamientos se dio cuenta de cuál era el desafío de Sebastien: no el de arreglar la relación con sus padres ni

tratar de tender un puente a su exesposa. Tenía que ver con aquella mujer, de la que le había hablado a Sebastien, después del alud, en un momento en que lo había traicionado la emoción.

Había sido un momento de abrir el corazón, de contar secretos, y él le dijo que Sadie era la mujer adecuada para él, pero que había aparecido en el momento equivocado. ¿Lo había mandado Sebastien allí sabiendo que Sadie trabajaba en el taller? Si no, era demasiada coincidencia.

Ahora lo veía todo con claridad. La apuesta no tenía nada que ver con vivir con doscientos euros en un piso minúsculo, sino con lo que pudo haber sido, con enmendar el pasado; eso era lo que Sebastien decía en la nota. El desafío era Sadie Parker, la mujer de la que había hablado a Sebastien y la que le había hecho desear cosas diferentes.

Lo que pretendía Sebastien era que se enfrentara a la mujer que había conseguido que deseara algo más que el frío compromiso matrimonial al que había accedido por su deber hacia el apellido familiar.

Sin embargo, ¿sabía su amigo lo del niño? ¿Sería el pequeño consecuencia de aquellos escasos días de pasión? ¿Era el heredero de los Di Marcello que su familia hubiera deseado tener con su boda?

Se imaginó el desdén de su madre si se enterase de que tenía un hijo ilegítimo y, aún peor, con una mujer que no era italiana. Estuvo a punto de soltar una carcajada.

–No conoce a su padre –Sadie le dio la espalda y volvió a empujar el tiovivo, lo que hizo que el niño, de cabello oscuro, gritara de placer. El sonido se agarró al corazón de Antonio como si alguien o algo se lo estrujara cada vez con más fuerza.

–Qué pena –dijo exagerando el acento para ocultar las emociones desconocidas que le asaltaban por todos lados–. Un niño necesita a un padre.

Era exactamente lo que él había deseado en su infancia. Aunque había conocido a su padre, la distancia emocional que este estableció entre ambos había impedido que el hombre al que debía querer y honrar inspirara en él alguna clase de sentimiento. De niño había anhelado tener un padre que lo quisiera, que le dedicara tiempo y al que admirar. Como no había sido así, se prometió que

no tendría hijos a menos que pudiera ser el padre que había querido tener. Alguien como el jardinero de su infancia, el único que lo había tratado bien.

Había llevado consigo ese lacerante vacío a su matrimonio, por lo que le pareció bien que su exesposa se negara a dormir con él y se alegró de no tener hijos en aquel matrimonio tan frío cuando, además, dudaba que fuera el padre que le gustaría ser.

–Estoy de acuerdo –dijo ella con triste resignación mientras se volvía a mirarlo, en tanto que Leo, muy contento, seguía dando vueltas–. Sin embargo, su padre no era de la misma opinión.

–¿Cuántos años tiene Leo? –tenía que saberlo.

Sadie lo miró con el ceño fruncido, pero él no podía quedarse sin hacer nada. Si era su hijo, su hijo y su heredero, no podría marcharse de allí sin él. Con apuesta o sin ella.

Antonio volvió a mirar al niño, que eligió precisamente ese momento para dejar de chillar y pedir que el tiovivo se detuviera. Antonio lo hizo inmediatamente y observó los tristes ojos oscuros de Leo. Era como mirarse al espejo y verse a sí mismo de niño.

Le habló en italiano, pero los labios del niño temblaron y tendió los brazos a su madre. Antonio maldijo en silencio su disfraz y el aspecto tosco y desastrado de Toni Adessi.

–No está acostumbrado a los hombres –Sadie lo tomó en brazos y lo estrechó con fuerza mientras el pequeño lanzaba una mirada acusadora a Antonio.

Se sintió culpable. No necesitaba una prueba de paternidad que le confirmara que era su hijo. Le había bastado con mirarlo a los ojos para saberlo. Leo era, sin lugar a dudas, un Di Marcello.

–¿Ha decidido criarlo sola? –estaba furioso. El niño era suyo y lo veía por primera vez, ya que no sabía ni que existiera. ¿Quién se creía Sadie que era para habérselo ocultado? ¿Y por qué?

–Su padre me abandonó, lo cual me quitó las ganas de que otro hombre compartiera nuestra vida. Mejor será que utilice sus encantos en otro sitio, señor Adessi, y que deje de malgastarlos conmigo.

Sadie se mantuvo firme mientras abrazaba a Leo. Fulminó con la mirada al hombre que había abierto las puertas de su pasado

cuando ella creía que estaban selladas. Lo único que vio fue su propio reflejo en sus gafas de sol, lo que aumento su irritación.

¿Por qué le interesaban tanto Leo y ella? Una desagradable sensación le recorrió la columna vertebral.

–Es una pena para el niño –dijo Antonio volviendo a mirar a Leo, que ocultó el rostro en el hombro de su madre para evitar que lo examinara–. Si Leo fuera hijo mío, querría saberlo todo de él.

Sadie, exasperada, suspiró. ¿Por qué tenía aquella conversación con ese hombre? Porque se sentía culpable. Esas palabras se le deslizaron sigilosas como una serpiente en el cerebro. Se sentía culpable porque, aunque había intentado comunicar a Antonio Di Marcello que iba a ser padre, no había sido suficiente. Se había limitado a aceptar dócilmente el rechazo horrorizado de su madre mientras le daba con la puerta en las narices. Debería haber hecho más, haberse esforzado más, por el bien de Leo, no del de Antonio ni del de sí misma.

Todavía le crispaba el dolor que experimentó el día que fue a la mansión de la familia de Antonio.

Miró a Toni y sus gafas de sol le devolvieron la ira que sentía, lo cual la incrementó.

–Me informaron de que un hijo, mejor dicho, un hijo ilegítimo, no era bienvenido en la poderosa familia de…

Se calló justo a tiempo, pero pensó en los primeros días de embarazo, cuando había intentado dejar a sus padres un mensaje para Antonio, la única forma de ponerse en contacto con él de que disponía. No habían querido escuchar a una mujer que, según ellos, solo intentaba asegurarse su futuro económico con aquellas afirmaciones sin sentido. Les produjo un enorme placer comunicarle que su hijo se iba a casar y que no estaban dispuestos a hacer nada que pudiera poner en peligro una unión tan deseada: la de dos novios desde la infancia.

Cuando Sadie vio las fotografías en la prensa local supo que no volvería a intentarlo, que tendría que seguir adelante y criar sola a su hijo. Antonio Di Marcello se había casado con su novia de la infancia unas semanas después del apasionado fin de semana que había pasado con Sadie. Para él, solo había sido una aventura previa a su boda, el último ligue.

El escándalo de un hijo ilegítimo no sería bien recibido, por lo

que Sadie no quiso hacer pasar por ello al bebé ni a sí misma, sobre todo después de las amenazas lanzadas por la familia de Antonio a la suya.

–¿Está segura?

La voz de Antonio estaba cargada de ira, por lo que la asaltó una oscura idea.

–¿Por qué está aquí, señor Adessi? Me refiero en el taller –había reunido el valor de hacerle la pregunta que la inquietaba desde que Toni había mirado a Leo, ya que ni siquiera las gafas de sol habían disimulado la sorpresa que se había dibujado en su rostro.

¿Tenía Antonio un hermano o un primo? ¿Había mandado a alguien para que comprobara la veracidad de sus afirmaciones y, en ese caso, por qué en aquel momento? ¿Por qué había esperado tanto?

Ella había desperdiciado cuatro años esperando y soñando, pero, al final, su madre la había convencido de que vivir en Milán no era lo que les convenía a ella y a Leo, por lo que había abandonado la idea de estar cerca del padre del niño y se preparaba para volver a Inglaterra al cabo de unas semanas.

¿Había sido eso lo que había impulsado a Antonio a hacerlo? ¿La estaban espiando y transmitían a Antonio información del hijo al que claramente había renunciado? Pero ¿qué salía él ganando? La confusión le impedía pensar con claridad.

–Estoy haciendo este trabajo para demostrar algo –la voz de Toni tenía una firmeza y una tranquilidad que le hacía parecer muy distinto. Hablaba como Antonio había hablado con ella cuando le dijo que habían terminado, con la misma decisión e idéntico control.

Sus palabras surgieron en su memoria como si lo tuviera frente a ella en ese momento.

«A pesar de que nos hemos divertido, el fin de semana se ha acabado, y tenemos que volver a la vida normal».

Sin embargo, ella no fue capaz de hacerlo. Ese lujo le fue arrebatado antes incluso de que él saliera por la puerta. Las consecuencias de su aventura le cambiaron la vida para siempre.

–¿El qué? –preguntó ella con recelo e inquietud.

Toni dio un paso atrás y la miró. Después miró a Leo, lo que aumentó la inquietud de Sadie.

–Que puedo hacerlo –volvió a mirarla. Estaba indignada–. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Capítulo 3

A COMIENZOS de la segunda semana, Antonio tuvo que reconocer que iba a ser aún más difícil que la primera, pero no por el pequeño piso ni por el trabajo, sino por Sadie.

El fin de semana anterior, en el parque, había estado a punto de revelarle la verdad, de desenmascararse. La tentación había sido enorme. En cuanto se dio cuenta de que el niño de Sadie era casi seguro su hijo, había querido decirle que volvieran a Roma con él en aquel mismo momento. Solo su lealtad a Sebastien, así como a Stavros y Alejandro, le había detenido. Dicha lealtad era más fuerte que la necesidad de demostrar que Sebastien se equivocaba.

Antonio ya estaba seguro de que la apuesta no tenía nada que ver con sobrevivir sin la fortuna de cada uno. Sebastien había hecho los deberes muy bien al plantearle ese reto y, sin duda, habría ideado otro de naturaleza similar para Stavros y Alejandro.

La segunda semana se acercaba a su fin. Antonio se limpió las manos con un trapo y lo echó a un lado con impaciencia, ya que estaba deseando olvidarse de Toni Adessi y poner en marcha lo que tenía que hacer.

Al ponerse las gafas de sol no tuvo que volverse para saber que Sadie bajaba por la escalera, todos los nervios de su cuerpo le alertaron de su presencia.

–Creo que se marcha hoy –la voz de Sadie, suave como la seda, tan cerca de él le pilló desprevenido, ya que se había pasado toda la semana evitándolo–. ¿Este trabajo no es para ti? ¿Ha fracasado en su empeño de demostrar que podías hacerlo?

Antonio se volvió a mirarla. Sus hermosos ojos verdes brillaban traviesos. ¿Flirteaba con él, envalentonada porque sabía que se

marchaba?

–Nunca fracaso, pero me marcho hoy. Tengo asuntos más importantes que tratar –por fin le decía algo que fuera verdad.

–¿Adónde va? –preguntó ella con una nota ansiosa en la voz, a pesar del tono ligero y juguetón. ¿Por qué estaba tan interesada de repente? Apenas le había mirado desde la tarde en el parque, el día en que había estado a punto de echarlo todo a rodar, de poner en peligro lo que Stavros, Alejandro y él habían acordado, para reclamar lo que era suyo: a Leo, el niño de cabello oscuro cuyos ojos eran del negro intenso característico de todos los Di Marcello.

–Creo que me gusta más vivir en Roma –Antonio reprimió la sonrisa que le provocó la evidente sorpresa de Sadie.

–¿Vive en Roma?

–Sí –sintió que comenzaba recuperar su personalidad al pensar en las modernas oficinas en que trabajaba y el piso de lujo con vistas a toda la ciudad que era su hogar. Solía salir de Roma en uno de los coches que coleccionaba porque disfrutaba conduciendo. Ansiaba volver a todo aquello, volver a la normalidad. Sin embargo, lo que había descubierto trabajando en el taller había cambiado las cosas y le había cambiado a él.

Sadie lo miró recelosa con los ojos entrecerrados, lo cual realzó sus preciosas y largas pestañas.

–Entonces, ¿por qué está aquí, señor Adessi, trabajando en un pequeño taller de Milán solo dos semanas?

La acusación que le lanzaba en las dos preguntas era evidente. ¿Sabía quién era? Antonio sintió una punzada de pánico. No podía echarlo todo a perder el último día, cuando se jugaba tanto. Aquello iba mucho más allá de la donación de Sebastien para crear una organización de búsqueda y rescate y de demostrar algo a otros.

–He estado ayudando a un amigo –volvió a poner el acento de las dos semanas anteriores. Estaba tan cerca de ganarle la apuesta a Sebastien que no iba a arriesgarse ahora que Stavros estaba a punto de comenzar sus dos semanas y Alejandro todavía tenía que enterarse de adónde lo mandaban. Además, Antonio Di Marcello no fracasaba nunca, en nada.

Esa idea le proporcionó la fuerza necesaria para completar el reto. Una vez logrado, vería qué hacía con Sadie y el niño, ya que estaba prácticamente convencido de que era suyo.

–¿Cuándo vuelve a Roma? –Sadie parecía ansiosa y miraba a su alrededor como buscando a alguien.

–Dentro de unos días. Antes, tengo que hacer algunas cosas – como ver a sus padres para que le dijeran lo que sabían de Leo. Antes de enfrentarse a Sadie, tenía que enterarse de si había ido a ver a su familia y esta la había rechazado. Cuando tuviera la certeza de que había estado allí, de que había intentado ponerse en contacto con él, volvería, pero ya no como Toni Adessi.

Sadie miró a Toni, molesta porque siguiera ocultándose tras las gafas de sol. No contribuía a que disminuyera la inquietud que había ido creciendo en ella cada día que pasaba y cuando se enteró de que se marcharía solo dos semanas después de haber comenzado a trabajar. Eso la convenció aún más de que Antonio le había mandado para espiarlos a Leo y a ella. Su madre debía de haberle transmitido, por fin, su mensaje, y un hombre tan poderoso como él no tendría dificultad alguna en encontrarla. Pero ¿por qué ahora?

¿Había llegado el día que temía desde que los padres de Antonio le habían dado con la puerta en las narices?, ¿el día que tendría que enfrentarse al poder de Antonio Di Marcello? Toni Adessi trabajaba para él, estaba segura, por lo que pretendía comunicar a Antonio, a través de este, que no era bienvenido, cuando ni siquiera era capaz de enfrentarse a ella él mismo.

–¿Tiene negocios aquí? –le preguntó para sondearlo manteniendo el tono ligero y juguetón. Ponerse a la defensiva no la ayudaría a averiguar lo que tramaba Toni o si trabajaba para el hombre al que ella no deseaba volver a ver. De todos modos, le encantaría decirle lo que pensaba sobre sus modales de playboy.

–En efecto. Pero, en primer lugar, es la hora de comer. Como es mi último día, ¿me acompaña?

Lo vio sonreír por debajo de su descuidada barba y se preguntó si no lo habría malinterpretado todo. ¿No sería simplemente que ella le gustaba? ¿Acaso su enfado por la forma en que la familia de Antonio la había rechazado le hacía ver cosas inexistentes? Solo había un modo de averiguarlo.

–Me encantaría –le sonrió abiertamente.

–¿No tiene que ir a recoger a su hijo hoy? –la pregunta le heló a Sadie la sonrisa en los labios.

–No, está con mi madre.

–En ese caso, hay un restaurante en la calle siguiente que me gustaría conocer.

–Perfecto –Sadie le sonrió, consciente de que los demás mecánicos mostraban interés en su larga conversación. Miró hacia la ventana de la oficina y vio que Daniela le sonreía de oreja a oreja y le indicaba con la mano que se fuera, lo que la animó a abandonar sus precauciones habituales.

–Vamos, pues.

Caminaron juntos hasta el restaurante que Toni había mencionado. Ella había estado allí antes con amigos, pero nunca con un hombre. De hecho, nunca había estado en ningún sitio con un hombre desde que Antonio la había abandonado.

–¿Así que vive en Milán con sus padres? –la pregunta la pilló desprevenida. Se sentaron en la terraza del restaurante al sol del verano. Ella también podía ocultarse ahora tras las gafas de sol.

–Sí, nos trasladamos aquí cuando yo tenía casi dieciocho años, debido al trabajo de mi padre, pero pronto volveremos a Inglaterra.

¿Le estaba contando demasiado? ¿Debiera habérselo callado? Si sus sospechas eran ciertas y trabajaba para Antonio Di Marcello, tenía que tener cuidado con lo que decía.

Él se recostó en la silla y miró a su alrededor, al bullicio de la ciudad. No parecía muy interesado en lo que le decía. Sadie volvió a preguntarse si se había equivocado al sospechar de él.

–¿Echará de menos Milán? –preguntó él mientras les servían la bebida. Ella lo miró. Llevaba el mono abierto, debajo del cual aparecía una camiseta blanca que mostraba su piel bronceada y los firmes músculos de su pecho.

Apartó la mirada rápidamente. ¿Desde cuándo se interesaba tanto por un hombre?

–Sí, pero nada me retiene aquí –movió torpemente los cubiertos y el salero, disgustada por mostrarse nerviosa ante un hombre del que seguía creyendo que tenía motivos ocultos para estar allí con ella.

–¿Y el niño? ¿El padre vive en Inglaterra? –la pregunta aumentó más la inquietud de Sadie.

–El padre vive aquí, en Italia, pero para lo que le sirve a Leo… –no pudo evitar que la ira y la amargura se le reflejaran en la voz, incapaz de ocultar el dolor que el abandono de Antonio le producía.

–¿Y no le importa que se vaya con su hijo?

La pregunta de Toni la impactó de la misma manera que si le hubieran dado un puñetazo en el pecho, que se apretó con la mano. Llevaba meses luchando contra esa duda, desde que sus padres le habían comunicado que se volvían a Inglaterra y trataban de convencerla para que ella hiciera lo mismo. Lo habían justificado con la excusa de que, ya jubilados, querían estar cerca de la familia, pero ella se preguntaba si, más bien, no tenía que ver con Leo y con ella.

–No es asunto suyo –contestó ella con brusquedad.

–¿No tiene él derecho a saberlo?

Estaba segura de que, detrás de las gafas, la mirada de Toni era acusadora. Lo sentía en todos los poros de su cuerpo.

–El único hombre con derecho a opinar sobre mis decisiones con respecto a mi hijo será el que me ponga un anillo en el dedo –afirmó ella con ira en la voz y en la expresión de su rostro.

Al enterarse de que estaba embarazada, había esperado que ese hombre fuera Antonio, el hombre del que se había enamorado, pero rápidamente tuvo que aceptar que eso no sucedería.

Antonio sintió pánico durante unos momentos, pero recuperó el control. Ya se había casado una vez y no quería repetir la experiencia. Aunque su matrimonio se hubiera basado en mentiras, le había reafirmado en la opinión de que no estaba hecho para la vida de casado. Pero, a pesar de todo, sabía que tenía el deber de dar continuidad al apellido familiar. Si no había un heredero, el apellido Di Marcello se perdería.

El deber del que se había desentendido después de su matrimonio de seis meses volvía a aparecer del modo más impredecible. La causa de su matrimonio había sido el deber y, ahora, Sadie Parker le abocaba a otro deber que, con independencia de lo que él pensara del matrimonio, tendría que aceptar. Su hijo era lo primero, no porque fuera el heredero de los Di Marcello, la siguiente generación, sino porque era su hijo y no quería que

tuviera una infancia vacía como la suya. ¿Podría olvidarse de todo aquello en lo que creía y querer a su hijo?

Haría lo que fuera por él.

–Son palabras mayores –dijo mientras volvía a recostarse en la silla para estirar las piernas, fingiendo una tranquilidad que no sentía. No podía desenmascararse. Seguía siendo Toni y tendría que estar alerta. Hasta que no terminara el día no podría revelar quién era, e incluso entonces sería demasiado pronto.

No. Esa revelación tendría que esperar. Primero debía resolver el asunto de sus padres, una visita que no estaba precisamente deseando. Deberían aceptar a Leo. Le había llegado el turno de manipular y recurrir al chantaje emocional.

Notaba las sospechas y dudas de Sadie y sabía que tendría que manejar la situación con mucho cuidado. Debía darle espacio y tiempo para que bajara la guardia ya que, en aquel momento, la barrera que la protegía era impenetrable, un mecanismo de defensa que él conocía perfectamente.

–Es lo que pienso, señor Adessi.

–Toni, por favor.

Sadie lo miró con el ceño fruncido, pero se recostó en la silla y sonrió.

–Muy bien, Toni, háblame de ti. ¿Por qué vas a volver tan deprisa a Roma?

–¿Quién te ha dicho que voy a volver deprisa?

Ella se puso las gafas en la cabeza retirándose el cabello del rostro y permitiendo que él le viera mejor sus expresivos ojos verdes.

–Dejas de trabajar al cabo de solo dos semanas.

La ligereza de su tono le hizo pensar que se estaba relajando. ¿Acaso le estaba dejando aproximarse a ella o volvía a jugar con él?

–No es eso lo que me interesa –aquello era jugar al gato y al ratón y aún no estaba claro quién llevaba las riendas. Antonio se dijo que tal vez ella no estuviera tan tranquila como parecía.

–¿Qué es lo que te interesa? –preguntó Sadie mientras miraba el plato que el camarero ponía frente a ella.

–Soy más constructor que mecánico –contestó él. Si le decía que estaba en la industria de la construcción, que su empresa construía edificios innovadores por todo el mundo, sin duda se delataría o

confirmaría sus sospechas.

Sadie lo miró durante unos segundos, por lo que él creyó que había ido demasiado lejos. Pero ella se encogió de hombros y empezó a comer.

–Está delicioso. Gracias por traerme aquí.

Antonio miró el sencillo restaurante y, después, de nuevo a ella. Cuando hubiera recuperado su identidad la llevaría a lugares mucho más lujosos. Su vida transcurría por todo el mundo y viajar de un continente a otro en su jet privado era algo habitual. Sin embargo, de momento, aceptó el cambio de tema que había introducido ella.

–Te habría traído antes si no hubieras estado tan en contra de que fuéramos amigos –él observó la confusión en sus ojos y la incertidumbre en su hermoso rostro.

–¿Es posible que un hombre y una mujer sean amigos?

Él se distrajo recordando aquel fin de semana lleno de pasión, y examinó la forma en que el cabello le caía a Sadie por los hombros, la blanca piel de su cuello y sus labios carnosos. Sin duda, era imposible ser únicamente amigo de ella. A pesar de que le hubiera ocultado durante tres años que tenía un hijo suyo, seguía deseándola. Su cuerpo continuaba sintiendo el calor del suyo, sus senos hinchados contra su pecho mientras caían desnudos y apasionados en la cama de la habitación del hotel.

Reprimió el deseo y la miró directamente para decirle una gran verdad:

–Un hombre y una mujer pueden ser lo que quieran.

Sadie comenzó a sentirse incómoda al aumentar sus sospechas de que aquel hombre quería sonsacarle información sobre Leo y ella, de que tenía un motivo oculto para estar allí. ¿Por qué le había hablado ella con tanta franqueza? Si trabajaba para Antonio, ¿no le había proporcionado toda la munición que necesitaba para atacar?

–Eso depende en buena medida de quiénes sean el hombre y la mujer, ¿no crees? –Sadie bebió un sorbo de agua y se recostó en la silla. Había perdido las ganas de comer y el deseo de salir durante un rato con un hombre. Seguía sin poder superar la traición de

Antonio y no estaba preparada para confiar en otro hombre, aunque quisiera.

Toni enarcó las cejas, por lo que ella se dio cuenta de que había hablado con enfado, de que estaba desperdiciando la oportunidad de intentar rehacer su vida, de volver a divertirse, ahora que Leo ya no era un bebé.

Sin embargo, ¿qué sentido tenía cuando Toni estaba a punto de marcharse a Roma y ella a Inglaterra? Además, seguía añorando al hombre que, cuatro años antes, le había robado el corazón.

Debía enfrentarse a los hechos. Aún no había olvidado a Antonio Di Marcello.

–Lo estoy pasando bien –afirmó–. Pero vuelves a Roma y yo, dentro de unas semanas, regresaré a Inglaterra, lo que dificulta que pueda haber entre nosotros algo más que esto.

–Sí, sí –contestó él con rapidez e, instantáneamente, la mente de Sadie volvió al fin de semana que había pasado con Antonio. Se recordó tumbada en la cama, con los miembros lánguidos y pesados después de una noche de loca pasión, de atracción inmediata e incluso de amor. Le había entregado su virginidad y se había convertido en una mujer de verdad en los brazos de Antonio Di Marcello.

Más tarde, él había estado hablando por teléfono sobre un problema que después le contaría, pero había dicho lo mismo que Toni, «sí, sí», en el mismo tono y a la misma velocidad. ¿Lo había hecho Toni porque se lo había oído decir muchas veces a Antonio?

Una profunda tensión se instaló entre ambos y ella lo miró deseando que se quitase la gorra y las gafas de sol. Que intentaba ocultarse tras ellos, ¿solo era una sospecha suya? Pero, ¿y si estaba en lo cierto? ¿Y si estaba allí para averiguar cosas sobre Leo y contárselas a Antonio? Era su peor pesadilla, un miedo con el que siempre había vivido, pero si Antonio creía que podía mandar a alguien para cautivarla, hacerla caer en una trampa y arrebatarle a Leo, la había subestimado.

–Podríamos pasar un tiempo juntos, primero, ¿no? –dijo él con un persuasivo encanto que a ella le pareció mortal.

–Estoy ocupada todo el fin de semana –respondió ella con rapidez.

No iba a estar con Leo y con él al mismo tiempo. Que el niño se

pareciera increíblemente a Antonio aumentaba la importancia de no dejarse arrastrar por él. Estaba sola desde que Antonio la había abandonado y ahora solo le preocupaba el bienestar de Leo. Era joven e ingenua cuando se enamoró del encanto de Antonio, pero no iba a hacer lo mismo con el primer hombre que le demostrara cierto interés.

Lo único que le importaba era Leo. A pesar de ello, las recientes preguntas del niño sobre su padre, sobre su paradero, la inquietaban y disminuían su resolución.

–¿Ni siquiera podemos tomarnos un café?

–Tengo un hijo, Toni. ¿Sabes la responsabilidad que eso supone?

Sadie tuvo la satisfacción de ver que Toni se ponía tenso ante sus palabras. Le estaba desanimando, que era justamente lo que pretendía. En su vida no había sitio para nadie más que no fuera Leo.

Antonio, sin decir palabra, observó a Sadie irse, extrañado de que con su encanto, en el que siempre confiaba, no hubiera conseguido lo que deseaba. Y lo que deseaba era a Sadie Parker. Pero lo que no había logrado Toni, lo lograría Antonio. Al cabo de pocas horas, sus dos semanas de vida «normal» terminarían. El reto acabaría y retomaría su vida, volvería a ser Antonio Di Marcello.

Antonio necesitaba hablar con alguien, pero Stavros estaba a punto de enfrentarse a su reto y Antonio no iba, desde luego, a confiarse a Sebastien. No iba a decirle que había ganado. Solo le quedaba Alejandro. Por última vez, sacó su viejo modelo de móvil y marcó el número de su amigo.

–Hola, Antonio –el agradable sonido de la voz de Alejandro puso en perspectiva la inquietante extrañeza de las dos semanas anteriores.

–No sabes lo bien que me sienta oír mi nombre –respondió Antonio intentando adoptar el tono despreocupado que le caracterizaba.

–¿Qué tal han ido las cosas?

–He terminado e incluso me han sobrado diez euros. Espero que Sebastien los invierta bien –había llegado al final y había pensado lo que necesitaba para equilibrar su vida, para encontrar el

equilibrio que Sebastien había hallado con Monika. Este sabía que Sadie trabajaba en el taller, sabía que ella y Antonio habían pasado un fin de semana juntos antes de la boda de este y que ella era la mujer con la que querría haber estado si su vida hubiera sido distinta. Pero ¿sabía lo de Leo?

–¿Y?

–¿A qué te refieres?

–Pareces inseguro, amigo mío. ¿Qué te pasa? –la pregunta de Alejandro dio en el blanco.

–Hay una mujer.

Alejandro rio al otro extremo de la línea.

–En tu caso, Antonio, siempre hay una mujer.

–Esta vez es complicado.

–¿En qué sentido?

–Tenemos un pasado –el silencio al otro extremo de la línea fue largo e intenso. Finalmente, Antonio prosiguió–. Hay un niño.

–¿Tu hijo?

–Eso es lo que pretendo averiguar. Cuando lo haga, volveré y reclamaré lo que es mío: a mi hijo y heredero.

Capítulo 4

AL OÍR el timbre de la puerta, Sadie dejó el pincel mientras intentaba no enfadarse porque alguien quisiera visitarla un domingo por la tarde, cuando las pocas horas que Leo pasaba con sus abuelos ella las empleaba en pintar cuadros que vendía en la ciudad. El arte era una pasión a la que le gustaría dedicar más tiempo.

El timbre volvió a sonar y su insistencia reverberó en el pequeño piso como un mal presagio. ¿Quién sería y qué querría? Se miró rápidamente en el espejo del vestíbulo y se arregló el cabello con las manos para alisarse los mechones que siempre se le escapaban de la cola de caballo.

El timbre volvió a sonar mientras ella apretaba el botón del interfono. Antes de que pudiera preguntar quién era, una voz masculina la sobresaltó.

–Tengo que hablar contigo, Sadie.

–¿Toni? –frunció el ceño mientras trataba de averiguar por qué no estaba segura del todo de que fuera el mecánico que estaba a punto de marcharse a Roma. Sonaba distinto. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo–. ¿Eres tú?

–Sí –no había duda de que su voz era distinta. ¿Era porque no estaba con ella, porque no podía verle el rostro?

–¿Qué quieres?

–Verte antes de irme a Roma.

–Sube.

De mala gana, Sadie apretó el botón de la puerta de la calle para abrirle y, en su interior, maldijo a Daniela, que seguro que le había dado su dirección a Toni. En realidad, no quería verlo de nuevo,

sobre todo después de que ella le hubiera dejado bien claro lo que pensaba la última vez que habían hablado.

Con un suspiro de resignación abrió la puerta de su piso, pequeño pero ordenado, al oír que se aproximaban los pasos en la escalera. Volvió al vestíbulo mientras se preguntaba qué tendría que decirle Toni cuando ella le había dicho que no le interesaba tener con él ningún tipo de relación. Pensaba que haberle recordado que era madre soltera había zanjado el asunto.

¿Serían sus dudas sobre él acertadas?

Volvió a mirarse al espejo mientras un hombre aparecía en el umbral de la puerta. Miró el reflejo incapaz de creer lo que veían sus ojos. Era Antonio Di Marcello, seguro de sí mismo, poderoso, en el umbral de la vida que ella se había construido cuando él la abandonó. Una vida de la que no formaba parte.

Era el hombre al que había entregado el alma y el corazón, pero que llevaba cuatro años tratándola con frío desprecio. Y allí estaba. Todas sus sospechas de las dos semanas anteriores debían de estar fundadas. Antonio había mandado a trabajar al taller a Toni para espiarla. Y ella sabía por qué: por Leo.

Había llegado el momento que temía y deseaba a la vez.

–Tenemos que hablar, Sadie.

Su voz profunda la estremeció, y respiró hondo. No podía ser que la siguiera afectando de aquel modo.

Sacó pecho y se volvió hacia él al tiempo que alzaba la barbilla para tratar de sentir la seguridad en sí misma necesaria para enfrentarse a la situación. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no quedarse pasmada ante la imagen que proyectaba, con su traje caro, y el dominio que emanaba de él, más adecuado a una sala de juntas.

–No tuvimos nada que decirnos hace cuatro años, Antonio, y, desde luego, no tenemos nada que decirnos ahora.

Sadie no se movió; no podía. El vestíbulo se había vuelto de repente gris y oscuro, mientras él avanzaba hacia ella y entraba en su casa, en su nueva vida, la que había construido para ella y Leo, el hijo de Antonio.

–No recuerdo que me dieras la oportunidad de decir nada hace cuatro años ni que me dijeras que iba a ser padre.

La no disimulada amenaza en su voz al acercarse a ella debería

haberla intimidado, pero, horrorizada, Sadie sintió saltar en ella la chispa de la atracción y se le aceleró el pulso al aspirar la embriagadora frescura de su loción para después del afeitado, lo que removió sus recuerdos.

–Si no recuerdo mal, te preocupaba más tu boda, que se iba a celebrar unas semanas después. Me utilizaste, Antonio, con una crueldad inimaginable. Me mostraste cosas que no podría tener, me hiciste desear algo que no existía, al menos contigo. Después de aquello, todavía tuviste la suerte de que intentara ponerme en contacto contigo.

El fuego de la indignación la recorrió de arriba abajo y lo fulminó con la mirada. Había olvidado las palabras que llevaba años ensayando, debido a la emoción del momento. Había desaparecido la mujer fría y sensata que a toda costa quería representar cuando, por fin, se enfrentara al padre de su hijo. Había bastado una mirada al hombre que le había robado el corazón para que se evaporara.

–No te prometí nada, Sadie –su fría y calmada fachada comenzaba a hacer mella en su seguridad en sí misma, pero no iba a consentir que él se diera cuenta. Tenía la misión de proteger a Leo del hombre que podía alterarle la vida, que podía infligirle el peor de los dolores cuando volviera a marcharse al dar prioridad a sus necesidades sobre las de su hijo.

A ella la había abandonado en un país donde llevaba poco tiempo viviendo. Por si fuera poco, no había hecho nada por Leo, y ni siquiera se había molestado en saber si su hijo era niño o niña. A pesar de pedírselo, mejor dicho, de rogárselo en una carta que le había escrito después de la horrible visita a su familia, no se había puesto en contacto con ella. Les había dado la espalda. Si lo había hecho una vez, podía volver a hacerlo.

–Tampoco asumiste tu responsabilidad. Lo único que te preocupaba era tu deber para con tu familia y para con la mujer con la que siempre habían deseado que te casaras.

Incluso cuatro años después, seguía lacerándole el dolor de haber oído aquellas palabras y la vergüenza de haber creído estúpidamente que lo que había entre ellos era distinto, que el amor que ella había sentido nada más verlo cambiaría las cosas, lo cambiaría a él.

–No habríamos llegado a nada, Sadie. Te lo dije claramente.

La dureza de sus palabras y la firmeza de su mandíbula solo incrementaron su cólera. No se trataba de ella y de que la hubiera decepcionado, sino de Leo. Lucharía a muerte por su hijo. Pero ¿era justo dejarlo sin padre?, se preguntó de pronto. Rápidamente desechó la pregunta.

–Sí, desde luego, pero después de haberme llevado a la cama y haberme arrebatado algo que no te merecías –furiosa, le echó la culpa, aunque sabía que habían sido sus sueños ridículos los que habían dado pie a todo aquello.

Si no se hubiera sentido cautivada por su encanto y por el hecho de que un hombre tan increíblemente sexy la hubiera elegido en una fiesta a la que sus amigos la habían obligado a ir, no estarían allí hablando.

Ni tampoco ella hubiera tenido a Leo, lo cual resultaba impensable.

Él se le acercó aún más, como si hubiera notado su cambio de humor, y le apartó el cabello del rostro. Ella se esforzó en no temblar. Quería seguir estando enfadada, atacarle con todos los momentos de decepción que Leo y ella habían soportado. Pero él estaba demasiado cerca.

–No te quité nada que no quisieras darme, Sadie –su voz se había vuelto ronca y seductora, y a ella se le aceleró el pulso aún más. Después de lo que le había hecho, ¿cómo podía seguir influyendo en ella de aquella manera?

Sus ojos oscuros se fijaron en los suyos y ella se remontó cuatro años atrás, a aquella lujosa habitación de hotel donde se habían pasado encerrados el fin de semana. Entonces, sus ojos estaban tan llenos de pasión y deseo que habían aumentado en ella la necesidad de experimentar la emoción de que un hombre la poseyera. Cuando él la besó en los labios, ella suspiró al saber que aquello solo acabaría de una forma. Y lo deseaba, deseaba que la besara, que la acariciara y, sobre todo, que la poseyera. Había querido ser suya por completo.

Pero ¿qué estaba haciendo? Su sobresalto cerró de nuevo la puerta a los recuerdos de aquella noche. Respiró hondo intentando tranquilizarse y recuperar la voluntad de luchar. Pensar en Leo hizo que lo consiguiera rápidamente.

–Tienes que irte –le empujó con fuerza el brazo a Antonio, obligándole a retroceder, y mientras le miraba con la respiración entrecortada trató de recuperar el control de su díscolo cuerpo. ¿Cómo podía seguir en ella vivo el deseo cuando odiaba tanto a Antonio por lo que les había hecho a ella y a Leo?

¿Cómo podía desearle y odiarle a la vez?

–Pero antes quiero ver a Leo. Es mi hijo –no era una pregunta, por lo que ella supo con toda certeza que estaba allí para llevárselo.

Tenía que haber sido Toni Adessi. Ella había tenido razón desde el principio. Toni había trabajado en el taller para obtener la información sobre ella que Antonio deseaba. ¿Por qué, si no, se iba a marchar? Ya había hecho el trabajo sucio y, por tanto, no tenía ningún motivo para quedarse. Todo cobraba sentido.

–¡Te desprecio! –le espetó ella dolorida, desesperada por apagar el deseo que le encendía cada parte de su cuerpo–. ¿De verdad crees que quiero volver a tu vida ahora que te viene bien jugar a ser padre? ¿Has pensado en Leo en algún momento?

–No he pensado en nada más, Sadie.

–Entonces, ¿por qué no has venido personalmente en vez de mandar a alguien a espiarme? ¿Por qué Toni Adessi te ha hecho el trabajo sucio? –él frunció el ceño, pero ella continuó, empeñada en darle a conocer su enfado–. ¿Creías que enviando a Toni a espiarme conseguirías tu objetivo?

Antonio se echó a reír. ¿Se creía que Toni existía y que trabajaba para él? ¿Qué diría cuando supiera que el hombre con quien había comido unos días antes, y al que le había contado algún secreto, era él?

Le miró los verdes ojos centelleantes de rabia y los tensos labios, y tuvo que reprimir la necesidad acuciante de apretárselos con los suyos hasta que ella dijera su nombre jadeando como había hecho la noche en que la había poseído. Le invadió un deseo embriagador de abrazarla, acariciarla y volver a hacerla suya.

–¿De verdad crees que consentiría que otro hombre te llevara a comer? –la estaba provocando, pero se dio cuenta de que ella comenzaba a atar cabos–. ¿O que hablara contigo y con mi hijo en el parque? Si alguien parase el tiovivo cuando él quisiera bajarse,

sería yo, su padre.

–¿Eras tú? –preguntó ella ahogando un grito de incredulidad.

El deseo creció dentro de él hasta convertirse en un torrente salvaje. ¿Cómo podía una mujer destrozarle los sentidos y la capacidad de control de forma tan instantánea y completa?

–Sí, *mia bella*, era yo. Toni ha cumplido su cometido, pero ya no está.

Ella se le acercó con la barbilla muy alta en señal de desafío, lo que solo sirvió para que él la admirara aún más. Era toda fuego y pasión y, en ese momento, él supo que lo que había comenzado entre ellos cuatro años antes distaba mucho de haber terminado.

–Vete de mi casa, Antonio –dijo en voz baja y dura. Su determinación aumentaba su pálida belleza.

–Eso es imposible, *mia bella* –pasó a su lado y entró en el pequeño salón, su atención se dirigió inmediatamente a la puerta de la terraza, que estaba abierta, y a un caballete, allí abandonado. ¿Pintaba? Parecía que todavía tenía mucho que descubrir de Sadie.

–No soy tu *mia bella* –su ira era tan palpable que lo envolvió mientras salía a la terraza y miraba el cuadro, una copia de una fotografía del Duomo de Milán.

Se volvió hacia ella enarcando las cejas. Ella lo fulminó con la mirada.

–En otro tiempo no ponías objeciones a esa expresión cariñosa.

–Eso era antes. Ahora las pongo. Quiero que te vayas ahora mismo.

–¿Por qué? ¿Esperas a alguien? ¿Tenías la esperanza de que Toni te viniera a ver para despedirse antes de marcharse? –pensó que ella había dicho el nombre de Toni al responder por el interfono. ¿Se había enamorado de él? Se apoderó de él una inquietante idea. ¿Cuántos hombres había habido en la vida de Sadie y Leo?

–No seas ridículo. Leo volverá pronto y no quiero que te encuentre aquí –su tono era inseguro y él observó que miraba nerviosa el reloj de la pared.

–Tendrá que acostumbrarse a verme más a menudo cuando vivamos en Roma –no pudo evitar volver a provocarla para que se pusiera furiosa de nuevo.

–¿Vivamos?

–Sí, *mia bella*, nos vamos a Roma… hoy –volvió a entrar y se

acercó a la madre de su hijo. Se despertó de nuevo en él el deseo de acariciarla, pero el único modo de conseguir exactamente lo que quería era conducir la situación en la dirección deseada.

–Ni yo ni Leo vamos a irnos a Roma contigo. ¿Cómo iba a irme a ningún sitio con un hombre que negaba la existencia de su hijo? –sus ojos volvieron a brillar desafiantes, y él tuvo que apretar los puños para no extender las manos y acariciarla, para hacer desaparecer su ira con una caricia.

Después de ir a ver a su familia por primera vez en los tres años anteriores, supo que Sadie había dicho la verdad, que lo que le había contado a Toni era cierto. Su madre la había rechazado. Sin embargo, no estaba dispuesto a suplicar a Sadie. Su madre le había dicho orgullosamente que lo había hecho para proteger su inminente boda. Todavía oía sus frías palabras.

«No iba a dejar que una cazafortunas extranjera me impidiera tener por fin la hija que deseaba ni que tú lo arruinaras todo por ser un mujeriego».

Si alguna vez Antonio había dudado de que su madre lo quisiera, ahora sabía la verdad: ella había querido tener una hija, pero había tenido un hijo, su única descendencia.

–Me has tenido apartado de mi hijo mucho tiempo, Sadie. No voy a negociar contigo. Los dos vendréis a Roma conmigo.

–No puedo abandonar mi vida aquí. Tengo un hijo. ¿Tienes idea de lo que eso significa? –le miró con los labios apretados formando una línea, y lo único que él deseó en aquel momento fue suavizárselos, hacerlos suspirar de placer. Sin embargo, no era el momento. Ahora tenía que conseguir lo más importante: a su hijo.

–Hablo en serio, Sadie. No voy a negociar. Vendréis a Roma conmigo.

–No voy a desarraigar a Leo de su entorno, sobre todo por alguien que ya lo ha defraudado –su acusación dio en el blanco y Antonio se sintió culpable. Para Leo, su ausencia supondría lo mismo que lo que él había sentido a esa edad: la falta total de amor tanto de su madre como de su padre, a pesar de que este sí se hallaba físicamente presente en su vida.

–Sin embargo, tienes la intención de volver a Inglaterra. ¿No vas a desarraigarlo así?

Había sido esa información que ella había proporcionado a Toni

lo que le había impulsado a entrar inmediatamente en acción. Su hijo no podía marcharse del país bajo ningún concepto. No se trataba únicamente de que el heredero de los Di Marcello se quedara en Italia por el apellido familiar, sino también de que se quedara con él. Aunque aún no supiera cómo, iba a desempeñar el papel de padre, del padre que nunca había tenido.

–Tendrá una vida mejor con mis padres y conmigo –que ella pensara que Leo iba a estar mejor apartado de su padre, cuando Antonio ya se había perdido tanto tiempo con él, le convenció aún más de que lo que planeaba hacer era lo acertado.

–Tendrá mucho más de todo en Roma, conmigo, su padre –no pudo evitar que su voz sonase airada. Ella lo miró, recelosa e insegura, y el silencio se instaló entre ambos al tiempo que aumentaba la tensión.

Por fin, fue ella la que habló.

–No, nunca. Ya tuviste tu oportunidad, Antonio.

–¿Ah, sí? ¿Me lo dijiste personalmente? ¿Me dijiste esas palabras, Sadie?, ¿que estabas embarazada de mí?

Le había puesto furioso su respuesta, su insistencia en seguir apartándolo de la vida de su hijo. Se cruzó de brazos y esperó a ver qué le decía, por qué no se había esforzado más en comunicarse con él, aunque, en el fondo, sabía que la culpa era de su madre, por no haberle transmitido sus mensajes.

No, pero… –Sadie se achantó ante su mirada, pero él no podía permitirse compadecerla. Debía recordar el secreto que le había ocultado durante cuatro años.

–Pero nada, Sadie. Iremos a Roma, donde nos casaremos en cuanto podamos –ella le lanzó una mirada aterrada e inquisitiva.

–¿Que nos casaremos? ¿Estás loco? –preguntó como si no comprendiera lo que había dicho.

–¿Estoy loco por querer volver a casarme? Posiblemente. ¿Recuerdas lo que me dijiste la semana pasada?

«El único hombre con derecho a opinar sobre mis decisiones con respecto a mi hijo será el que me ponga un anillo en el dedo».

Ella lo miró horrorizada, incapaz de decir nada, y él continuó con su argumento.

–Yo seré ese hombre, Sadie, puedes estar segura.

–No quiero casarme contigo –le espetó ella con los ojos

centelleantes de furia, desafiantes. Pero a él le encantaban los desafíos.

–No se trata de lo que tú quieras, ni siquiera de lo que quiera yo, sino de lo que es mejor para Leo –Sadie volvió a fulminarlo con la mirada, pero Antonio sabía que estaba ganando–. Si quieres volver a Inglaterra, Leo se queda aquí, conmigo.

El mundo de Sadie se estaba derrumbando. ¿Cómo había sido tan estúpida para creer que Antonio había mandado a Toni, cuando se trataba del mismo Antonio, el hombre al que no quería ver bajo ningún concepto? El pánico se apoderó de ella a la velocidad del rayo. ¿Cómo iba a luchar contra el poder de un hombre como Antonio Di Marcello?

¿Y si sus amenazas fueran reales? ¿Le quitaría a Leo?

–Así que crees que pasarte dos semanas disfrazado es la conducta propia de un padre, ¿no? –apenas podía pensar con claridad, pues sus amenazas pendían entre ambos, así que le lanzó el único desafío que se le ocurrió y se alegró al ver que la expresión de su hermoso rostro denotaba sorpresa–. No eres el hombre al que quiero que Leo respete.

Él descruzó los brazos y se acercó demasiado a ella, que se negó a dejarse intimidar. Aunque fuera un poderoso empresario, no iba a consentir que le dijera lo que Leo y ella debían hacer.

–Soy el padre de Leo, por lo que también tengo derechos, Sadie. Derechos que me has negado desde el día en que nació –sus palabras eran amenazadoramente tranquilas, y ella supo que jugaba con fuego. Sin embargo, no podía hacer lo que él quería, aunque supiera que la razón estaba de su parte.

–Te escribí, Antonio. Lo intenté todo para comunicarte que estaba embarazada. Claro que tú querías borrar ese fin de semana, jugar a estar felizmente casado con tu esposa. Pero no duró mucho, ¿verdad? ¿Cuánto fue? ¿Seis meses?

–Sí. Te has ganado un sobresaliente a la hora de buscar información.

Se había puesto a la defensiva, lo cual la extrañó, ya que indicaba que divorciarse tan pronto después de la boda le había

importado. ¿Se había resentido su autoestima masculina por el fracaso?

Intentó recordar lo que había leído antes de dejar de obsesionarse por el hombre que no quería estar con ella ni con su hijo. Le habían fotografiado con muchas mujeres en los meses posteriores a la boda, por lo que era evidente que él era el culpable. No podía darle a Leo un padre semejante, alguien que no paraba hasta conseguir lo que se proponía, pero que se olvidaba de ello una vez logrado.

–Pues tiene mucho que ver con esto, Antonio. ¿Cómo voy a consentir que un hombre que, aparte de abandonarme después de dejarme embarazada, no respeta los votos matrimoniales forme parte de la vida de mi hijo? –estaba segura de que su nueva línea de ataque le disuadiría de la insensata idea de casarse con ella, pero la oscura mirada que le lanzó destruyó su certeza.

–Lo que sucediera entre Eloisa y yo nada tiene que ver con esto ni, desde luego, con mi capacidad para ser padre de Leo.

Ella retrocedió ante la ira que despedía su voz. No le había hecho gracia que nombrara a su exesposa, que le proporcionara una identidad. La hacía sentirse inferior. Ella era la mujer con quien había tenido una breve aventura antes de abandonar la vida de soltero, aunque no sus costumbres de playboy, a juzgar por la prensa.

–¿Puedes ofrecerle a Leo seguridad y proporcionarle un hogar feliz? –ella intentó otra línea de ataque–. ¿Vas a estar ahí cuando te necesite en mitad de la noche si tiene una pesadilla? ¿Vas a dedicarle tiempo sin más razón que porque lo deseas?

Respiró hondo y lo miró. Su silencio le indicó todo lo que necesitaba saber. Antonio no había pensado en esas cosas. Lo único que quería era reclamar algo que consideraba suyo.

–Quiero que mi hijo esté conmigo, Sadie, y haré lo que sea preciso para conseguirlo –afirmó él en voz baja y decidida.

–No es una posesión ni un objeto. Es un niño, mi niño –se volvió y se alejó de él, exasperada porque la conversación se había convertido en un bucle y siempre volvía a lo mismo: que quería que Leo estuviera con él. Sadie deseó poder cubrir con pintura aquel fin de semana con la misma facilidad con que cubría el lienzo en blanco–. Y no voy a consentir que me lo quites.

Se volvió y miró a la calle por la pequeña ventana dándole la espalda, como si así fuera a desaparecer, como si todo fuera a desaparecer. Había soñado como una estúpida que un día él se presentaría para reclamar a su hijo y declararle su amor a ella, para decirle que no podía vivir sin ella.

Pero eso nunca ocurriría, ahora lo sabía. El hombre arrogante que estaba en su piso era frío como el hielo, una persona tan insensible e indiferente como sus padres. ¿De verdad quería ella que Leo se criara así?

–También es mi hijo –la voz de Antonio le llegó a través de la bruma del dolor y la decepción–. Y no me dejas otra opción.

–¿Qué? –ella se volvió hacia él. ¿Qué pretendía hacer?

–Te lo he pedido como madre, pero no parece que sea esa la verdadera razón de que sigas alargando esta conversación. Así que me encargaré de que no solo sea Leo el que tenga el futuro asegurado. Eso lo haré con independencia del acuerdo al que lleguemos tú y yo. Pero tus padres están a punto de volver a Inglaterra, ¿verdad?

¿Qué pintaban sus padres en todo aquello?

–Sí, por eso no puedo trasladarme a Roma ni, mucho menos, casarme contigo. Tengo que volver a Inglaterra con ellos.

–Si vinieras conmigo a Roma y te convirtieras en mi esposa, tus padres tendrían una jubilación mucho más cómoda. Y tú estarías con Leo.

–¿Me estás amenazando? ¿Estás utilizando a mis padres y a mi hijo?

¿Cómo se atrevía? ¿Había averiguado tantas cosas sobre su familia y sobre ella que conocía el desequilibrio económico que suponía para sus padres mudarse a Inglaterra?

–Tú decides, Sadie: o te casas conmigo y formamos una familia o te vuelves sola a Inglaterra.

–No puedo hacer eso –ella lo miró y supo que hablaba en serio.

–Entonces, cásate conmigo.

–No quiero casarme contigo, Antonio. ¿Por qué iba a querer casarme con alguien que me amenaza de ese modo?

Él volvió a acercarse a ella, pero la dureza de su expresión había desaparecido y sus ojos se habían dulcificado. Tenía el mismo aspecto que el fin de semana en que se había enamorado de él. Le

pareció enormemente deseable, por lo que se preguntó si estaba perdiendo el juicio, la capacidad de pensar racionalmente.

–Porque hicimos algo que estuvo bien y de ahí salió Leo –él le acarició el rostro con el dorso de la mano–. Y podemos volver a estar bien, Sadie.

–No –respondió ella con brusquedad al tiempo que se alejaba de él–. Nunca. Si accedo, será por el bien de Leo y de mis padres, no porque quiera halagar tu exagerado ego.

–Son palabras duras –su voz seguía siendo increíblemente sexy, pero ella no iba a decírselo–. Pero falsas. Me sigues deseando tanto como yo a ti.

–De ninguna manera –quería haberle gritado su negativa, pero la calidez de su tacto era su perdición, por lo que la voz le salió ronca–. Te odio.

–Me odias porque me deseas. Reconócelo, *mia bella.* Sigue habiendo química entre nosotros.

–Desde luego que no –esa vez las palabras le salieron cargadas de ferocidad y pasó al lado de él hasta situarse en el centro de la habitación. Su madre llegaría con Leo en cualquier momento y lo único que le faltaba era tener que dar explicaciones de lo que pasaba. Quería librarse de Antonio a toda prisa.

–Vive peligrosamente, Sadie. Cásate conmigo por el bien de Leo, si no es por la pasión y el deseo que una vez fueron mutuos.

–¿Sabes de lo que me acusó tu madre?

–Te pido disculpas. Sin embargo, Leo es el heredero de los Di Marcello. ¿No te gustaría demostrarle a mi madre que estaba equivocada?

En aquel momento, Sadie oyó la voz excitada de su hijo hablando con su madre, y supo que la suerte estaba echada. Antonio no le había dado otra opción. No se imaginaba la vida sin Leo, que, unos minutos después, entraría en el piso, seguido de su abuela. ¿Cómo iba a explicarles la presencia de Antonio y, lo que era peor, que no tenía más remedio que aceptar su proposición de matrimonio?

Bastantes preocupaciones tenía ya su madre. Pasase lo que pasase, debían creer que se casaba con Antonio por amor, que se habían reencontrado. Solo así dejarían de preocuparse por Leo y por ella.

Antonio observó a Leo, que charlaba con Sadie sin dignarse a mirarlo. ¿Tan acostumbrado estaba a que hubiera hombres desconocidos en su casa? Una incómoda sensación se apoderó de él al pensar en Leo y Sadie con otro hombre.

¿Desde cuándo se sentía celoso de una mujer?

–No sabía que tenías compañía –una mujer, que él supuso que sería la madre de Sadie, le miró con el recelo dibujado en el rostro.

–Te presento a Antonio Di Marcello –Sadie le presentó sin explicar por qué estaba en el piso.

–Sé perfectamente quién es –respondió la madre de Sadie, que le miró y después miró a Leo, lo que le confirmó a Antonio lo que había pensado la primera vez que había visto al niño.

También ella se había percatado del innegable parecido, los ojos de los Di Marcello, que a Antonio, durante toda su infancia, le habían mirado desde los numerosos cuadros de sus antepasados. Era indudable que el niño era su hijo.

–Qué perspicaz es usted, señora Parker –afirmó Antonio con una voz lo más encantadora posible, a la vez que firme en su propósito de conseguir lo que deseaba. Había jugado su baza, pero le había dejado un sabor desagradable–. Es algo de lo que me acabo de enterar, pero, ahora que lo he hecho, pretendo hacer las cosas bien. Le doy mi palabra.

Leo intentaba enseñarle algo a Sadie, pero ella miraba a Antonio con los ojos como platos y muy nerviosa.

–Antonio y yo estamos tratando de resolver un asunto.

¿Le hablaba a él o a su madre? Antonio no lo sabía, pero percibió la resignación en su voz. Las ganas de enfrentarse a él habían desaparecido al llegar su hijo. Se sintió satisfecho. Ella iba a aceptar sus condiciones.

Tendría lo que deseaba: a su hijo.

Capítulo 5

SADIE seguía dudando de su decisión de haber ido a Roma con Antonio, del mismo modo que había estado dos meses dudando de que lo correcto fuera trasladarse a Inglaterra. Continuaba preocupada por el chantaje emocional que le había hecho Antonio, recurriendo a lo que había pasado entre ellos para conseguir que aceptara casarse con él. No obstante, había sido la amenaza de quitarle a Leo lo que la había hecho decidirse.

Siempre había querido darle la oportunidad de ser padre, por el bien de Leo, pero no sabía si podría perdonarle por haber utilizado al niño de aquella manera.

La idea de casarse con un hombre que le había dado la espalda cuando más lo necesitaba para después chantajearla no le hacía ninguna gracia. Aún peor era cómo se había sentido al verlo, y eso fue antes de que le acariciara el rostro y la mirara con deseo, lo que le recordó lo que habían compartido.

Pero no, se mantendría inflexible: su matrimonio sería solo de nombre.

Sin embargo, Leo no parecía dudar. Tras un periodo de timidez inicial cuando el avión de Antonio los había conducido a Roma, ahora aceptaba la nueva figura masculina, aunque no sabía que Antonio era su padre. Esa había sido la condición que había puesto Sadie para aceptar su propuesta: que fuera ella la que le dijera a Leo, cuando estuviera preparada, quién era Antonio.

–*Mamma*, Antonio quiere llevarnos a ver romanos de verdad. ¿Podemos ir? ¡Por favor! –Leo, entusiasmado, se acomodó en su regazo mientras estaba sentada en la terraza intentando hacerse a la idea de que estaba en Roma con Antonio.

–Entonces, tendremos que ir –contestó abrazando al niño.

–*Bene* –la voz de Antonio la sobresaltó. Alzó la vista y le vio cuando salía a la terraza–. Iremos hoy.

No llevaba puesto su mejor traje, como cuando había ido a visitarla en Milán, sino unos vaqueros y una camisa. La ropa informal le sentaba bien y le hacía parecer sexy. Sadie se apresuró a descartar ese pensamiento. No iba a volver a lo mismo.

–¿No tienes que trabajar hoy? ¿No era por eso por lo que debías volver a toda prisa? –le miró con recelo y se negó a interpretar la sonrisa que le dirigió a Leo, como si fueran cómplices.

–Recuerda que soy el jefe. Quiero estar aquí, con Leo, y conocerlo –la miró. Estaba tan cerca de ella que no podía evitar la atracción que sentía hacia él–. También quiero conocerte a ti más de lo que te conozco.

–Leo está muy emocionado, ¿verdad, Leo? –Sadie miró a su hijo y lo abrazó, desesperada por ocultar su deseo de Antonio y evitar que Leo sufriera o se sintiera decepcionado.

Aquello debía suceder: Antonio tenía que conocer a su hijo. Había llegado el momento de compartir a su hijo, pero ¿era Antonio capaz de ser padre y de quererlo como se merecía? Hasta que no supiera la respuesta no podía dejarse llevar por las emociones. Tenía que enterrar aquel deseo que revivía.

Él tendió la mano a Leo.

–¿Nos vamos?

Sadie creyó que Leo se le abrazaría a las piernas como solía hacer cuando se dirigía a él un desconocido, pero cuál no sería su sorpresa cuando el niño saltó de su regazo y corrió por la terraza para agarrar la mano de Antonio.

Antonio, arrogante, enarcó las cejas, lo cual le indicó a Sadie que sabía perfectamente lo que ella pensaba que Leo haría, por lo que no pudo evitar la sensación de que la estaba ganando por puntos. ¿La estaba desafiando a que le acogiera con la misma alegría?

Mientras Leo corría por aquel lujoso piso, lleno de antigüedades, Sadie reunió fuerzas para contrariar a Antonio. Un piso como aquel no era el lugar adecuado para un niño de tres años. Por eso pasaban tanto tiempo en la terraza, para que tuviera libertad para correr y saltar. A Sadie le había parecido más seguro que cambiar los

muebles, que parecían llevados de la mansión familiar.

Antonio se echó a reír y a ella le sorprendió como si, en aquel momento de descuido, fuera verdaderamente él mismo, lo cual desconchó un poco más el muro que había erigido en torno a su corazón después de que él la abandonara.

–¡Despacio, Leo! –dijo Sadie al tiempo que se levantaba por la necesidad de hacer algo.

–No te levantes –Antonio la agarró del brazo cuando ella fue a entrar. Se detuvo instantáneamente como si la hubiera quemado–. Es pequeño y quiero que se divierta.

–¿Y los muebles? ¿Y todas esas preciosas antigüedades? –ella quería apartar el brazo de su mano, que dejara de agarrarla, aunque lo hiciera con suavidad. Recordó que era peligroso, pero recordar solo le serviría para volver a abrirle la puerta de su corazón.

–Sé lo que es ser un niño que corre en un mundo de adultos donde nadie se fija en ti. No es muy divertido. Deja que sea un niño –dijo Antonio al tiempo que, afortunadamente, la soltaba, pero sonriéndole de una manera que le derritió el corazón y le recordó a Leo–. Podemos salir, si así te vas a sentir más a gusto.

Los recuerdos de infancia de Antonio se le habían agolpado en la mente al observar a Leo corriendo por el piso, y se preguntó por qué demonios había elegido esos muebles. ¿Se debía a que eran los que conocía y a que haber elegido otros hubiera equivalido a reconocer que deseaba algo que no pensaba que fuera posible: un cálido y amoroso hogar?

Se imaginó a Leo en un hogar similar, lo cual le hizo reflexionar sobre si sería capaz de ser un buen padre. Leo estaba solo, igual que lo había estado él, salvo cuando buscaba la compañía de Mario, el amistoso jardinero que le había prestado más atención que su propio padre.

Ver a su hijo mientras corría excitado por la habitación contrastaba enormemente con lo que él había conocido de niño. Al imitar el frío entorno de su infancia no había considerado que había otras formas de hacer las cosas.

Ahora, mientras entraban al Coliseo y Leo se fijaba en todo, Antonio supo que lo que experimentaba en aquel momento era

exactamente lo que deseaba: pasar tiempo con su hijo, ser su padre.

Sadie ya le había dejado claro, aunque fuera a Toni y no a él, que quería casarse, que deseaba una figura paterna para su hijo, y eso era precisamente lo que él pretendía ser: un padre como era debido. Le daría a su hijo todo aquello de lo que le había privado un padre frío e insensible. Había disfrutado de todos los lujos que proporciona el dinero, pero no había tenido el fundamental y muy deseado amor de su padre.

Toda su vida había sabido que él se debía a su familia, a conservar el buen nombre que se había ido transmitiendo de generación en generación. Sin embargo, ahora eso no le importaba, ya que tenía muy claro cuál era su deber: cuidar del pequeño que, en aquel momento, contemplaba lo que le rodeaba con mucho interés, y de la mujer, de la que había dicho a Sebastien, después del alud, que hubiera sido la ideal para él, de no haberlo empujado su familia por otro camino.

–Las amonestaciones se leerán por primera vez este sábado –le comentó a Sadie cuando esta se detuvo a mirar los restos de los muros construidos tanto tiempo atrás.

Ella no lo miró, pero él notó la tensión de sus hombros.

–No quiero celebraciones. Lo único que tenemos que hacer es firmar un registro –añadió él. Sadie seguía sin mirarlo, pero él sabía que, tras las gafas de sol, sus verdes ojos brillarían resueltos. Su determinación emanaba de ella con la fuerza de la marea, y él la admiró por ello–. No hay necesidad de invitar a familiares y amigos. Será una ceremonia civil con los testigos requeridos –Antonio sabía a quién quería de testigo en su boda, pero todavía no había puesto en marcha sus planes para que fuera así.

Había esperado a ver si Sadie quería que sus padres acudieran a la boda, pero ella parecía tan empeñada como él en casarse tranquila y rápidamente, sin familiares. Sebastien y Monika serían los testigos perfectos.

–¿Cuándo? –preguntó ella.

–Dentro de dos semanas estaremos casados –él no estaba seguro de si le defraudaba que ella hubiera dejado de oponer resistencia. Y no era, ciertamente, porque se hubiera adueñado de ella el deseo y la pasión de otro tiempo.

–Así que tengo dos semanas para cambiar de opinión –ella se

volvió a mirarlo y él trató de descifrar la expresión de su rostro.

¿Se estaba planteando cambiar de idea? ¿Podía ser que quisiera algo más que la seguridad económica de sus progenitores y un padre para Leo? Se sintió molesto. Se casarían como había planeado. Sería un buen padre para su hijo, formaría el hogar que no había tenido y haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

No iba a consentir de ninguna manera que Sadie se echara atrás. Era impensable. Sadie sería su esposa. Leo ya era su heredero, con independencia del apellido que figurara en el certificado de nacimiento. Ese era otro tema que habría que solucionar una vez se hubieran casado.

–Ese momento hace mucho que pasó, Sadie. Has aceptado mis condiciones, y nos casaremos –no alzó la voz debido a la presencia de Leo, a pesar de que el niño estaba absorto en lo que veía. Pero él, de niño, había sido testigo de muchas duras conversaciones entre sus padres, por lo que no quería exponer a su hijo a lo mismo.

–¿Puedo ver a los romanos ahora? –Leo se situó entre ambos y lo miró. Sus grandes ojos le oprimieron el corazón. Deseaba querer a su hijo, dar rienda suelta a sus emociones, pero le habían educado en la idea de que manifestar los sentimientos era una debilidad.

–Sí, sí, y después iremos a tomarnos un delicioso *gelato* –Antonio agradeció la intromisión de Leo en la conversación y también que hubiera conseguido convertir su primera salida juntos en algo memorable.

Sadie sabía que la conversación no había concluido, pero agradeció que Antonio no hubiera querido continuarla delante de Leo, lo cual demostraba que, al menos, pensaba en Leo, tenía en cuenta sus sentimientos. ¿Se habría equivocado con él?

–Creo que es una idea estupenda, ¿no te parece, Leo? –tomó la mano de su hijo e intentó no prestar atención a la tensión existente entre Antonio y ella–. Vamos.

Mientras se dirigían hacia donde estaban los soldados romanos, Sadie sacó el móvil. Era una reacción automática cada vez que tenía la oportunidad de captar un momento de la vida de Leo. Le hizo varias fotos sonriendo contento al lado de un soldado romano y sonrió para sí. Tenía muchos hermosos recuerdos así plasmados, no

solo para ella, sino con la esperanza de enseñárselo un día al padre del niño.

Se sintió culpable al pensar que Antonio no los había visto, no había oído a Leo decir su primera palabra ni le había visto dar los primeros pasos. Pero era él quien había decidido hacer caso omiso de su última carta. No debería sentirse culpable, ya que no lo era. Había sido decisión de Antonio.

–Tengo muchas fotos de Leo –dijo al darse cuenta de que Antonio la observaba.

Con independencia de lo que ambos hubieran decidido, era el padre de Leo y ella le debía a su hijo que formara parte de su vida. Lo único que tenía que hacer era protegerse el corazón, controlar sus sentimientos y no volver a enamorarse de él.

–Me gustaría verlas –se le acercó, lo que a Sadie le aceleró el pulso como solo le sucedía en su presencia–. Pero ya es hora de que nos hagamos una foto toda la familia, ¿no?

Sacó el móvil y le pidió a un turista que se la sacara y, antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar, se halló muy cerca de Antonio, que sostenía a Leo en un brazo y con el otro la atraía hacia sí. Esbozó una sonrisa forzada, mientras el turista les hacía varias fotos, intentando no prestar atención al intenso calor del cuerpo de Antonio, que despertaba en ella todo el deseo y la añoranza de cuatro años antes. El tiempo no había disminuido su pasión por él.

–*Grazie* –Antonio le dio las gracias al turista y miró las fotos.

Ella observó las distintas emociones que manifestó su rostro y que desaparecieron rápidamente. Él bajó a Leo y volvió a ponerse las gafas de sol. Volvía a ser el Antonio Di Marcello que tenía todo bajo control, su momento de debilidad por su hijo había pasado. ¿O todo eran imaginaciones de ella?

Al volver a la calle y abandonar el pasado contenido entre los muros del Coliseo, Sadie pensó que era una pena que el pasado de ellos dos no pudiera encerrarse tan fácilmente tras altos muros. Tal vez entonces no tendría que luchar contra la creciente atracción hacia el hombre que la había decepcionado del peor modo posible.

Aunque ya había transcurrido una semana desde que habían estado en el Coliseo, a Sadie le parecía que acababan de volver de

allí. Leo se había acostumbrado a la nueva casa mucho mejor de lo que ella esperaba y su vínculo con Antonio se iba fortaleciendo, lo cual la preocupaba, ya que Antonio podía decepcionarlo como había hecho con ella.

Su preocupación aumentó al hojear una revista del corazón que había comprado el día anterior. La foto que vio la hizo recordar todo lo sucedido ese día. Aunque no dominaba el italiano a la perfección, entendió casi todo el artículo que acompañaba la fotografía de los tres frente al Coliseo.

¿Había sido obra de un fotógrafo que los había visto y aprovechado la ocasión o había sido un montaje de Antonio? Al fin y al cabo, le había dejado claro que haría lo imposible por formar parte de la vida de Leo. ¿Era esa su manera de asegurarse de que ella no se echara atrás con respecto a la boda?

Se quedaron todo el día en el piso, aunque a Leo no le gustaba estar encerrado. A Sadie le inquietaba que otros fotógrafos hicieran lo mismo, así que, mientras Antonio estaba trabajando, intentó entretener a Leo, lo cual le impidió hacerse preguntas. Pero cuando hubo acostado a su hijo, supo que solo había un modo de obtener las respuestas que deseaba.

Como el calor de principios del verano había disminuido un poco por la noche, se sentó en la terraza. Durante la cena, Antonio no había mencionado el artículo. Sería ella la que tendría que sacar el tema. Como mínimo, quería que él le asegurara que no tenía nada que ver. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más dudas la asaltaban.

–Ayer compré una revista –dijo ella cuando él salió a la terraza–. Había una fotografía nuestra.

Lo miró directamente a los ojos en busca de alguna señal de que lo supiera. Sin embargo, él frunció el ceño.

–¿Qué foto?

–Nosotros en el Coliseo.

–¿Con Leo? –preguntó en un tono plagado de dudas y de recelo, lo cual hizo que Sadie se preguntara si de verdad había sido obra suya. Quería creer que no, aunque tenía mucho que ganar si lo había hecho.

–Sí –contestó ella, incapaz de controlar el pánico y la humillación que le producía el hecho de que estuviera dispuesto a

utilizar a su propio hijo–. Y ahora se está empleando la foto para considerar a Leo el hijo del amor que arruinó tu matrimonio y para calificarme de la cazafortunas que tendió una trampa a un multimillonario.

Se levantó y se dirigió a una esquina de la terraza, donde se puso a mirar los tejados de Roma. No podía mirar a Antonio, le dolía demasiado. Lo que había sentido por él volvía con renovada fuerza, y su resistencia se debilitaba. Quería que la abrazara, que le dijera que todo saldría bien. Pero ¿cómo iba a fiarse de él? Durante dos semanas había abandonado su elevado tren de vida y fingido ser otra persona para averiguar si Leo era su hijo.

Él se le acercó. Sadie cerró los ojos durante unos segundos, mientras él la tomaba de la barbilla para obligarla a mirarle. Al abrir los ojos vio claramente en los de él cuál era si intención.

–No lo hagas, Antonio.

–¿El qué, Sadie? ¿Besarte? –susurró con voz ronca y, antes de que ella pudiera hacer o decir nada, la atrajo hacia sí y posó sus labios en los de ella.

Sadie se encendió de deseo. El pecho firme de Antonio se apretaba contra el suyo, por lo que no sabía si los latidos del corazón que percibía eran del suyo o del de Antonio. No debería desear aquello, no debería estar besándolo de aquella forma, pero no podía evitarlo. Se ahogaba de deseo, y todos lo sentimientos que se había esforzado en enterrar cuando él la había abandonado volvían a salir a la superficie.

Quería perderse en sus besos, hundirse en su abrazo, pero no podía. Ya no se trataba únicamente de ellos dos, sino de Leo y, debido al trato que Antonio le había obligado a aceptar, también de sus padres.

Tales aleccionadores pensamientos disminuyeron su deseo, y le empujó para apartarle.

–Esto no es lo que quiero.

–¿Ah, no, *mia bella*?

–No. Estoy aquí por el bien de Leo. Le caes bien y quiere estar contigo.

–Y tú, ¿no quieres también estar conmigo? ¿No me deseas como yo a ti?

–No, no te deseo ni deseo nada de esto. Lo único que deseo es

que Leo sea feliz.

Ella dio un torpe paso hacia atrás cuando él la soltó. La expresión del rostro de Antonio le confirmó lo que ya había sospechado cuando llegó a su piso en Milán: no estaba allí porque sintiera algo por ella, sino por deber a Leo.

–¿Qué es lo que no deseas, casarte conmigo o que te bese? –su voz levemente ronca no ocultaba su desprecio por la idea del matrimonio, y Sadie sintió un escalofrío. Esa versión de Antonio era muy distinta de aquella de la que ella se había enamorado cuatro años antes. Si ese Antonio estuviera allí, todo sería distinto.

–Ninguna de las dos cosas –se cruzó de brazos para protegerse del fresco que, de repente, se había levantado.

–Entonces eres tan calculadora como yo, Sadie. Somos la pareja perfecta para casarnos –Antonio se acercó a ella con decisión, pero ella se negó a moverse y a dejarse intimidar.

Lo miró mientras, a sus pies, la ciudad bullía de actividad. Pero el ambiente en la terraza estaba cargado de tensión, no solo por las autoritarias palabras de Antonio, sino por el beso, que había añadido tensión sensual a la mezcla.

–No lo soy, a no ser que consideres que soy calculadora por hacer lo que es mejor para mi hijo y para mí. No he sido yo quien ha introducido a mis padres en este asunto, sino tú.

–Creí que querrías que tus padres acudieran a la boda, aunque solo se trate de una ceremonia civil –su voz airada la irritó aún más.

–No quiero que mis padres sepan nada hasta que no estemos casados.

–¿Por qué?

–Para que no me convenzan de no hacerlo –sus palabras restallaron como un latigazo y se volvió para marcharse, pero se detuvo. ¿De que serviría? Era mejor solucionarlo todo en aquel momento.

–¿Por qué iban a hacerlo cuando se ha publicado una foto tan bonita de nosotros tres?

Sus palabras se deslizaron sobre ella como agua helada. Antonio lo había preparado. Era lo que quería.

Antonio abrió la revista despacio y fingió que veía la fotografía por primera vez, agradecido de que su secretaria le hubiera prevenido de su publicación. Como era de esperar, abundaban las especulaciones sobre el fracaso de su primer matrimonio. Dejó la revista en la mesa y observó a Sadie mientras miraba la fotografía y las preguntas se reflejaban en su rostro, las mismas que él se había hecho: ¿Quién la había sacado? ¿Dónde? ¿Cuándo?

Ella se apartó. Sus ojos expresaban ira y dolor.

–Lo siento –dijo él acercándose a ella con pasos firmes. Sadie se puso tensa–. No sé quién ha hecho esa foto ni por qué.

Observó a Sadie mientras ella se dirigía al otro extremo de la terraza, se cruzaba de brazos y le daba la espalda. Irradiaba oleadas de dolor, de sentimiento de haber sido traicionada, pero él no podía hacer nada al respecto.

No podía decirle que había seguido pensando en ella después de haberse casado con Eloisa. Su familia le había hecho chantaje emocional para conseguir que se casara, y la boda se llevó a cabo por el deseo de su madre de que Eloisa fuera la hija que no había tenido, así como por la considerable ganancia económica que supondría la unión. No podía aliviar el dolor de Sadie porque se lo impedía la promesa que le había hecho a Eloisa. Y él era un hombre de honor, por lo que cumpliría su palabra.

–Lo siento, Sadie –su voz sonó dura e insincera incluso a sus propios oídos. Sadie se volvió al acercarse a ella. Vio que tensaba los hombros, por lo que se detuvo.

–Es un niño, Antonio –dijo ella con voz llena de pasión protectora mirándolo.

Y él recordó otro tiempo en que sus palabras eran apasionadas; un tiempo en que ella lo había sido todo para él. Quería eso de nuevo. ¿Cómo demonios había sabido Sebastien que seguía deseándola al cabo de los años? Antonio no lo sabía, pero, como era habitual, su amigo no se había equivocado.

–Si lo hubiera sabido, hubiera detenido al fotógrafo, puedes estar segura –lo había dicho en serio. Y no solo por la necesidad de proteger a su hijo, sino también porque no deseaba ver a Sadie tan alterada.

Lo que no podía contarle era que la causa del interés de la prensa residía en su primer matrimonio. No podía decirle ni una

palabra por la promesa que le había hecho a su exesposa, que había sacrificado de buena gana su soltería para casarse con él. Sus verdaderos motivos pronto habían quedado al descubierto, lo cual le había devuelto la libertad.

Ahora podía tener el matrimonio que necesitaba para conservar a su hijo y heredero. Lo único que debía hacer era hallar a la mujer que le había permitido ser verdaderamente él mismo, aunque solo hubiera sido durante un fin de semana de hacía cuatro años. Pero ella estaba enterrada bajo muchas capas de dolor y, al igual que él, había levantado elevados muros para defenderse.

–Pues me parece que te ha venido muy bien. ¿Nos estás utilizando para explicar por qué tu matrimonio fracasó a los pocos meses, en vez de echarle la culpa a tu conducta de playboy?

Antonio observó su barbilla levantada y el desprecio y la decepción que expresaban sus ojos. Se sintió culpable, pero se preguntó si su ira procedía de la atracción que ambos habían sido incapaces de resistir cuatro años antes y que volvían a sentir. ¿Significaba algo que ella estuviera enterada de todas las mujeres con las que había salido en un intento de atraer la atención de Eloisa?

Se acercó más a ella.

–No sabía que estabas embarazada de mí, Sadie. Me crees, ¿verdad?

–Pensé que, tras nuestro fin de semana juntos, al menos me verías y me escucharías, aunque no quisieras un hijo –afirmó ella con la voz llena de dolor, de un dolor que él le había causado.

Antonio salvó la distancia que los separaba y le tomó la mano.

–Ojalá hubiera recibido tu carta y tus mensajes.

Su respiración entrecortada le animó a continuar, a volver a encender la pasión que los había unido. Había sido la única mujer que le había hecho sentir, desear más, y era la madre de su hijo. Le acarició suavemente el rostro, pero ella lo apartó.

–Sí, ojalá.

–Sé que viste a mi madre.

–Me echó, Antonio. Un hijo ilegítimo sería, sin duda, una

mancha para sus antepasados.

–¿Le hablaste de Leo? ¿Le dijiste que esperabas un hijo mío? –supo que era verdad y recordó lo que ella había estado a punto de decirle cuando creía que era Toni Adessi. No se había imaginado que su madre pudiera ser vil hasta el extremo de negar la existencia de su nieto.

–Dos segundos antes de que me diera con la puerta en las narices –indignada, levantó la barbilla y le miró, desafiándole a que le dijera que mentía–. Después de aquello te escribí otra carta.

La ira bullía en el interior de Antonio. Qué distinta hubiera sido su vida y la de Eloisa si le hubieran hablado de la visita de Sadie. El destino le había asestado un golpe con su desastroso matrimonio, pero también le había devuelto a Sadie, lo cual no estaba nada mal, pues ahora sabía que tenía un hijo.

Capítulo 6

SADIE estaba muy nerviosa: ese día se casaría con el hombre al que había amado.

Le asaltaban las dudas, la verdad de lo que iba a suceder se estrellaba contra lo que ella siempre había soñado. No se trataba del vestido blanco y el velo ni de la diversión de tener a sus amigos de testigos de la celebración. Para ella, la idea del matrimonio no tenía nada que ver con eso, sino con el amor. Pero se iba a casar con un hombre del que corría el peligro de volver a enamorarse, un hombre que le había dicho fríamente que el amor no existía.

Sadie miró la falda, que le llegaba a la altura de la rodilla, del vestido que había elegido para la boda. Recorrió con los dedos los bordados azul marino. En realidad, daba igual dónde o cómo se casara, incluso lo que llevara puesto, pero la boda con la que siempre había soñado debía ser con un hombre que la quisiera incondicionalmente, con un hombre al que ella quisiera con todo su corazón.

Y aquella boda iba a ser muy distinta.

Había amado a Antonio, antes de que hubiera mostrado tal y como era en realidad, pero era dolorosamente evidente que él no solo no la había querido, sino que nunca lo haría. Su matrimonio sería el resultado de un trato para estar con su hijo, un acuerdo al que habían llegado después de que él hubiera fingido durante dos semanas ser otra persona, alguien que no podía ser debido a su cruel indiferencia hacia los demás.

–¿Vamos a ver a Antonio? –la pregunta de Leo la devolvió al presente. Iban en el coche que Antonio había mandado a recogerlos para llevarlos al ayuntamiento, donde se celebraría la ceremonia

civil.

–Sí, Leo, vamos a verlo.

Aún no le había explicado nada al niño ni, desde luego, le había dicho que estaba a punto de casarse con Antonio. Había puesto especial cuidado en arreglarse, pero, como era de esperar, Leo no se había fijado. El sentimiento de culpa le impidió añadir nada más en aquel momento. Iba a casarse por él, pero estar encerrado en un piso tan acorde con las raíces familiares de Antonio no era bueno para su hijo.

Tal vez Antonio consintiera que ella se buscara un pisito más adecuado para criar a un niño. Según se le estaba ocurriendo la idea, la rechazó. Antonio quería estar con Leo, por lo que no le bastaría nada que no fuera vivir con él. Menos mal que, durante las dos semanas que llevaban en Roma, no había traspasado el límite de las habitaciones separadas, y ella esperaba que pronunciar los votos matrimoniales no fuera a cambiarlo.

–Antonio me cae bien –dijo Leo.

–Eso es estupendo, cariño –estaba a punto de decirle que Antonio y ella se iban a casar y que él era su padre cuando Leo se le adelantó.

–Quiero que Antonio sea mi papá.

Sadie parpadeó de la impresión y miró a su hijo a los ojos, tan parecidos a los de Antonio. Y la alegría que vio en ellos estuvo a punto de partirle el corazón. Ojalá Antonio lo deseara tanto como él.

–¿Ah, sí?

–Sí, y me ha dicho que puedo llamarle papá –la emoción y alegría de la voz del niño le desgarraron el corazón. Llevaba tres años negando un padre a su hijo, pero Antonio no tenía derecho a imponerle cómo o cuándo explicarle las cosas a su hijo.

Se sintió furiosa con el hombre con el que iba a casarse. ¿Por qué le había dicho eso a Leo y cuándo? ¿Y qué más le había dicho?

–¿Eso te alegraría, Leo? –preguntó para sondearlo mientras se preguntaba si había llegado el momento, dadas las circunstancias, de contarle quién era Antonio en realidad, que el hombre que él quería que fuera su padre era precisamente eso.

–Sí. Y te tiene preparada una sorpresa, para que esté contenta –afirmó Leo, muy excitado.

Sadie se dio cuenta de que, fuera cual fuera esa sorpresa, su hijo no lo sabía.

El coche se detuvo y ella miró a su alrededor. Así que ya había llegado el momento de casarse con quien le había robado el corazón cuatro años antes y la había imposibilitado para querer a otro. Había llegado el momento en que diría «sí, quiero» a Antonio Di Marcello, el padre de su hijo.

Tenía los nervios de punta y, a su lado, Leo comenzó a moverse inquieto, porque quería bajar del coche. Lo miró y se preguntó si estaba haciendo lo correcto. Era evidente que para Leo sí, pero ¿y para ella? Respiró hondo y se bajó. Tomó a su hijo de la mano y se quedaron mirando el alto e imponente edificio del ayuntamiento.

–¡Antonio! –antes de que ella pudiera centrarse, Leo se soltó de su mano y corrió hacia Antonio, que salía por la enorme puerta de madera, testigo de muchas bodas. Observó a su hijo corriendo hacia él y Antonio, sin vacilar ni un segundo, le tomó en brazos riendo. Después, la miró.

El traje gris se ajustaba a su cuerpo y a sus largas piernas, y a Sadie le pareció que acababa de salir de unos de sus sueños. La expresión de su rostro cuando sus miradas se cruzaron no dejaba dudas de que la tensión que había surgido entre ambos la semana anterior seguía viva, a pesar de que él había mantenido las distancias toda la semana.

Ella se le acercó con pasos vacilantes, como los de un cervatillo recién nacido, a causa de los altos tacones. El corazón le golpeaba en el pecho cuando llegó a su lado y miró su hermoso rostro, cautivada por la oscura profundidad de sus ojos.

–Estás muy guapa, *mia bella.*

Antonio observó que ella se sonrojaba levemente y quiso besarla como lo había hecho la semana anterior. El vestido blanco con bordados azules se ajustaba a su esbelto cuerpo y realzaba su estrecha cintura. Solo era un vestido, y normalmente no se fijaba en ellos, pero en Sadie era más que eso.

Estaba preciosa y, cuando ella le dio la mano a Leo, Antonio supo que estaba haciendo lo que debía. Era la madre de su hijo y la única mujer que le había cautivado instantáneamente. Además,

había una atracción mutua, una ardiente pasión entre los dos, a pesar de que ella lo negara. El beso que se habían dado en la terraza no dejaba lugar a dudas.

–Sin embargo, ¿cuánto tiempo seguiría ella rechazándolo? ¿Cuánto resistiría él?

–Papá –su hijo sonrió tímidamente y se escondió un poco detrás de su madre al llamarlo así.

Antonio se agachó y le sonrió.

–Tu mamá se va a casar hoy conmigo, lo que significa que siempre seré tu papá. Qué bien, ¿verdad?

Sabía que había buena relación entre Leo y él, pero la reacción del niño fue tan inesperada que le desconcertó. Leo se abrazó a él y Antonio le estrechó en sus brazos. Asombrado y sin saber qué decir, miró a Sadie y supo que daba igual lo que los hubiera vuelto a reunir. Lo único que importaba era que su hijo fuera feliz.

–Creo que su reacción lo dice todo, así que, por favor, recuerda este momento y no le falles –la fría voz de Sadie se filtró por el velo de emociones que no creía poseer. Se merecía ese aviso, pero ¿por qué ella siempre hacía que se sintiera como si tuviera que demostrar algo?

–En ese caso, ¿entramos y nos casamos? –no pretendía preguntárselo, pero quería darle una última oportunidad de negarse.

–¿Y los testigos? –la duda que temblaba en su voz aumentó la emoción de Antonio, que seguía con Leo en brazos.

–Ya está resuelto. Mi buen amigo Sebastien y Monika, su esposa, han venido de Inglaterra para hacer de testigos.

Ella enarcó levemente las cejas, pero no dijo nada y entró. Él, mientras la seguía, pensó que le resultaba increíble que al cabo de un rato fuera a convertirse en padre y esposo.

¿Era eso lo que Sebastien contemplaba cuando lo mandó a Milán? Negó con la cabeza y sonrió a Leo. Ya sabía que aquellas dos semanas no habían sido para demostrar que podía sobrevivir con doscientos míseros dólares, sino para desafiarlo a adoptar su papel de padre.

¿Había sabido Sebastien de la existencia de Leo o su plan había sido volver a reunirlo con Sadie con la esperanza de que descubrieran la clase de amor que había entre Monika y él?

Palabras en inglés e italiano atravesaban rápidamente el cerebro de Sadie, de pie al lado de Antonio. Detrás de ellos estaban los testigos y, agarrado a la mano de Antonio, como si temiera no volver a verlo, se hallaba Leo.

Sadie debiera estar contenta. Un padre y una familia para Leo era lo que siempre había deseado, pero ¿a qué precio? ¿Cuánto tardaría Antonio en volver a su vida de playboy, a vivir rápida y vorazmente? Era esa pregunta la que la retraía, la que le impedía ceder a su creciente atracción hacia él.

–Os declaro marido y mujer.

Ella parpadeó al oír aquellas palabras que la unían a Antonio y les convertían a ella y a Leo en su familia. Después cometió el error de mirar a Antonio. La chispa de deseo en sus ojos no la engañó. Era evidente que quería que sus amigos creyeran que estaban tan locamente enamorados que se habían apresurado a casarse después de su reencuentro.

–Y ahora voy a besar a la novia –dijo Antonio adelantándose al oficiante.

Y la besó largamente en los labios. Fue un beso que prometía mucho más, si ella se atrevía. Y ella quería atreverse, ser valiente y reencontrar lo que habían compartido en el pasado.

–Bravo –el amigo de Antonio que había sido testigo se puso a aplaudir, momento que ella aprovechó para retroceder y apartarse de la tentación de algo que podría volver a hacerla sufrir.

Miró al hombre. Era alto y algo mayor que Antonio. Su esposa era preciosa y se veía el amor que había entre ellos por cómo se sonreían, como si compartieran un secreto que solo ellos conocían. ¿Serían Antonio y ella así alguna vez?

La respuesta era evidente: nunca podrían serlo. El amor era un sentimiento del que Antonio no tenía noción alguna y que no deseaba que formara parte de su vida.

Leo le tiró del vestido para atraer su atención. Al tomarlo en brazos recordó cómo Antonio le había abrazado fuera del ayuntamiento, cuando habían llegado. Lo que él había sentido, fuera lo que fuera, le había sorprendido. ¿Podría ser ese pequeño paso el comienzo de algo? ¿Le estaba abriendo el corazón a su hijo?

–Voy a llevar a la novia a nuestra nueva casa –dijo Antonio a sus amigos–. Sebastien, Monika, nos encantaría que vinierais con nosotros.

–A Monika y a mí nos gustaría mucho –contestó su amigo, y sonrió a Sadie–. Siempre que a tu esposa no le importune.

–¿Importunarme? No –respondió Sadie, tremendamente agradecida. No quería quedarse a solas con Antonio, sobre todo después de aquel beso, que le había despertado el deseo que solo experimentaba con él. Leo se cansaría pronto y tendría que acostarse, lo que la dejaría a solas con Antonio. La compañía le vendría muy bien–. Estaremos encantados de que seáis nuestros huéspedes.

No sabía de qué se conocían Antonio y Sebastien, pero era evidente que los unía un fuerte vínculo.

Sadie, a quien le parecía estar soñando, salió con Leo en brazos al sol del verano, incapaz de comprender del todo que estaba casada con el hombre que le había robado el corazón cuatro años antes y le había hecho el precioso regalo de darle un hijo. Casarse era lo que había deseado al principio, pero ahora algo le impedía sentirse contenta y segura, a pesar de que Antonio era el único hombre al que había deseado.

En el coche, que circulaba por las calles de Roma, iba absorta en tales pensamientos mientras Leo se hallaba sentado, en su sillita, al lado de Antonio. Tardó un rato en darse cuenta de que salían de la ciudad. Cuando fue a preguntar adónde iban, el coche tomó un sendero hacia una gran villa.

Notó que Antonio la miraba mientras ella contemplaba la mansión. No era un hotel, que era lo primero que había pensado, lo cual la defraudó. Esperaba que Leo hubiera podido tener la libertad de correr por las extensas praderas. No había disfrutado de semejante libertad desde que habían llegado a Roma, pero no sería posible dejarle que lo hiciera en una casa privada.

–¿Dónde estamos? –preguntó a Antonio mirándole.

Él se limitó a enarcar las cejas de forma sexy y sugerente y se bajó del coche cuando este se hubo detenido, lo cual la puso furiosa. Leo salió disparado detrás de Antonio. Ya no quería estar con ella, sino con su nuevo héroe.

Un poco desanimada, bajó ella también del coche. El sol

calentaba con la promesa de un cálido verano. Sadie contempló la villa. Al edificio original le habían incorporado sorprendentes añadidos de muy buen gusto. Una galería cubierta recorría toda la casa y lo primero que pensó ella fue que la sombra sería muy agradable en pleno verano.

–Bienvenida a tu nuevo hogar –se volvió rápidamente a mirar a Antonio en el momento en que el coche de Sebastien aparecía por el sendero que llevaba a la casa.

–¿Mi hogar?

–Sí, un hogar para mi esposa y mi hijo –sus ojos oscuros la miraron de forma muy sexy, y a Sadie le recorrió un escalofrío porque revivieron en ella recuerdos de cómo la había abrazado y besado hasta casi hacerla perder el sentido.

Antes de que ella pudiera decir nada, él se inclinó hacia Leo.

–¿Te gustaría vivir aquí?

Leo lo miró con los ojos como platos. A ella se le encogió el corazón al ver la adoración que el niño ya sentía por su padre.

–¿Siempre?

–Sí, siempre –Antonio se echó a reír y le alborotó el cabello de una forma que hizo pensar a Sadie que estaba acostumbrado a tratar con niños pequeños, cosa que no se le había ocurrido que fuera posible en un hombre como él.

–¿Contigo?

Antonio se rio con más fuerza, pero ella contuvo la respiración mientras esperaba la respuesta que partiría el corazón de su hijo. No sabía si ella podría resistir oírle decir que volvería a su piso de Roma.

–Por supuesto –Antonio miró a Sadie–. Con tu madre y contigo.

La conversación quedó interrumpida al acercarse Sebastien y Monika.

–Creo que ha llegado la hora de celebrarlo –dijo Antonio.

Ella los acompañó al interior mientras hablaba con Monika y contemplaba admirada lo que la rodeaba. La villa era magnífica, y estaba muy bellamente amueblada. ¿Cuándo lo había hecho Antonio?

El sonido del corcho de una botella de champán al ser abierta la sobresalto, y Leo rio, lo que la hizo olvidarse de sus dudas.

–Por vuestra boda –dijo Sebastien alzando la copa–. Por los

novios y por Leo.

Antonio levantó la copa y miró a Sadie. Sus ojos brillaban de emoción no disimulada.

–Por mi hermosa novia.

Ella sonrió tímidamente. Había tenido una reacción exagerada, se había dejado llevar por los nervios previos a la boda. Todo saldría bien, ya que estaban casados.

–Y no olvidemos la apuesta que aceptaste y que has ganado de forma excelente –la voz de Sebastien destruyó su esperanza como un latigazo propinado a una tela de araña.

–¿Apuesta? –Sadie repitió la palabra sin querer. ¿De qué hablaba Sebastien?

Monika le puso la mano en el hombro y Sadie la miró. ¿Sabía de qué trataba todo aquello?

–Están de broma. Siempre se están desafiando el uno al otro sobre cualquier cosa.

–Te dije que había trabajado en el garaje para demostrar que podía hacerlo –la voz de Antonio atrajo su atención y lo miró, consciente de que Monika y Sebastien se miraban. Sabían algo que ella desconocía.

–Lo desafíe a que viviera dos semanas con nombre falso y sin su fortuna, y lo ha hecho.

Sadie miró a Sebastien y se llevó la mano a la boca al comprender las implicaciones de lo que le había dicho.

–No tenía ni idea.

Antonio había visto la duda y la confusión en la expresión del rostro de Sadie y maldijo para sí la sinceridad de Sebastien. Había visto, sin poder decir nada, que Monika intentaba arreglar las cosas, pero Sebastien había rematado la conversación contando suficientes detalles, aunque no todos.

Por suerte, Leo había elegido ese momento para entrar corriendo desde el jardín, muy excitado por todas las novedades que lo rodeaban. Pero el niño ya se había acostado y los invitados se habían marchado. Sadie y él estaban a solas.

Era su noche de bodas, pero, en cuanto Sebastien y Monika se hubieron ido, la tensión había aumentado entre ellos, una tensión

que nacía de la siempre presente y mutua atracción sexual. A Antonio ya lo habían invadido emociones que consideraba marchitas en su interior hacía mucho tiempo, y se las había despertado su hijo. Sadie suponía una amenaza aún mayor para su equilibrio sentimental.

–Confío en que nuestro acuerdo sobre dormir en habitaciones separadas siga en pie –dijo ella en tono inflexible mientras estaban sentados en la terraza. Las luces de Roma parpadeaban en la distancia y les envolvían los sonidos de la noche.

¿Le había leído ella pensamiento? ¿Notaba la agitación que le producía su mera presencia? La examinó mientras ella miraba la noche, como si no quisiera o pudiera mirarlo a él. La versión airada de Sadie no era la que había previsto para la noche de bodas, pero, con un matrimonio desastroso a sus espaldas, parecía que el destino ya había condenado su nuevo matrimonio, que solo tenía unas horas de vida.

–Si es lo que quieres –la dureza de su voz igualó la de ella, que lo miró mientras se levantaba para marcharse.

–Sí, es lo que quiero.

Sus palabras le despertaron el recuerdo del día en que le había confesado a Sebastien que Sadie era la única mujer que le había hecho desear abrir su corazón a tiernos sentimientos, esos que debilitaban al hombre más duro.

Sin embargo, él no era débil ni consentiría que lo debilitaran. Lo que había pasado entre ellos había desaparecido hacía mucho tiempo. Lo único que quedaba era una atracción sexual que podía ser fácilmente sofocada. Lo sabía por experiencia.

–Nos hemos casado por el bien de Leo, para que yo pueda estar a su lado –no iba a permitir que sus pensamientos se centraran en lo sucedido tanto tiempo atrás. Tenía que mantenerse firme. Ella había aceptado sus condiciones para casarse, condiciones que él había impuesto por el niño por el que haría lo que fuera necesario.

–¿Y cuánto tiempo vas a quedarte a su lado? –ella, por fin, se volvió a mirarlo. Había reproche en su voz y en sus ojos–. ¿Unos días? ¿Un par de semanas?

–Mi intención es quedarme a su lado para siempre, así que más te vale irte acostumbrando a que forme parte de tu vida –Antonio se tragó la ira que sus palabras le producían y siguió mirando su

hermoso rostro.

–No creo que seas capaz de llevar a cabo semejante reto –dijo ella al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

Antonio se preguntó si sabía que él nunca contemplaba otra cosa que no fuera el éxito en todo lo que realizaba.

–Así que es un desafío, ¿verdad? –no pudo reprimir la alegría que le invadió cuando observó que la expresión del rostro de Sadie pasaba a ser de sorpresa al darse cuenta de lo que había hecho: le había desafiado.

–Parece que te encantan –la altiva y coqueta respuesta se quedó suspensa en el aire, mientras la tensión sexual entre ellos aumentaba aún más.

–Desde luego –Antonio no podía dejar de provocarla. El problema era que eso intensificaba su deseo de besarla y de volver a poseerla.

–Y claro, volverme a llevar a la cama es otro desafío –la mordaz respuesta dio en el blanco y sofocó su deseo creciente.

Él se echó a reír porque era lo único que podía hacer ante sus acertadas palabras. Ella lo miró a los ojos; los suyos brillaban de ira. Y esa ira reavivó en él el deseo. La deseaba como no había deseado a otra mujer, aunque la verdad era que no estaba acostumbrado a que una mujer lo rechazara ni a desearla aún más a causa de dicho rechazo.

Se levantó y se aproximó tanto a ella que olió su perfume, mezclado con el de las flores del jardín de la villa. La necesidad de abrazarla, de sentir su cuerpo contra el suyo, exacerbó la confusión que le causaban las emociones que lo invadían.

–Si quisiera llevarte a la cama, es ahí, precisamente, donde estarías. No necesitaría un desafío para cumplir ese objetivo.

Ella lo fulminó con la mirada, pero, antes de que pudiera replicarle, él le agarró la mano y se llevó los dedos a los labios. Ella no se resistió cuando se los besó mientras miraba fijamente sus verdes ojos.

–Pero esperaré a que llegue el momento en que no puedas seguir negando lo que continúa existiendo entre nosotros.

Capítulo 7

SADIE pasó su primera noche como esposa de Antonio inquieta y sola. Haciendo honor a su palabra, Antonio no durmió con ella, pero el reto que él le había lanzado seguía resonándole en el cerebro. Se había pasado buena parte de la noche mirando la semioscuridad, preguntándose si había hecho lo correcto al casarse con él y si cumpliría su palabra de dejarla dormir sola. ¿Todo, incluyendo su matrimonio, formaba parte de un desafío?

Leo llevaba tiempo levantado explorando la casa nueva con Antonio. Desde la terraza, donde ella se encontraba observándolos a ambos, se sentía cada vez más próxima al hombre con quien se había casado. No parecía el multimillonario sediento de poder que ella sabía que era, sino que se le veía contento y feliz con Leo.

Antonio alzó la vista y, al verla, tomó a Leo de la mano y lo condujo a la terraza. Ella esperaba que su hijo se sentara en su regazo, pero no lo hizo. Parecía que su nuevo hogar y la figura de su padre le habían proporcionado seguridad en sí mismo y hecho más independiente. Salió corriendo por la pradera mientras Antonio se quedaba de pie al lado de ella.

–Leo se está adaptando bien. Es un niño que hace muchas preguntas –la voz de Antonio era más suave de lo habitual.

¿Estaría sucumbiendo al encanto de Leo? Y si era así, ¿cuánto duraría?

–Sé, gracias a Sebastien, que nuestro matrimonio es una especie de desafío, pero, por favor, recuerda que tu hijo solo es un niño –Sadie miró a Antonio, que pareció sorprenderse tanto como ella de su arrebato emocional–. No lo hagas sufrir, Antonio.

Quiso apartar la mirada de sus ojos oscuros, que la miraban

inquisitivos, tras los que latía el mismo deseo que ella intentaba controlar. ¿Qué pasaría si consentía que esa atracción se manifestase? Lo único que debía hacer era acercarse y decirle que lo deseaba, pero se resistía porque tenía que proteger su frágil corazón.

–No tienes muy buena opinión de mí, ¿verdad, *mia bella*? –dijo Antonio con voz ronca mirándola tan intensamente que a ella se le aceleró pulso.

–¿Acaso puedes culparme? –preguntó ella con voz firme, desesperada por ocultar que a él le bastaba una mirada para descontrolarla del todo–. Te has casado conmigo a causa de un desafío. Esas dos semanas en el taller, ¿solo fueron una apuesta?

Como él no contestó, ella se alejó suspirando frustrada y reprochándose a sí misma ser un blanco tan fácil, haber consentido en formar parte del desafío.

–Sí –contestó él, por fin–. Fueron una apuesta –Antonio se apoyó en una columna de la terraza con los brazos cruzados y una expresión de arrogancia que le hacía parecer muy sexy y peligroso. ¿Cómo podía estar tan tranquilo?–. Pero no sabía que te encontraría allí, ni tampoco a mi hijo.

–¿Y pretendes que me crea que Leo y yo no formábamos parte del reto, que parece que fue Sebastien quien lo lanzó?

Él se separó de la columna y se acercó a ella. Aunque a Sadie se le aceleró el corazón, se negó a dejarse intimidar. Había accedido a casarse en parte para proporcionar a Leo el padre que necesitaba, pero también por la romántica idea equivocada de que todavía había entre ellos algo de aquella aventura de fin de semana, algo que tal vez diera la oportunidad a su matrimonio de tener éxito.

Ahora, mientras él la miraba, tan cerca de ella que percibía su olor a limpio de la ducha, supo que había cometido un gran error, aunque ella siguiera sintiendo algo por él, Antonio era inmune a eso y, desde luego, no sentía nada por ella, salvo una descarado deseo.

–Puedes creer lo que te parezca, *mia bella* –durante unos segundos, ella creyó que le iba a acariciar el rostro, por lo que contuvo la respiración.

Cuando se dio cuenta de que comenzaba a jadear, siguió interrogándolo, porque debía saber lo que le había hecho a Leo al casarse con Antonio.

–¿Por qué estabas en el taller, Antonio, y vivías como un hombre normal? Hasta yo sé que eso no es propio de ti.

–Sebastien me desafió a sobrevivir dos semanas sin mi fortuna ni mi apellido, a vivir, como dices, como un hombre normal –apretó los dientes, como si la idea de haberlo hecho, de haber sido ese hombre, no fuera de su agrado.

–¿Fuiste tú quien decidió ir al taller de Milán? –ella contuvo la respiración mientras esperaba a que le contestara.

–No –su concisa respuesta la hirió: no la había buscado, sino que se había producido una enorme coincidencia, lo cual debería anular la atracción que ella seguía sintiendo por él, pero no lo hizo.

Leo la llamó y ella bajó a la pradera, agradecida por poder alejarse de Antonio. Pero estaba segura de que había algo más.

–¿Y cuál era la recompensa por superar el reto?

–Sebastien hará una donación para fundar una ONG.

Antonio se acercó a Leo y hablaron durante unos segundos. Leo miraba con adoración al hombre que ya formaba parte de su vida. Si ella pudiera dejarse llevar y hacer lo mismo… Pero no podía, mucho menos cuando sabía que lo único que impulsaba a Antonio era el deseo, nada más profundo ni importante. No podía volver a ser tan ingenua.

Buscando ponerse a resguardo de los fuertes rayos solares, volvió a la terraza, con la intención añadida de seguirse manteniendo a distancia de Antonio. Distraídamente, tomó los periódicos del día que estaban sobre la mesa, pero se quedó helada al ver su imagen mientras observaba a Leo abrazando a Antonio, frente al ayuntamiento, el día anterior.

Hizo un esfuerzo por recuperarse y leyó el pie de la foto traduciéndolo del italiano varias veces para estar segura de que lo había interpretado correctamente. Así era.

> *El heredero de la familia Di Marcello, ya divorciado, se casa en secreto con la mujer que arruinó su matrimonio y se convierte en padre el mismo día.*

Al oír que su hijo se aproximaba charlando excitado alzó la vista y observó que Antonio lo llevaba en brazos. Sintió una punzada de dolor en el corazón. Había creído que hacía lo correcto al casarse

con su padre, pero, en realidad, los había puesto, a ella y a su hijo, en manos de la prensa. Ella podía enfrentarse a los medios y negar el argumento de que era la causa del fracaso del matrimonio de Antonio o, en parte, el motivo de su divorcio, pero no estaba dispuesta a que Leo se viera envuelto en semejante escándalo público.

Se le cayó el alma a los pies. ¿Verían sus padres esas fotos? Le había dicho a su madre que Antonio y ella se marchaban para intentar solucionar las cosas, para darse otra oportunidad por el bien de Leo. No había tenido el valor de contarle la verdad.

Antonio dejó a Leo en el suelo, frente a ella, y la miró con el ceño fruncido.

–¿Qué te pasa?

Lo miró desconcertada y él le quitó el periódico de las manos.

–No puedo consentir que Leo se convierta en el centro de atención de la prensa.

Él examinó la fotografía rápidamente y, por la tirantez de sus labios, ella supo que se estaba conteniendo para no soltar un improperio porque Leo estaba delante. El sol matinal brillaba en su cabello negro y, a pesar de lo enfadada que la había puesto el artículo, observó lo guapo que estaba. Un principio de barba le cubría la mandíbula, y Sadie sintió un cosquilleo al recordar el beso que le había dado. Detestaba que siguiera teniendo poder sobre ella, que siguiera encogiéndole el estómago y debilitándole las rodillas.

Su encanto la había vuelto a seducir y había accedido a algo que los había introducido, tanto a Leo como a ella, en el mundo en que él vivía, un mundo que se desarrollaba a la vista del público.

–Te doy mi palabra de que Leo no será el centro de atención –Antonio miró a Sadie al tiempo que sentía un fiero deseo de proteger a su hijo. La conversación que habían tenido sobre el desafío de Sebastien le había hecho ver las cosas desde la perspectiva de ella, darse cuenta del daño que Leo podía sufrir.

–¿Y cómo vas a conseguirlo? –preguntó ella con voz airada–. No fuiste capaz de evitar que nos sacaran esa foto. ¿O también formaba parte del desafío?

Una inmensa cólera se apoderó de él. Era evidente que los canallas que se hacían llamar periodistas y fotógrafos buscaban carnaza en su primer matrimonio y su posterior divorcio. Pero la verdad que buscaban solo lo sabía él y no podía contársela a nadie a causa de la promesa que había hecho a su exesposa.

Le había prometido que no revelaría su secreto, que ella quería guardar. Sin embargo, eso había sido antes de que se hubiera arrastrado a su hijo al sórdido ruedo mediático. Antonio podía hacer caso omiso de los comentarios burlones y de la intrusión en su vida, pero no quería que Leo formara parte de todo aquello.

Quería ser un padre que protegiera a su hijo, además de quererlo.

Se sintió culpable porque no quería seguir cumpliendo la promesa que le había hecho a Eloisa y por someter a su hijo al escrutinio público. En ese momento le remordió la conciencia y quiso contarle todo a Sadie, explicarle por qué su matrimonio había durado tan poco, el motivo real de su vuelta a Milán, por qué había vivido dos semanas de incógnito y que encontrarla a ella, y tal vez a Leo, era precisamente lo que Sebastien había planeado. Recordó lo que habían hablado aquella noche en St. Moritz, que ahora le parecía que había sucedido en otra vida. «El dinero no proporciona una vida plena», había dicho Sebastien, y había añadido: «Es una vida superficial y en absoluto significativa».

–Sebastien no debía haber mencionado el desafío –dijo sin pensar en cómo lo interpretaría Sadie, pero se recuperó rápidamente para que la situación se volviera a su favor. No iba a permitir que ella supiera cómo le afectaba todo aquello, a pesar de su aparente calma externa–. Tampoco tenía nada que ver con nuestra boda. Nos hemos casado porque descubrí que me habías ocultado un detalle fundamental: la existencia de mi hijo.

–Y yo he aceptado casarme contigo por Leo –contraatacó ella con vehemencia.

La ira por lo que ella había hecho se mezcló con la ira que le producía la situación en que, sin darse cuenta, había puesto al hijo que acababa de descubrir. Debía hacer algo.

No se iba a quedar sentado esperando a que la prensa averiguara la verdad y utilizara a Leo, o incluso a Sadie, como chivo expiatorio de su pasado error. Eloisa y él no deberían haberse casado, por

mucha presión que sus familias hubieran ejercido o por mucho sentido del deber hacia ellas que tuvieran.

–Vamos a marcharnos –dijo antes de darse cuenta de que Leo estaba a su lado y miraba a su madre y a él alternativamente–. Iremos a un sitio donde no nos molesten.

–¿Qué es lo que quieren, Antonio? –la directa pregunta de Sadie lo conmocionó.

–Eso es lo que me gustaría saber –tomó a Leo en brazos y miró alrededor de los jardines de la villa. Aunque había estipulado la necesidad de intimidad al contratar a un agente inmobiliario para que le comprara la casa, sabía hasta dónde podía llegar la prensa. Estaba acostumbrado, ya que se había criado en una de las familias más antiguas e influyentes de Milán y, después, había llevado una vida de playboy. Y aunque a él le diera igual por estar habituado, Sadie y Leo no lo estaban.

–Dime, Antonio –insistió Sadie mientras entraban en la villa y se alejaban de cualquier teleobjetivo–. Sea lo que sea, dímelo. Prefiero que me lo cuentes a leerlo en la prensa.

Los hermosos ojos verdes de Sadie le imploraron que abandonara su silencio. Pero no podía. Era hombre de palabra, un hombre de honor. Leo se retorció en sus brazos pidiéndole que le bajara.

Lo miró y supo que su lealtad en aquel momento era hacia su hijo. Saberlo ponía a prueba todo lo demás. Recordó las últimas horas de su matrimonio, muy deseado por sus padres, con una mujer con la que había crecido.

–No hay nada que contar. Fue un matrimonio de conveniencia. Eloisa y yo no estábamos hechos el uno para el otro, a pesar de que nos conocíamos desde niños –le dio los detalles básicos y se saltó la verdad porque deseaba guardar el secreto de Eloisa y cumplir su promesa–. Ahora nada de eso importa. Lo que importa es que Leo y tú vayáis a un sitio donde esos hombres amenazadores no os encuentren.

–¿Y cómo vamos a hacerlo?

Esa era precisamente la pregunta a la que Antonio daba vueltas. Acababa de comprar la villa, pero lo habían descubierto. No podía, ciertamente, ir a ninguna de las propiedades que tenía dispersas por el mundo. Tenía que ser un sitio que no pudiera relacionarse con él,

si quería proporcionar a Sadie y Leo la intimidad que se merecían.

Pensó en Alejandro y sus numerosas propiedades, pero, sobre todo, en su refugio en la isla del Caribe. Pudiera ser que Alejandro ya estuviera de incógnito, pero lo llamaría con el teléfono que Sebastien le había dado. Lo haría en cuanto tranquilizara a Sadie.

–De eso me ocupo yo. Haz las maletas con todo lo que Leo y tú necesitéis para varias semanas. Considéralo nuestra luna de miel –las últimas palabras se le habían ocurrido de pronto, pero al contemplar la frialdad de la mirada de Sadie supo que ella no lo consideraría así.

–No tenemos necesidad de pasar la luna de miel. Ya estamos casados. Te has asegurado un heredero y, a la luz de la presente situación, creo que lo mejor es que Leo y yo volvamos a Inglaterra para empezar una nueva vida.

Si Antonio había creído que la cólera que lo había dominado unos instantes antes era insuperable, se equivocaba. Las palabras de Sadie le hicieron perder el control, pero, externamente, continuó impertérrito, como siempre.

–La única vida que Leo y tú vais a empezar será conmigo. Y, puesto que de momento no tengo intención alguna de ir a Inglaterra, lo que dices es imposible. Me he casado contigo, lo que quiere decir que tengo derecho a opinar sobre la educación de mi hijo.

La dura voz de Antonio le partió en dos el corazón a Sadie, al igual que sus propias palabras, que volvían a ella con sorprendente fuerza.

Él la fulminó con la mirada y adoptó una actitud desafiante. Ella quería luchar, decirle que Leo y ella se marchaban a Inglaterra, pero algo la contuvo. ¿Una insensata emoción? No lo sabía, pero la rapidez con que Leo y él habían establecido un vínculo había dado al traste con su plan de una matrimonio con vidas separadas, un matrimonio de conveniencia.

–El nuestro no es un matrimonio de verdad, Antonio –se apartó el cabello de la cara y se plantó ante él.

Antonio enarcó las cejas y a ella, durante un segundo, le pareció ver una chispa de diversión en sus ojos. Esa breve bajada de

defensas, esa insinuación del Antonio que había conocido, le contrajo el estómago y despertó en ella los recuerdos del fin de semana que habían pasado riéndose y divirtiéndose en la cama cuatro años antes, a pesar de sus intentos de olvidarlo.

–Tras haber pasado la noche de bodas solo, soy plenamente consciente –la miró de manera significativa y sacó el móvil–. Estamos casados, Sadie, digas lo que digas, y viviremos como una familia. No vas a mantenerme apartado de mi hijo más tiempo del que lo has hecho.

–Vamos a meter tu oso de peluche en la maleta –dijo ella a Leo, desesperada por alejarse de la penetrante mirada de Antonio–. Nos vamos de vacaciones.

–¿Papá también viene? –Leo vaciló y Sadie se odió por todos los trastornos a los que lo había sometido las semanas anteriores; primero, un traslado al piso de Roma; después, el traslado a la villa; y ahora, un viaje a otro sitio. Tuvo que luchar consigo mismo para razonar y decirse que todo lo había hecho por él, para darle el padre que necesitaba.

–Pues claro –Antonio volvió a sorprenderla cuando se agachó al lado de Leo para tranquilizarlo–. Quieres que vaya, ¿verdad?

Leo asintió mirando a su padre con timidez, y, a ella, el corazón se le desgarró un poco más.

Antonio llamó a Alejandro, consciente de que estaría de incógnito, y se preguntó qué habría pensado Sebastien para él. No esperaba que Alejandro contestara, pero la voz de su amigo le contagió la tranquila objetividad que necesitaba.

–¿Cómo va todo, Alejandro?

–Creo que bien. Hay algo que parece demasiado sencillo.

–¿A qué te refieres con «sencillo»?

–Además de para disfrutar de mi imagen hundido hasta los tobillos en estiércol, creo que Sebastien me ha mandado aquí para acabar con la disputa entre la familia Salazar y la Hargrove –un estruendo metálico de fondo chirrió en los oídos de Antonio–. Teniendo en cuenta lo que has tenido que pasar tú, seguro que nuestro amigo se guarda un as en la manga.

Antonio estaba seguro de que tenía razón. Pero ¿para qué iba a

preocupar a su amigo cuando no le quedaba más remedio que enfrentarse a lo que le esperara? Sebastien había acertado al mandarlo primero a él, después a Stavros y por último a Alejandro a enfrentarse a un desafío que era mucho más de lo que parecía a primera vista. Las dos semanas de trabajo y de llevar lo que se solía denominar una vida normal eran una tapadera para los verdaderos retos.

–Me gusta esa imagen, Alejandro –Antonio rio para intentar disimular la inquietud que sentía por su amigo–. Tengo que llevarme a Sadie y a Leo a algún sitio que la prensa no pueda relacionar conmigo. No puedo permitir que mi hijo sea objeto de especulación mediática –Antonio no solía pedir ayuda, pero, si no podía pedírsela a Alejandro o a Stavros, ¿a quién iba a pedírsela?

–Mi isla caribeña privada será perfecta… para vuestra luna de miel.

La broma de Alejandro dio en el blanco. ¿Cómo iba a ser una luna de miel, pensó Antonio, cuando Sadie se empeñaba en mantenerlo lo más lejos posible de ella tanto física como emocionalmente, a pesar de que la atracción sexual entre ambos iba en aumento?

–Estupendo. Le diré a mi secretaria que hable con la tuya.

Antonio colgó sintiéndose algo más tranquilo. Hacía horas que Sadie había acostado a Leo y, aunque carecía de experiencia con niños, suponía que trasladarse a la villa habría vuelto a inquietar al pequeño.

Añadió mentalmente una niñera para Leo a la lista de encargos que haría a su secretaria. Al fin y al cabo, Alejandro no iba a tener una niñera de reserva en la isla, que había añadido recientemente a su lista de propiedades. Y Antonio tenía intención de utilizar el romántico entorno para saciar por fin el deseo que experimentaba hacia la mujer con la que se había casado. Derrumbaría sus barreras y hallaría a la Sadie que había poseído cuatro años antes.

Capítulo 8

SADIE se puso en pie y contempló la vista del océano lamiendo de forma idílica la arena blanca. El largo y aburrido vuelo, con un quejumbroso Leo, ahora le parecía un mal sueño. Incluso la insistencia de Antonio en que aprovechara a la niñera que había contratado para Leo le parecía una buena idea. La dulce chica nativa de la isla había desayunado esa mañana con su hijo y parecía que a este le había caído bien, lo cual la dejaba libre a ella para dedicarse tiempo, un lujo del que no disfrutaba desde que se había convertido en madre soltera, salvo cuando Leo estaba con su abuela.

Pero había dejado de ser madre soltera. Estaba casada con el padre de Leo, algo que aún se resistía a creer del todo, al igual que le resultaba difícil creer que Antonio tuviera la intención de formar parte de la vida de su hijo de forma permanente.

¿Cómo iba a ocultar lo que sentía por él? ¿Cómo ocultar que bastaba una de sus miradas cargadas de deseo para que ella se derritiera por dentro y deseara estar en sus brazos?

–*Buon giorno, mia bella.*

La voz de Antonio la alejó de sus pensamientos y se volvió a mirar al interior de la casa. Verlo cruzar el lujoso salón, vestido de manera informal, la dejó sin respiración. Los chinos blancos se ajustaban a sus largas piernas y la camiseta de diseño realzaba a la perfección su musculoso cuerpo. Quiso apartar la vista, pero se recreó en él durante unos segundos. Era su esposo.

–Este sitio es muy bonito –susurró ella con voz temblorosa, lo cual la molestó mucho, ya que revelaba la sacudida emocional que le habían producido sus palabras.

–Leo y tú estaréis a salvo aquí.

Antonio se le acercó y ella fue incapaz de moverse, de apartarse de él, ni siquiera de dejar de mirarlo a los ojos. Él se aproximó aún más, sosteniéndole la mirada con sus ojos oscuros, cautivándola como solo él sabía hacer.

La necesidad de resistirse a la atracción que experimentaba por él surgió en ella como la de un semental que tratara de proteger su manada. No podía volver a enamorarse de él ni soportar tanto dolor de nuevo. Entonces, sus palabras se abrieron paso en su mente ofuscada por el deseo.

–¿Cuándo te marchas? –el dolor teñía cada palabra, a pesar de su intento de aparentar que no le afectaba que tanto Leo como ella ya no le fueran necesarios.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué iba a marcharme?

–Creí que… –tartamudeó al ver la expresión de perplejidad del rostro de Antonio.

–¿Que os iba a dejar aquí solos a Leo y a ti?

Ella recuperó su temple habitual.

–¿Por qué no ibas a hacerlo? Al fin y al cabo, este matrimonio no es real.

–¿En qué sentido no lo es?

La miró intensamente a los ojos mientras le acariciaba el dorso de la mano izquierda con el pulgar para después levantársela. El diamante del anillo de compromiso y la alianza que estaba a su lado de repente le resultaron muy pesadas a Sadie.

Se tragó el deseo de decirle que no significaban nada, pero al ver la oscuridad del deseo que latía en el fondo de sus ojos no se atrevió a hablar.

Detrás de ella oía las olas besar la arena blanca y la cálida brisa que jugaba con las palmeras que bordeaban la playa y rodeaban la villa, aislándola por completo.

–Eres mi esposa, Sadie, lo cual es totalmente real, y pretendo que nuestro matrimonio lo sea tanto como este anillo.

Le levantó la mano un poco más, pero ella siguió sin poder dejar de mirarlo a los ojos, como si la hubiera hipnotizado.

–Nos hemos casado por el bien de Leo y porque tú no me has dejado otra opción, nada más –se soltó de la mano de él, le dio la

espalda y sus pies se hundieron en la blanda arena al echar a andar.

–Quiero ser un buen padre para mi hijo –él caminó a su lado. La romántica vista que Sadie contemplaba en el horizonte contrastaba completamente con la conversación que estaban manteniendo.

Ella quiso decirle que deseaba mucho más que eso para Leo, que deseaba que viera que sus padres se reían y se querían. Quiso decirle que deseaba que Leo viera lo que ella no ya no podía esperar: una relación amorosa.

–También quiero ser un buen marido. Quiero esa vida normal que alcancé a ver en el taller durante aquellas dos semanas.

Sadie se volvió a mirarlo, llena de recelo y con el ceño fruncido. El viento le alborota el cabello y se lo echaba al rostro, casi sin maquillar, salvo por el rímel de las pestañas y el brillo de los labios. Estaba hermosa y vulnerable.

Llevaba la parte superior del bikini y unos pantalones cortos, lo que hacía que a Antonio le resultara imposible disfrutar de la vista del océano. Sus ojos le examinaron los turgentes senos y la estrecha cintura, en parte cubierta por los pantalones, pero mientras la contemplaba notó su desconfianza. ¿Tanto daño le había hecho?

Sadie entreabrió los labios y él tuvo que contenerse para no atraerla hacia sí y besarla de tal forma que su matrimonio se volviera real. Muy real. Mientras el deseo se apoderaba de él como un mar tempestuoso se apoderaba de la arena de la playa, ella dejó de mirarlo y se echó a reír.

Su risa ligera le recordó las burbujas del champán y le sorprendió tanto que se quedó sin habla, por lo que se limitó a mirarla mientras ella se llevaba la mano a los labios para contener la risa.

–Tú nunca podrías llevar una vida normal, Antonio –dijo ella en tono ligero y juguetón. Lo cómico de la situación hizo disminuir la atracción entre ambos, que había ido creciendo desde la llegada a aquella isla paradisíaca–. La casa en la que te criaste hizo que me diera cuenta…

Se detuvo y no añadió nada más mientras volvía a mirar el agua del mar. Él esperó, pero ella siguió sin decir nada. La alegría de

unos momentos antes había desaparecido.

–¿De qué, Sadie? –preguntó él, molesto por la diversión perdida.

Ella se volvió a mirarlo. Sus verdes ojos no solo reflejaban deseo, sino emociones que él no deseaba contemplar, emociones que no quería en su vida porque lo debilitarían y lo harían vulnerable. No podía consentir que lo dominara otra cosa que no fuera el deseo por la mujer a la que había convertido en su esposa. Solo la pasión y el deseo cabían en su vida.

–Me había dado cuenta de que nuestras vidas eran muy distintas incluso antes de que tus padres me lo dejaran muy claro –la voz de Sadie le devolvió a la realidad y supo que, con independencia de lo que hubiera sucedido, Sadie y él debían seguir adelante juntos, por el bien de Leo.

Estaba decidido a conseguir que Sadie se aproximara emocionalmente a él, a que volvieran a estar como lo habían hecho los días en que concibieron a su hijo.

–Leo es mi heredero, y esa casa y todo lo que acompaña al apellido Di Marcello un día serán suyos. Mis padres tendrán que aceptarlo, igual que tú.

–Haría lo que fuera por mi hijo. Ya lo he hecho al casarme contigo –su voz rebosaba de indignación.

Él volvió a tomarla de la mano y acarició la alianza que los unía de un modo en que no hubiera querido volver a unirse a otra mujer después del desastre de su primer matrimonio. Pero al menos sabía que Sadie y él podrían ser verdaderamente marido y mujer, si ella le dejaba atravesar el muro que había construido a su alrededor.

Ella no retiró la mano y él la miró a los ojos y vio lo confusa que estaba. Le apartó el cabello de la cara y, al hacerlo, los dedos le rozaron la piel. Ella bajó lentamente las pestañas, como si quisiera entregarse a la sensación de su caricia, y cerró los ojos, aunque, en realidad, estaba tratando de resistirse a ella.

Mientras Sadie cerraba los ojos, él buscó sus labios con los suyos y probó el brillo que tan apetecibles los hacía parecer.

Una oleada de deseo invadió a Antonio. Solo pensaba en atraerla hacia sí, apretar las curvas de su cuerpo contra el suyo y dejarse llevar por el deseo de besarla en profundidad.

Ella suspiró suavemente mientras sus labios acariciaban los de Antonio. Durante unos breves segundos avanzó hacia él, movida por

el mismo deseo que bramaba en el interior de su esposo. Él la abrazó y la calidez de su piel desnuda aumentó su necesidad de volver a poseerla.

Mientras trataba de reprimir el deseo de tomarla en brazos y volver con ella a la villa, a la enorme cama con vistas al mar, y hacerla suya, ella lo empujó, rompiendo así el encanto de la atracción.

–No puedo hacerlo –se revolvió en sus brazos para librarse de ellos y él, en vez de impedírselo, de abrazarla con fuerza, la soltó.

Sadie retrocedió con paso vacilante al hundirse sus pies en la arena, con los ojos oscurecidos por el deseo, lo cual contradecía todos sus movimientos y sus palabras.

–¿Qué es lo que no puedes hacer: besarme o sucumbir a la atracción que sientes por mí? –Antonio trató de hablar en tono neutro, pero le salió la voz ronca y vacilante. Le ardía el cuerpo de deseo por ella, por su esposa.

–No está bien –susurró ella.

¿Lo creía de verdad?, se preguntó él.

–Somos marido y mujer, Sadie. Leo es nuestro hijo, un niño fruto de una pasión tan ardiente que todavía me quema. Te deseo, Sadie, igual que tú a mí.

Se maldijo por haber sacado a Leo a colación, por haber mencionado el fin de semana en que la había poseído, un fin de semana que no debería haber supuesto nada más que una aventura pasajera. Notó que Sadie se retraía emocionalmente y que volvía a levantar con rapidez las barreras que él había estado a punto de derribar.

Sadie parpadeó ante sus últimas palabras e intentó no hacer caso de la oleada de deseo que le descendía por la columna vertebral y se desplegaba en su interior. No sabía por qué no podía rendirse a los besos de Antonio. Lo único que sabía era que todo cambiaría si lo hacía. Convertiría su matrimonio en algo que no podía ser, y ella no permitiría que eso sucediera, ya que él no sentía nada por ella.

–No puedo hacerlo a causa de Leo. Aparecerá en cualquier momento –se esforzó en recobrar la compostura y en calmar su pulso desbocado.

–Acabo de verlos a él y a la niñera, a la que he dicho que nos lo traiga a la hora de comer.

–¿Por qué? –preguntó ella mientras lo fulminaba con la mirada. ¿Cómo se atrevía a cambiar los planes que ella había hecho para Leo y para ella misma?

Él se le acercó y, al igual que antes, a Sadie se le aceleró el corazón y sintió un cosquilleo en la piel anticipando sus caricias. Pero esa vez ya sabía cuán cálidas eran sus manos y la sensación que le producían en la espalda desnuda. Si ella no se hubiera detenido, ¿dónde estarían en aquel momento? ¿Qué estaría haciendo?

Se le apareció la imagen de ambos en la cama, lo cual intensificó el deseo que Antonio le provocaba simplemente con mirarla.

No, había hecho lo correcto. Su matrimonio nada tenía que ver con el sexo ni la lujuria, sino con proporcionarle a Leo una familia, una familia de verdad. Pero si sucumbía al amor y al deseo que habían renacido en su interior, ¿no formarían una familia donde reinara el amor?

«¡No!», se dijo con firmeza. Antonio no albergaba sentimientos amorosos hacia ella. Cuatro años antes había cometido el error de confundir la lujuria con el amor. No volvería a repetirlo. No podía.

–Ven a pasear conmigo, *mia bella* –dijo él mientras le tendía la mano. Sadie pensó que un paseo le vendría bien. Al menos, no pasaría nada y dejaría de correr el peligro de olvidarse de todo, como había estado a punto de pasarle.

–Con mucho gusto –ella le sonrió sintiéndose tímida de repente ante la intensidad de su mirada. Se ruborizó al pensar en lo que había estado a punto de pasar. Aunque hubiera tenido a su hijo, seguía siendo tan inocente como el día en que él la había abandonado.

Antonio no dijo nada ni sus labios se curvaron en una sonrisa; los labios que ella acababa de besar. Cuando se dieron la mano, reapareció la tensión que había nacido con el beso, lo que la dejó sin aliento.

Se hizo un silencio entre los dos mientras caminaban de la mano hacia el mar. El sol brillaba en el mar como una joya y la cálida brisa le apartaba el cabello del rostro a Sadie. Ante ellos solo se extendía la arena blanca bañada por el agua azul y flanqueada por

palmeras. Era el paraíso, el lugar perfecto para la luna de miel.

Sin embargo, la suya no era tal, ya que dormían en extremos opuestos de la lujosa villa y la distancia entre ambos era mayor que el mar que rodeaba la isla. Ella no quería que fuera así, al menos esa noche. Quería olvidar las amenazas de Antonio, su distancia, y encontrar al hombre del que se había enamorado aquella primera noche.

Al final, fue Antonio el que rompió el silencio.

–Los periódicos italianos están plagados de especulaciones sobre Leo y sobre ti.

Ella se detuvo a mirarlo. La mención de aquello de lo que habían escapado, el miedo a que Leo se viera inmerso en un circo mediático, eliminó sus insensatas ideas de pasar toda la noche con Antonio.

–¿Por qué les interesamos tanto, Antonio? ¿Qué pasó en tu primer matrimonio que les despierta tanta curiosidad sobre nosotros?

Sadie presentía que había algo más que una mera intromisión de la prensa en sus vidas. De vez en cuando había percibido una profunda ansiedad en Antonio, como si estuviera emocionalmente desgarrado, pero en un abrir y cerrar de ojos desaparecía para ser sustituida por su frío control.

Él continuó andando por la playa y ella lo siguió, todavía agarrada de su mano. A cualquiera que los observara le hubieran parecido una pareja más de recién casados.

–Eloisa y yo crecimos juntos sabiendo que nuestros padres querían que un día nos casáramos. Deseaban la unión de dos antiguas familias milanesas, de su apellido y su fortuna.

Antonio se detuvo y miró la masa de agua azul mientras solo se oía el ruido de las olas. Ella contempló su perfil y supo que lamentaba algo. ¿Era haber salido con tantas mujeres inmediatamente después de haberse casado con su novia de toda la vida?

–¿Siempre la habías querido? –en realidad, no quería oír la respuesta, pero tenía que saberla.

–Solo éramos amigos. Nunca nos consideramos nada más que eso.

–Entonces, ¿por qué os casasteis?

Él suspiró y echó a andar de nuevo por la playa hasta que ella creyó que habían llegado al final. Antonio la guio por entre unos árboles y un sendero bien trazado y salieron a una caleta. Él saltó a la arena y la ayudó a hacer lo mismo.

Se miraron a los ojos y un escalofrío provocado por algo indefinido se deslizó entre ellos, como atrayendo a Sadie hacia él. Se estremeció y se alejó de él y de la sombra de los árboles para buscar el calor del sol. ¿De verdad quería saberlo todo sobre su primer matrimonio?

–Me casé por deber. Era lo correcto y lo que había que hacer. Yo era el único heredero de una de las familias italianas más antiguas y, además, no tenía deseos de casarme por una razón tan sentimental como el amor. Un matrimonio de conveniencia no iba a serme difícil de soportar.

¿Por eso se había casado con ella?, pensó Sadie. ¿Por deber hacia su hijo? La asaltaron las sospechas. ¿No hubiera sido eso ir en contra de los deseos de su familia? Su madre le había dejado muy claro que ella nunca podría ser nada de un hombre como Antonio Di Marcello.

–Supongo que a Eloisa no le gustaría que quisieras seguir viviendo como si estuvieras soltero –dijo ella en tono acusador y con miedo de que volviera a hacer lo mismo, de que en cuanto volviera a Roma aparecería fotografiado con maravillosas modelos y actrices del mundo en que se movía. Al fin y al cabo, se había casado con ella por deber hacia su hijo. Era inútil pensar que su matrimonio era otra cosa. Se engañaría si creía que él iba a desempeñar el papel de padre y esposo.

–Eso fue para proteger a Eloisa de la prensa. Ya has visto cómo son.

Ella lo miró con el ceño fruncido. ¿De qué había tenido que proteger a Eloisa? Todo lo que le estaba contando aumentaba su desconfianza hacia él. Se había disfrazado para espiarla y ahora le salía con aquello. ¿Qué sería lo siguiente?

–Te prometo que no consentiré que Leo y tú seáis el centro de atención de la prensa –Antonio se oyó haciendo otra promesa a una mujer, una promesa que, por su honor, tendría que cumplir. Había

guardado el secreto de Eloisa, pero, si lo seguía haciendo, ¿podría proteger a Leo y a Sadie? ¿Por qué había estado a punto de revelar a Sadie la verdad? ¿Qué le pasaba con Sadie que le hacía ser el hombre que realmente era bajo la máscara fría y dura que la vida le había obligado a adoptar?

–Si Leo y yo volvemos a Inglaterra, te será más fácil.

La esperanza en la voz de Sadie afectó profundamente a las emociones que se empeñaba en pasar por alto. Sus sentimientos hacia ella se volvían cada vez más complicados y, lo que era aún peor, eran precisamente la clase de sentimientos a los que no quería sucumbir.

–No, eso no va a suceder, Sadie. Quiero compartir la vida de mi hijo, no limitarme a mandarle una postal por su cumpleaños y a verlo de vez en cuando. Quiero compensarle por no haberle visto dar sus primeros pasos ni haber oído su primera palabra. Quiero estar ahí siempre que me necesite, todos los días.

–Entonces, sea lo que sea que esté buscando la prensa, ¿por qué no se lo das? ¿Por qué no le dices lo que quieren saber para que nos dejen en paz? –Sadie miró el agua mientras se mojaba los dedos de los pies. Parecía vulnerable e inocente, justamente lo contrario de Eloisa, pero, a pesar de todo, él no podía hacer lo que le pedía porque había prometido a su primera esposa guardar su secreto.

–No serviría de nada –respondió con demasiada firmeza, por lo que suavizó el tono–. Nos quedaremos aquí dos o tres semanas, como cualquier pareja en viaje de novios. La tormenta habrá pasado cuando volvamos a Roma.

Ella lo miró con una expresión de inocencia tal en sus ojos que lo único que él deseo en aquel momento fue besarla. Sin previo aviso, la abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí. Ella no se resistió, no luchó contra la atracción que sentía y que se incrementaba por segundos.

–Además, quiero estar contigo aquí y disfrutar cada momento de nuestra luna de miel. Y ahora quiero besarte.

En lugar de negarse, de empujarlo para apartarlo, ella se le acercó más, con los ojos muy abiertos, y alzó la barbilla para que la besara. Cuando sus labios se encontraron, él observó que cerraba los ojos, y la intensidad del momento hizo que la imitara.

Alrededor de sus pies, las olas iban y venían, lo cual aumentaba

en ellos la sensación de estar girando, mientras él la besaba con una fuerza y profundidad con las que nunca había besado a una mujer. Necesitaba satisfacer su ardiente deseo. Ella apretó el cuerpo contra el suyo, presa de la misma pasión, y él se perdió en el beso.

–Te deseo, Sadie, y quiero convertirte en mi esposa de verdad. Quiero que las cosas sean como cuando nos conocimos.

Ella, alarmada, lo miró con los ojos como platos. Negó con la cabeza mientras su cuerpo comenzaba a temblar de deseo.

–¿Y Leo?

–Una de las empleadas de la villa tiene un niño pequeño y Leo está ahora con él. Se han hecho amigos y probablemente se quedará a dormir con él esta noche.

Ella le sonrió burlona, como la Sadie que había conocido años antes.

–¡Qué malo eres! Lo tenías todo preparado.

Él la besó en los labios.

–Estamos de luna de miel, así que es natural que los empleados quieran que tengamos intimidad. ¿Cómo voy a resistirme a tanta amabilidad?

El rubor se le extendió por el rostro a Sadie mientras se libraba de su abrazo.

–No estoy segura de que Leo quiera quedarse a dormir.

–No puedes esconderte de mí, Sadie. Eres mi esposa y tengo la intención de convertirte precisamente en eso, *mia bella.*

Capítulo 9

SADIE estaba muy nerviosa mientras, de pie en la playa, miraba la puesta de sol con Antonio. Durante la cena, a la luz de las velas, se había palpado la tensión y la atracción entre ambos, como si supieran adónde los conduciría la noche y quisieran que fuera así.

Era evidente qué intenciones tenía Antonio. ¿Por qué, si no, habría planeado que Leo estuviera en otro sitio, salvo para que pudieran estar a solas y tener tiempo de convertirse en una pareja casada, en el sentido literal de la palabra?

Sadie pensó que no debería desearlo y que no debería desear a Antonio, pero lo hacía. Solo él la había poseído, y pasar una noche apasionada con él era lo único que deseaba en aquel momento.

Él le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí. Ella tembló ante su cercanía y su contacto, y ante la idea de volver a ser suya.

–Tienes frío –afirmó él con su tranquilidad y control habituales.

Si ella no hubiera estado consumida por el deseo, tal vez le hubiera dicho que era él quien tenía la mano fría, pero no podía pensar. Cada mirada cargada de deseo, cada roce, habían debilitado su resistencia, y lo único que deseaba era una noche más en sus brazos.

¿Era un error desear a su esposo?

Lo miró tímidamente.

–No, no tengo frío.

¿Sabía él que estar a su lado le provocaba sensaciones imposibles de explicar, que el roce de sus dedos le hacía temblar de deseo? Él le sonrió e, incluso a la mortecina luz del crepúsculo, ella supo que él sabía cómo la hacía sentir.

–Podemos volver a la villa –dijo él. Su suave voz le acarició los sentidos–. Si tienes frío.

–Todavía no. Me gustaría, antes, acabar de ver la puesta de sol para recordarla y pintarla un día –se fijó en el disco naranja que se hundía en el mar sin atreverse a mirar a Antonio, intentando distraerse, pero sin resultado, por lo que se volvió hacia él.

–¿Antes? –la miró con las cejas enarcadas de esa forma deliciosamente sexy y traviesa que la había fascinado al conocerlo, y ella se preguntó cómo no se había dado cuenta cuando él se había hecho pasar por un vulgar mecánico–. ¿Antes de qué, *mia bella*?

Sadie se hizo la misma pregunta y pensó que la respuesta era antes de entregarse a él, antes de ser suya para siempre. Estaba segura de que no habría medias tintas, del mismo modo que en su fuero interno sabía que siempre sería suya.

–Casi se ha puesto –susurró ella mientras el sol se hundía más.

Se volvió de nuevo a mirarlo, consciente del movimiento de las olas, mientras el cielo se oscurecía con rapidez una vez desaparecido el sol definitivamente en el horizonte.

Quería que la besara y la abrazara. Se había resistido desde que él le había anunciado su verdadera identidad, pero no podía seguir luchando. ¿Se debía a aquel entorno desconocido y lujoso o a que volvía a estar enamorándose de él? Le daba igual. Lo único que quería era sentir los labios de él en los suyos.

–Estás muy guapa esta noche, *mia bella* –sus palabras, pronunciadas con voz ronca y profunda, intensificaron su deseo de forma salvaje, un deseo al que tenía que dar salida.

Se sonrojó mientras se preguntaba si él sabía los numerosos vestidos que había descartado antes de decidirse por aquel de seda rojo, largo y sin espalda, que llevaba, perfecto para una cena en la playa en aquella isla paradisíaca.

–Es muy fácil estar guapa en un sitio tan bonito como este. Y añadió para sí: «Sobre todo cuando me miras con tanto deseo y adoración».

Desde que él le había revelado que era Toni Adessi, había intentado ser precavida y mantener las distancias, pero en aquel momento, en aquella isla tan distante de la realidad, no le importaban ni el pasado ni el futuro. Lo único que deseaba era ser verdaderamente su esposa.

Antonio le deslizó la mano por la espalda para atraerla hacia sí y ella le puso la mano en el pecho para sentir su fuerza y su poder. Con la otra mano, él le retiró el cabello de la cara y se lo echó hacia atrás, y ella cerró los ojos brevemente cuando sus dedos le rozaron el hombro. Cuando los volvió a abrir, la abrasadora intensidad de los ojos de Antonio le confirmó, sin lugar a dudas, cómo acabaría la noche.

De forma atrevida, se puso de puntillas y lo besó en los labios y, temblando, esperó su respuesta, su reacción.

Cuando se produjo, fue dura y exigente. Él gruñó, casi como un animal, unas palabras en italiano y la apretó contra su duro cuerpo hasta que a ella no le cupo duda alguna de que la deseaba.

–Antonio –consiguió decir, antes de que él sofocara todo lo demás con un beso. La dureza del mismo la dejó sin aliento y, de repente, le dieron igual la luna y las estrellas que había visto brillar en el cielo nocturno, porque a su alrededor se produjo una explosión de luces centelleantes.

El deseo que experimentaba por el hombre del que una vez había estado enamorada, y que había estado negando desde que le había vuelto a ver, estalló en su interior y supo que, esa vez, no habría forma de detenerlo.

Lo abrazó por los hombros y apretó sus senos contra él sintiendo el calor de su cuerpo a través de la seda del vestido. La mano de él le quemaba la espalda, pero, cuando él pasó de besarla en la boca a hacerlo en el cuello, se quedó sin respiración.

Se arqueó contra Antonio y la melena se le apartó de los hombros mientras él trazaba un línea de fuego con sus besos en uno de ellos. Y, cuando creía que se iba a caer a la arena, él la tomó en brazos.

Sadie cerró los ojos y aspiró su olor de hombre duro y dominante, que despertó en ella más recuerdos de aquel delicioso fin de semana que habían pasado juntos. Él era el único al que había deseado, y nada había cambiado.

Antonio llevó a Sadie en brazos por la arena. Los pies se le hundían al andar, pero no iba a dejarla en el suelo. Solo la bajaría cuando pudiera tenderla en la cama y besarla hasta que lo único

que deseara ella fuera a él.

–Esta noche, *mia bella,* nos pertenece.

Entró en la villa a grandes zancadas, todavía envueltos ambos en los exóticos olores de la isla, y el sonido de las olas los siguió. ¿Era el lugar lo que le había relajado y hecho más capaz de aceptar que lo que había entre ambos, fuera lo que fuera, no había terminado?

–Solo esta noche –puso ella como condición, aún resistiéndose, aún negando el amor que había sentido por él. Pero el deseo quitó hierro a sus palabras e hizo que sonaran deliciosamente roncas.

Él la miró mientras la dejaba de pie al lado de la gran cama, concebida para amantes, pero en la que había dormido sola desde que habían llegado a la isla.

Esa noche sería distinto.

Pero ¿bastaría una noche para aplacar su sed, la increíble pasión que sentía por ella? Antonio sabía en su fuero interno que nunca podría sofocarla, que siempre la desearía de forma apasionada.

–Me parece que eso va a ser difícil, *mia bella* –le acarició la mejilla y contempló, satisfecho, que ella cerraba los ojos.

–Hemos hecho un trato, Antonio. Este matrimonio no es de verdad –dijo ella con voz dulce y sexy y, al abrir los ojos para mirarlo, él vio en ellos la misma intensidad de deseo que él sentía, lo cual hacía que sus palabras no fueran ciertas.

–Pero no es un trato que debamos cumplir, ¿verdad? –le deslizó los dedos por la garganta y se detuvo brevemente al llegar a la tela del vestido, que llevaba atado con un lazo en la nuca. Bastaría con tirar de él para deshacerlo. ¿Había elegido ella ese vestido para estar fresca en una noche calurosa o para atormentarlo?

–No –susurró ella mientras él bajaba la cabeza para besarle en los labios y probar su sabor–. No, no debemos cumplirlo.

Sus labios sabían como la noche en que la había besado por primera vez y se habían acostado, cuatro años antes. Entonces era virgen, aunque no se lo dijo hasta que ya era tarde, cuando él ya se había vuelto loco de deseo por ella. Las pocas noches que habían pasado juntos fueron apasionadas. Sin embargo, esa noche quería que fuera distinta. Ya no se trataba de una rápida aventura, sino de la noche en que ella se convertiría verdaderamente en su esposa.

Sadie le apoyó las manos en el pecho y su calor le quemó los músculos, y tuvo que contenerse para no empujarla y tirarla sobre

la cama. Si ella iba a ser la que tomara la iniciativa, la que impusiera el ritmo, tendría que recurrir a toda su fuerza de voluntad para contenerse. Quería que fuera una noche especial para ella, que se le quedara grabada en la memoria.

Le introdujo los dedos en su suave cabello y, cuando ella comenzó a desabotonarle la camisa, el corazón se le desbocó. Se le tensaron todos los nervios. Ella le abrió la camisa y, con las manos, le exploró el cuerpo. Antonio emitió un fiero gruñido y los ojos de Sadie brillaron traviesos, por lo cual le pareció indudable que ella disfrutaba torturándolo de aquel modo.

Ella apretó los labios contra su piel. La pasión explotó en el interior de Antonio y, mientras le estrujaba el cabello, deseó que ella ampliara la exquisita tortura de sus besos. Cuando creía que no podría soportarlo más, Sadie lo miró con los ojos oscuros de pasión. Estaba hermosa y seductora.

–Quiero hacerte mía, Sadie, completamente mía –Antonio expresó en palabras lo que pensaba mientras la pasión aumentaba en su interior.

A Sadie se le aceleró el pulso al oír el ronco susurro de Antonio por encima del sonido de las olas, y se estremeció de deseo. Él la deseaba y, aunque fuera pura lujuria, en aquel momento le daba igual. Quería ser suya.

–Esta noche soy tuya, Antonio. Toda la noche.

Le puso las manos en el pecho y, con una lentitud deliberada las fue subiendo hasta los hombros para bajarle las mangas de la camisa, quitársela y tirarla al suelo.

Él la tomó de la mano y la condujo a la cama con dosel. Las cortinas de seda blanca se agitaban con la suave brisa, y ella apenas podía creerse que aquello estuviera sucediendo de verdad. El hombre al que había amado y odiado los cuatro años anteriores la llevaba a la cama, con los ojos llenos de deseo, deseo que se manifestaba en cada uno de sus besos y sus caricias.

Aprovecharía el momento y lo saborearía, ya que no se hacía ilusiones sobre que él no fuera a cansarse pronto de la vida conyugal. Al fin y al cabo, era exactamente lo que ya había hecho en su primer matrimonio. ¿Por qué iba a ser distinto por el hecho

de que ella fuera la madre de su hijo?

–Basta de palabras –dijo él mientras le recorría la garganta con sus besos–. Deja que el cuerpo y la pasión hablen por ti, *mia bella.*

Aunque Sadie hubiera decidido mantener las distancias, supo que no podía hacer nada. Los certeros besos y caricias de Antonio la estaban derritiendo.

Antes de que se diera cuenta, él le deshizo el lazo que le sujetaba el vestido en la nuca, y su vestido rojo se le deslizó por el cuerpo, dejándola solo con las braguitas de encaje blanco.

Vio que él apretaba los dientes al mirarla de arriba abajo y contemplar cada detalle con prolongada intensidad. La invadió una sensación de poder cuando él la atrajo hacia sí y sus senos se apretaron sobre su torso desnudo. Se aferró a él como una mujer que se estuviera ahogando, que era lo que le sucedía.

Se ahogaba de deseo, se hundía en la pasión de un modo que no creía que fuera posible.

–Antonio… comenzó a decir, pero él la calló con un fiero beso. Lo único que oía era el sonido de las olas lamiendo la orilla y los latidos de su corazón.

Él la tomó en brazos con rapidez y decisión y la dejó sobre la blanca colcha. Después se situó frente a ella y continuó marcando una línea de fuego sobre su cuerpo con sus besos, excitándola más con cada uno de ellos. Sus labios la fueron besando suavemente hasta llegar a sus senos. La exquisita sensación que él le produjo lamiéndole un pezón hizo que ahogara un grito y que se aferrara a la colcha.

La pasión se desbordó en el interior de ella. Introdujo los dedos en el cabello de Antonio y abrió los ojos para observar cómo la besaba. Pero, cuando él fue hacia el otro seno, no tuvo más remedio que volver a cerrarlos y entregarse al placer que le producía.

Cuando Antonio descendió por su cuerpo bajándole las braguitas al mismo tiempo, ella respiró hondo para no decir su nombre, suspirando como si realmente fueran amantes. Sin embargo, cada beso que le acariciaba la piel, cada caricia que la quemaba hasta el alma, despertaban el amor al que ella se había negado desde el día en que Leo había nacido. Ese día había aceptado, por fin, que Antonio no quería tener nada que ver con Leo ni con ella.

Él descendió aún más y, con la lengua, abrasó de pasión el

centro de su feminidad. Y Sadie dejó atrás todos los pensamientos del pasado, todos aquellos días solitarios cuando se había convertido en madre, como si la marea se hubiera retirado siguiendo a la luna.

Nada de todo aquello importaba ahora, solo ese momento tan maravillosamente sensual.

–Antonio –incapaz de contenerse, pronunció su nombre con un suspiro.

La respuesta de él fue algo gutural en italiano. A pesar de que había aprendido la lengua, ella no supo qué había dicho, aunque tampoco le importaba. Lo único que deseaba era que aquel momento se prolongara para perderse en él por completo.

Antonio volvió a ascender por el cuerpo maravillosamente desnudo de Sadie y la hizo callar con sus besos. No pensaba con claridad. Le acababa de hablar en italiano, incapaz de pensar en inglés cuando su cuerpo ardía de deseo.

Se levantó y se quitó el resto de la ropa. Sintió la calidez de la brisa nocturna en la piel, pero supo que el cuerpo de Sadie lo quemaría de deseo. Ella lo observó mientras se volvía a arrodillar frente a ella con el propósito de seguirla acariciando, pero, cuando le enlazó las piernas en la cintura, fue demasiado.

Sadie le acarició la espalda mientras Antonio se deslizaba en su interior volviendo a hacerla suya. Se movió con él, lo cual aumentó el placer de ambos e hizo que la penetración fuera más profunda.

Palabras en italiano, que no tenía intención decir, surgieron de los labios de Antonio, pero ella alzó la cabeza, los buscó y los besó para hacer que se callara, para que no dijera cosas que después no podría mantener.

Los sonidos del mar penetraron en el interior de Antonio, acompañando el latido salvaje de su corazón a medida que la explosión de placer se avecinaba. Pero no quería que se acabase. Se separó de ella y volvió a descender por su cuerpo besándole los senos y el estómago. Después se tumbó boca arriba arrastrándola consigo para que se sentara a horcajadas sobre él. Estaba hermosa a la luz de la luna.

Ella agachó la cabeza para besarlo y su cabello formó una rubia

cortina sobre ellos. Después, se deslizó sobre su erección y comenzó a atormentarlo como ninguna otra mujer lo había hecho. Lo besó profundamente mientras se movía y él le acariciaba y reconocía cada curva de su cuerpo, así como reconocía el placer de estar en su interior.

Los movimientos de ella se hicieron más suaves, pero el deseo aumentó, por lo que él se incorporó para estimularla, para penetrarla con mayor profundidad y poseerla por completo. Sadie, sofocada, no apartaba los ojos de los suyos.

–Antonio –dijo con voz ahogada, y se produjo la explosión que él había intentado retrasar. Juntos estallaron como las olas de un mar tormentoso sobre las rocas. Ella era suya. Sadie era verdaderamente suya.

Capítulo 10

CUANDO volvieron a Roma, hacía calor, pero Sadie había decidido que la temperatura entre Antonio y ella tenía que enfriarse. Cada vez era más dolorosamente consciente de que se había casado con ella por su hijo, de que, a pesar de las noches de pasión de la luna de miel, su matrimonio seguía distando mucho de ser real.

Había llegado el momento de prepararse para lo inevitable.

Al fin y al cabo, él ya se había casado otra vez por deber, y su matrimonio había acabado a los pocos meses, justo cuando el embarazo de ella estaba ya muy adelantado e intentaba por todos los medios no interesarse demasiado en los reportajes diarios de la prensa sobre las relaciones de él con diversas mujeres.

Que Antonio saliera de forma tan descarada con mujeres pocos días después del fracaso de su matrimonio le había convencido de que estaba mejor sin él.

Ese recuerdo le indicaba que no debía volver a entregarle el corazón. Sin embargo, ¿era ya tarde? ¿Se lo había vuelto a entregar?

Se sentó en la terraza. La quietud del comienzo de la mañana la calmó después de haberse pasado la noche dando vueltas en su enorme cama haciéndose esa pregunta.

Al volver de la isla se había instalado en la misma habitación que había ocupado antes de marcharse. Que Antonio llevara varios días sin mostrar su disconformidad le había indicado todo lo que necesitaba saber. Él también parecía estar muy a gusto con la distancia que ella había creado, por lo que Sadie creía que era esencial protegerse el corazón.

–Anoche, ¿se durmió Leo enseguida? –la pregunta de Antonio, que había salido a la terraza, la sobresaltó.

–Estaba muy cansado después de tantos viajes y tantos cambios en las últimas semanas. Pero, sí, se durmió enseguida. Parece que ni los aviones ni las islas privadas son para él –Sadie lo miró y deseó que no estuviera tan sexy vestido con ropa informal. Trató de aligerar el ambiente–. Sigue durmiendo, y la niñera se ocupará de él si se despierta.

A pesar de su renuencia a que otra persona cuidara de Leo, la joven niñera le había caído bien desde el primer momento, pero se había preguntado por los motivos de Antonio para contratarla, con la esperanza de que fueran los mismos que los de la isla.

¿Lo rechazaría si volvía a acercarse a ella como lo había hecho entonces? De momento, esa situación no se había producido. Llevaba días durmiendo sola. Habían vuelto a la realidad.

–¿Y se ha adaptado bien a la villa? –preguntó él mientras se sentaba frente a ella con las piernas estiradas, lo que despertó en Sadie el recuerdo de estar tumbados los dos con las piernas de ella enlazadas en las suyas.

Debía de dejar de pensar en él de esa forma, de desearlo, de querer lo imposible. Antonio no sabía lo que era el amor ni quería saberlo, por lo que no podía volver a entregarle el corazón y a sufrir como lo había hecho.

–Sí, le gusta esto –contestó ella apartando de sí esos pensamientos y recelos al tiempo que recordaba por qué había aceptado aquel matrimonio, por denominarlo de alguna manera–. Estará más contento cuando haya superado la diferencia horaria.

–Me alegro –dijo él mientras se cruzaba de brazos y se recostaba en la silla–. La villa es vuestra. Quiero que sepas que, pase lo que pase, esta casa es tuya para vivir en ella o para venderla.

Sadie frunció el ceño, preocupada por el cariz que, de repente, había tomado la conversación. Le confirmaba de forma indudable que no era ella la única que deseaba tener espacio para sí misma y establecer distancia entre ellos.

–Gracias –no sabía qué más decir, pero los oscuros ojos de Antonio la observaban fijamente y la obligaron a decir algo más, lo que fuera, para averiguar qué era para él aquel matrimonio–. ¿Vas a volver a tu piso?

Antonio mantuvo una expresión neutra, a pesar de que se sentía como si Sadie lo hubiera abofeteado. Era evidente que ella no lo quería en su vida, una vez conseguido su propósito de asegurar el futuro de su hijo.

Esperaba que aquellas noches apasionadas en la villa de la isla, en que habían hecho el amor arrullados por las olas del mar, bastarían para cambiar las cosas entre ambos. Era evidente que no era así.

Tal vez fuera lo mejor. Era consciente de haber bajado la guardia y de haber dejado que ella se le acercara demasiado. Debía recordar de qué trataba todo aquello: era un pacto en beneficio de su hijo, en el que cada uno salía ganando algo.

–Habrá ocasiones en que tendré que hacerlo.

Miró el hermoso rostro de Sadie y recordó que la había besado en la playa, para después, mientras el sol se ponía, tomarla en brazos y llevarla a la cama.

Pero la Sadie que tenía enfrente era muy distinta de la del vestido rojo, cuya seda pegaba a su cuerpo seductoramente la cálida brisa. La de ahora era tan fría y calculadora como él se vanagloriaba de ser.

Había hallado a su igual.

–¿Y vendrás a ver a Leo? –preguntó ella con voz dura. La pregunta alejó de él todos aquellos pensamientos provocadores de deseo. ¿Cómo podía preguntarle una cosa así?

–No te equivoques, Sadie: siempre formaré parte de la vida de Leo. Él es el motivo de que me haya casado. Me gustaría que vivierais aquí, en esta villa, porque Italia es la herencia de mi hijo y su lugar de nacimiento, por lo que espero que os quedéis.

Ella apartó la vista y la dirigió hacia la luz matinal, llena de los sonidos que producían los insectos más allá de la villa. Él observó que apretaba los labios y después los entreabría; un movimiento tan insignificante había conseguido desviar fácilmente su atención del importante tema de su hijo.

–No te lo puedo prometer, Antonio –lo miró con una expresión de valentía en los ojos que él nunca le había visto–. Lo único que te prometo es que no me llevaré a Leo sin decirte adónde vamos.

Él se levantó. Estaba enfadado por la aparente despreocupación de ella por el futuro de su hijo. Se diría que su necesidad de ser independiente de él, de hacerse cargo de su destino, influía en sus opiniones.

La llegada del desayuno les impidió seguir hablando. Él la observó mientras se dirigía al extremo de la terraza para contemplar el bosquecillo de olivos, que a Leo le había encantado nada más verlo.

Estaba hermosa, pero parecía muy vulnerable. Se sintió molesto. ¿Por qué experimentaba esa sensación con respecto a ella? Un matrimonio solo de nombre era lo que ella le había impuesto y, aunque él no contemplaba que estuviera basado en el amor, sí esperaba conseguir una vida familiar feliz para su hijo, muy distinta de la que él había tenido de niño.

Había creído de verdad que la intimidad de la que habían gozado ese fin de semana de cuatro años antes, esos pocos días que para él habían sido lo más cercano que había estado de la idea del amor, podían constituir la base de un hogar feliz para su hijo y vencer las reservas de Sadie.

Con un suspiro de irritación, agarró el periódico de la mañana para centrar la atención en cualquier cosa que no fuera la mujer con la que se había casado. Sin embargo, le resultó imposible, a causa de lo que vio.

Antonio apretó los dientes ante la furia que lo invadió como un torbellino al leer el artículo. Lanzó el periódico a la mesa de cristal como si fuera veneno. Sabía que a la prensa le resultaría muy tentadora su boda con Sadie mientras la verdad de su divorcio de Eloisa no saliera a la luz. Lo que no se esperaba era aquella revelación por parte de Eloisa. No podía haber vendido su historia a los periódicos.

Agarró el periódico y lo dobló porque no quería que Sadie lo viera hasta que hubieran pasado el fin de semana en la finca inglesa de Sebastien. Sería la primera vez que vería a Alejandro y a Stavros desde que habían hablado de los desafíos. Al igual que él, ahora estaban prometidos o casados. Era indudable que era lo que Sebastien había pretendido, pero no iba a comunicar a ninguno de ellos que era posible que él no hubiera salido triunfante de su desafío.

Apretó con fuerza el periódico porque, para él, pensar en el fracaso era entrar en un terreno desconocido. No esperaba ver la verdad de su primer matrimonio publicada, y cada palabra del artículo se burlaba de su nuevo matrimonio y de la relativa armonía en que Sadie y él vivían.

No se engañaba sobre la causa de dicha armonía: no era el tiempo que habían pasado durante la luna de miel comportándose como verdaderos amantes, sino la felicidad que aparentaban por el bien de Leo. Él no podía ir en contra de eso y alterar a su hijo. Sin embargo, tampoco podía vivir una mentira, sobre todo cuando sus sentimientos hacia Sadie eran cada vez más profundos. Si hasta había llegado a decirse que se le había metido en el corazón.

¿El corazón? ¿Acaso tenía? En su estupidez, lo había creído durante cierto tiempo, había pensado que se le estaba llenando de los sentimientos que experimentaba por Sadie y que nunca había experimentado por ninguna otra mujer.

Ahora, aquella desagradable noticia del periódico se burlaba de todo eso.

–¿Estáis Leo y tú ya listos para irnos a Londres? –le preguntó a Sadie, decidido a dejar de pensar, de momento, en todo aquello. Ese día volarían a Londres para después dirigirse a Waldenbrook, la finca propiedad de Sebastien y Monika. Era la fiesta de su primer aniversario, y él no estaba dispuesto a ir sin Sadie.

–Sí –contestó ella desde el otro extremo de la terraza mientras iba al encuentro de Leo y la niñera, que llegaban en ese momento.

Antonio observó que ella alborotaba el cabello del niño, se agachaba a su lado y lo miraba con amor. Estaba tan guapa que estuvo a punto de olvidar la realidad de su situación.

Ella se acercó con Leo adonde estaba él, sonriéndole y haciendo que Antonio deseara que todo fuera distinto. Lo que anhelaba era poder vivir con su hijo, pero eso sería vivir una mentira con una mujer que no podía llegar a quererlo.

Ya había vivido un falso matrimonio y parecía que iba a repetir la experiencia. No quería volver a pasar por todo eso, pero, si no lo hacía, perdería a Leo.

Tal vez debería aceptar la propuesta de Sadie de dejar que se fueran a vivir a Londres, pero eso implicaría renunciar a su hijo, a lo que no estaba dispuesto después de haberse perdido sus tres

primeros años de vida.

–¿Vamos a montarnos otra vez en un avión, papá? –la voz de Leo alejó de su mente el amargo descubrimiento que acababa de realizar y lo llenó de resolución. Sadie no iba a alejarlo de la vida de su hijo, cuando ya lo había hecho durante tres años. No, no iba a ponérselo fácil, aunque eso le dificultara a él las cosas.

A pesar de la distancia que habían recorrido y de las horas que llevaban haciéndose compañía, Sadie notaba la fría animosidad que emanaba de Antonio, aunque las afectuosas sonrisas que dirigía a Leo le suponían un respiro.

¿Qué había ocurrido para que Antonio se mostrara tan distante? Acostó a Leo, aún sorprendida de que Antonio poseyera una de esas casas blancas, altas y elegantes de Londres, con vistas a un parque.

Leo se durmió plácidamente y ella salió de la habitación sin hacer ruido y cerró la puerta. Estaba furiosa. Si Antonio creía que su mal humor la obligaría a buscar refugio en su habitación, estaba muy equivocado. Había visto el artículo del periódico, que únicamente había reforzado su teoría de que, al cabo de unos meses, ella estaría de sobra. A fin de cuentas, él había hecho un trato similar con su primera esposa, para después volver a salir con mujeres mientras su matrimonio se desintegraba. Tal vez se lo hiciera también a ella, pero no consentiría que expulsase a Leo de su vida con tanta facilidad.

Se había casado con ella para formar parte de la vida de su hijo, y ahora, por el bien del niño, ella se aseguraría de que así fuera. A fin de cuentas, si ya había perdido el corazón cuatro años antes, ¿qué más podía perder?

–Tenemos que hablar, Antonio.

Él la miró con frialdad.

–Pues habla, *bella mia*.

¡Lo que daría ella por que no la llamara así!

–He visto los periódicos, Antonio.

–¿Ah, sí? –su respuesta fue una pregunta y sus ojos centellearon con algo similar a la furia, lo cual la inquietó. Sin embargo, tenía que preguntarle y averiguar qué pasaba, sobre todo cuando la prensa ya había involucrado a Leo, al que denominaba «hijo del

amor».

–Sé lo que dicen de tu primer matrimonio: que Eloisa se casó contigo para encubrir su secreto, para evitar que lo supieran sus padres. ¿Lo sabías? Cuando te casaste, quiero decir.

Según iba ella hablando, la mirada de Antonio se fue endureciendo y su brillo debería haberla prevenido de que estaba jugando a un juego peligroso.

–Si lo que me preguntas es si sabía que Eloisa tenía un amante y que era una mujer, sí, lo sabía.

Su respuesta refutaba por completo la teoría de Sadie de que estaba locamente enamorado de la hermosa mujer de la fotografía que aparecía en el artículo. ¿O no?

–Entonces, ¿por qué te casaste? –le preguntó sin poder contenerse, y vio que Antonio apretaba los labios hasta que formaron una fina y airada línea.

–Como te expliqué en la luna de miel, por deber y honor. Fue el matrimonio que nuestras familias esperaban de nosotros.

–No lo entiendo. ¿Por qué tú, ni más ni menos, ibas a casarte por algo distinto del amor? –Sadie no entendía el concepto de casarse por deber, porque sus padres así lo esperaran. Pero ¿acaso no había hecho ella algo parecido casándose con Antonio por el bien de Leo?

–El amor solo sirve para hacerte desgraciado. Nunca lo he buscado ni deseado. Quien lo busca se ve profundamente decepcionado.

Él no parecía en absoluto incómodo al hacer una declaración que reducía a pedazos cualquier desventurado sueño de Sadie de que estuviera naciendo algo entre ellos. ¿Cómo iba a ser así si se había casado con un hombre sin corazón?

–Pero ¿casarse por deber? –seguía sin creerse que alguien fuera capaz de hacerlo, por lo que no pudo reprimir la pregunta.

–Era mi deber para con el apellido familiar. Un matrimonio concebido para unir dos poderosas familias de Milán –afirmó él con convicción.

Sin embargo, algo no encajaba; había algo más. ¿Arrepentimiento?

–Del mismo modo que casarte conmigo se convirtió en tu deber. Me pregunto cuánto durará nuestro matrimonio antes de que se te vuelva a ver saliendo con nuevas y hermosas mujeres –lo acusó ella,

manifestando al mismo tiempo su verdadero temor.

–Nuestro matrimonio es distinto –¿lo era? Él se había casado por sentido del deber, porque ella le había echado el guante, lo había desafiado, y porque le había negado los tres primeros años de la vida de su hijo.

–A mí no me engañas, Antonio. Te has casado conmigo por Leo y ahora sé por qué era tan importante –Sadie hizo una breve pausa y, desafiante, alzó la barbilla. Estaba furiosa y muy bella–. Tu familia y tú necesitáis a Leo. Necesitáis un heredero y, tras tu primer matrimonio, no se te iba a negar dicho heredero. Querías tener a Leo al precio que fuese.

Antonio, en estado de shock, se quedó, por primera vez en su vida, sin habla. ¿Cómo le decía eso después de todo lo que habían compartido, no solo durante la luna de miel, sino también cuatro años antes?

Su orgullo sustituyó al shock.

–Tienes toda la razón. Cuando me dijiste que el único hombre que tendría derecho a opinar sobre la vida de Leo sería el que te pusiera un anillo en el dedo, decidí que sería yo. ¿O tal vez era eso lo que querías desde el principio?

–¿Cómo puedes decirme eso? –el estallido de ira de ella le hizo sonreír. La pasión y la ira iban unidas. Ahora, ella estaba enfadada, pero se había mostrado muy apasionada cuando se habían olvidado del mundo y habían sido ellos mismos, un hombre y una mujer que se deseaban de la forma más primaria.

–Y ahora esperas que haga exactamente lo mismo que hice después de que Eloisa me contara su secreto. Quieres que esté a la altura de la reputación de playboy que tengo, que salga con otras mujeres y te deje libre y segura sabiendo que Leo tiene un padre que lo necesita; un padre, añadiría yo, que se ha perdido tres años de su vida.

–Eso no es justo, Antonio –le aseguró ella con fiereza–. Intenté contarte lo de Leo, incluso antes de que hubiera nacido.

–Pero tuve que averiguarlo al mirarlo a los ojos.

–En ese momento no eras Antonio Di Marcello. No iba a contarte nada cuando creía que eras Toni Adessi.

–Si pudiera volver atrás, lo haría, Sadie, pero no puedo. Pero puedes estar segura de que no volverás a apartarme de mi hijo nunca más. Me he casado contigo para que sea legítimo, para darle mi apellido, y ahora quiero que así conste en el certificado de nacimiento.

–Ya consta –susurró ella, derrotada. Su ira había desaparecido y, a pesar de la furia que sentía, Antonio se compadeció de ella, de que hubiera tenido que criar sola al hijo de él durante tres años. Y, sobre todo, estaba avergonzado de que él, Antonio Di Marcello, hubiera dejado que pasase.

–Entonces, ya tengo casi todo lo que quiero –dijo él sin pensar.

Y, de pie frente a ella, se preguntó qué más quería. Tenía un hijo cuya madre era su esposa. ¿Qué más podía desear?

Sin embargo, le faltaba algo, algo se le escapaba. Sebastien tenía razón. El dinero no daba la felicidad. Si lo hiciera, él sería feliz en aquel momento. ¿Obligar a Sadie a quedarse a su lado era una decisión acertada? ¿Serían Leo y ella más felices si él desempeñara su papel de padre a tiempo parcial y se quedara con él los fines de semana y una parte de las Navidades?

–¿Qué quieres de mí, Antonio? ¿Qué quieres verdaderamente?

–Quiero que vengas conmigo a Waldenbrook a conocer a Alejando y a Stavros. Quiero que sepas que trabajar de incógnito en el taller en que trabajabas no fue una artimaña solapada para conseguir a mi hijo –también quería demostrar a Sebastien que había tenido éxito porque había descubierto que el dinero no daba la felicidad.

Ella lo fulminó con la mirada.

–No necesito ir a la fiesta para eso. ¿Me vas a mostrar como un trofeo por haber conseguido vivir dos semanas de incógnito?

–Vendrás conmigo, Sadie, porque, con independencia de lo que digas o hagas, eres mi esposa… en todos los sentidos.

Capítulo 11

EL VIAJE desde Londres, solos los dos en uno de los caros coches deportivos de Antonio, puso a prueba la decisión de Sadie de no hacer caso de sus sentimientos, cada vez más intensos, hacia él. La proximidad forzada la hacía consciente de cada uno de sus movimientos, ya que estaba sentada muy cerca de él. Antonio conducía con pericia, y ella se dio cuenta de cuánto le gustaba hacerlo.

Cuando se desviaron de la carretera principal, Sadie se sintió aliviada al saber que pronto habría más espacio entre ambos y que no tendría que estar pendiente de cada movimiento de Antonio. Sin embargo, cuando Waldenbrook apareció ante sus ojos, se preguntó si había perdido el juicio por haber aceptado ir a un sitio tan magnífico. Aquel era el mundo de Antonio, muy distinto del suyo.

–Monika está deseando volver a verte –dijo Antonio.

Ella se obligó a sonreír y lo miró mientras se detenían frente a la esplendorosa fachada de una casa georgiana, con lacayos incluidos. Él la miró con un brillo travieso en los ojos, señal de lo que se había divertido al notar lo incómoda que había estado todo ese tiempo en el coche junto a él.

–Será agradable volver a verla y conocer a Cecily y Calli –ella también estaba deseando volver a ver a Monika, pero saber que iba a conocer a los amigos de Antonio y a sus parejas le causaba ansiedad. ¿Encajaría bien al haberse criado en un mundo muy distinto de aquel de lujo y glamour en el que se hallaba?

Antonio sonrió y enarcó las cejas levemente de un modo muy sexy, cosa que siempre hacía cuando ella intentaba por todos los medios mantener las distancias.

–Será un fin de semana lleno de cosas que sucederán por primera vez.

–¿Ah, sí? –dijo ella en tono despreocupado porque sabía que no tenía sentido preguntarle a qué se refería. No era un hombre que revelara secretos, como había quedado patente al haber guardado el de Eloisa hasta que ella había decidido darlo a conocer. ¿Lo había revelado por Antonio?, ¿por el niño que necesitaba para ser su heredero y que ahora se había convertido en el centro de atención de los medios? ¿O tenía un motivo oculto? Tantas preguntas sin contestar…

–Sí, sí. Nunca hemos estado todos juntos con nuestras parejas o esposas, lo cual será una nueva experiencia –la miró a los ojos brevemente y ella se limitó a esbozar una sonrisa, que desapareció en cuanto él abrió la puerta del coche y pisó la gravilla, que crujió bajo sus pies. Ella lo imitó y se bajó del coche con toda la gracia que pudo, con aquella estrecha falda blanca que llevaba, que había combinado con una blusa azul celeste en un intento de ser la clase de mujer con estilo que Antonio solía frecuentar.

Sus tacones de aguja golpearon con fuerza el suelo de mármol al entrar en el maravilloso vestíbulo, decorado en color crema, blanco y rosa pálido, con altas columnas y brillantes candelabros que le conferían un aire majestuoso. Sadie nunca había estado en una casa similar, y se puso muy nerviosa, lo cual aumentó su creciente sensación de no pertenecer al mundo en que vivía su esposo.

En su fuero interno sabía que había algo más. Se estaba enamorando de él otra vez, por lo que cada día tenía que esforzarse más para guardar las distancias. Lo único que quería era acercarse a él, que la abrazara y besara con el mismo deseo y la misma pasión que lo había hecho en la luna de miel.

Se engañaba al pensar que eso volvería a suceder. Antonio no la quería. Leo y ella eran el mero trofeo de un estúpido desafío lanzado por Sebastien.

–Hola, tú debes de ser Sadie –una mujer de cabello oscuro salió de una de las habitaciones que daban al vestíbulo. Su acento delataba su procedencia mediterránea–. Soy Calli, la esposa de Stavros. Me alegro mucho de conocerte, por fin.

Sadie la abrazó y besó en ambas mejillas intentando parecer segura de sí misma. Antonio hizo lo mismo con su sonrisa más

encantadora.

–Así que finalmente conozco a la mujer que ha domado a Stavros Xenakis.

Sadie no supo dónde mirar cuando Antonio examinó a Calli. Tenía el cabello negro y era muy hermosa, por lo que la seguridad de Sadie en sí misma disminuyó un poco. Por suerte, Calli se echó a reír al tiempo que la agarraba del brazo como si fueran viejas amigas.

–Tú, Antonio, eres exactamente la clase de hombre que me esperaba que fuera amigo íntimo de Stavros.

Antonio enarcó una ceja al oír sus palabras, pero sin dejar de sonreír.

–¿Dónde está?

–En nuestra suite.

–Os dejo solas para que os vayáis conociendo –dijo él.

Antes de que Sadie pudiera decirle algo, Antonio subía las escaleras de mármol de dos en dos, y pronto desapareció de su vista. Sadie lo miró durante unos segundos y después se volvió hacia Calli esbozando una sonrisa de mujer enamorada, una sonrisa que sabía que tendría que perfeccionar durante el fin de semana.

–Son como niños que acaban de salir de clase –dijo Calli sonriendo–. Da igual. Te acompaño a vuestra suite.

Ante el aspecto alegre y relajado de Calli, a Sadie le flaqueó el valor. ¿Sería capaz de fingir que estaba felizmente casada y enamorada? Ya cumplía dos de esos requisitos: estaba casada y, a pesar de sus esfuerzos para no estarlo, enamorada del hombre con quien se había casado. Sin embargo, la felicidad era el requisito que estaba ausente. En cuanto a Antonio, simplemente estaba casado, y lo estaba por deber.

–Me han dicho que tienes un niño pequeño –comentó Calli mientras pasaban por delante de cuadros enormes de marco dorado, de épocas antiguas, que colgaban de las blancas paredes. Calli dejó el pasillo principal y pasaron bajo un arco. Sadie divisó praderas inmaculadas y un gran entoldado blanco entre la casa y un lago–. ¿Está aquí, en Inglaterra?

Sadie se dio cuenta de que se hallaba tan absorta en la magnificencia de la casa que no había respondido a la primera pregunta de Calli. Pensó en su hijo y se sintió culpable, ya que ella

no había querido dejarlo en Londres; había sido idea de Antonio.

–Sí, Leo está en Londres con la niñera –contestó con voz triste.

–¿Es la primera vez que estás sin él? –preguntó Calli, como si supiera lo culpable y perdida que se sentía.

Sadie la miró y, durante un segundo, creyó ver que desaparecía la mujer segura de sí misma, y que, en realidad, era tan insegura como ella.

–Todo irá bien. Y solo es un fin de semana, ¿no? –Calli rio brevemente y Sadie se quedó desconcertada. Supuso que se debía de haber imaginado la vulnerabilidad y la tristeza que había visto en sus ojos. Tal vez estuviera proyectando sus sentimientos en aquella hermosa griega.

–Sí, sé que Leo va a estar bien y, mientras tanto, Antonio y yo disfrutaremos de un fin de semana en compañía de adultos.

Sadie se esforzó en animarse. Alzó la barbilla con una seguridad que no sentía, pero que debía fingir.

Calli le sonrió.

–Esta es vuestra suite. Nos veremos después o mañana a la hora del desayuno.

Sadie entró en la suite y volvió a asombrarse de su magnificencia. Todo lo que había visto hasta ese momento respaldaba su preocupación de no encajar en el círculo de amigos de Antonio. Eran mundos totalmente diferentes, y dudaba de que pudiera formar verdaderamente parte de aquel.

Atravesó el amplio salón, amueblado con mesas y sillas que parecían salidas del plató de una película. En una mesita de centro, de aspecto muy antiguo, había una cesta con fruta, vino, queso y galletas saladas, todo bellamente dispuesto, y, detrás de la cesta, un espectacular ramo de flores. Delante de la cesta había una nota:

Sadie:

Espero que vengas a desayunar conmigo en la Rose Room, mañana a las ocho. He invitado a Calli y a Cecily. Me gustaría aprovechar esta reunión para conoceros mejor.

Monika

Sadie se acercó a la ventana recordando lo amable que había sido Monika cuando Antonio y ella se habían casado, lo

genuinamente contenta que parecía, y que incluso había reprendido a Sebastien por hablar de desafíos. Le había tendido la mano de la amistad, pero Sadie se preguntó cuánto tiempo seguiría en la vida de Antonio para desarrollar dicha amistad.

Se volvió con un suspiro y pasó por una doble puerta al dormitorio, decorado, como el salón, en tonos pastel, aunque el mobiliario y los cuadros eran más modernos. Los dos estilos combinaban sin aparente disonancia. ¿Podrían Antonio y ella resolver sus diferencias con tanta facilidad?

Se estaba haciendo esa pregunta cuando oyó sus pasos en el salón. Se volvió hacia él, cuando entró en el dormitorio, y observó que tenía una expresión preocupada y que ni siquiera se había dado cuenta de que solo había un dormitorio en la suite.

–¿Pasa algo? ¿Es Leo? –preguntó ella. Sintió náuseas a causa del nudo en el estómago que le había provocado el miedo.

Él la miró como si acabara de notar su presencia.

–No, no le pasa nada a Leo. Estaba pensando en Stavros. Hacía meses que no nos veíamos, y nos hemos estado poniendo al día.

No le dio más información, y ella no quiso preguntarle. No quería saber si le había contado a su amigo que había cometido un error casándose con ella y convirtiéndose en padre.

–Monika me ha dejado una bonita nota –comentó mientras Antonio se quitaba la chaqueta y la dejaba en el brazo del sofá que había a los pies de la cama.

Como él seguía apesadumbrado, volvió a intentarlo.

–Monika quiere que Calli, Cecily y yo desayunemos con ella mañana.

–Entonces, debéis hacerlo –la miró con una expresión extraña en el rostro, y ella tuvo la inquietante sensación de que la distancia entre ambos había aumentado–. Voy a ducharme. Alejandro, Stavros, Sebastien y yo vamos a jugar al billar después de que todos tomemos una copa. Os dejaremos solas para que os vayáis conociendo.

Sadie lo miró, inmóvil, mientras se quitaba la camisa, y recordó la sensación de acariciarle el pecho, de sentir la fuerza de sus músculos en los dedos. Esas noches tan sexuales, ¿habían tenido lugar en realidad?

–¿Te duchas conmigo?

Sadie se avergonzó al darse cuenta de que lo estaba mirando como una adolescente ingenua y enamorada. El rubor le cubrió las mejillas y tartamudeó levemente.

–No, ahora no.

Él se quedó mirándola, desnudo de cintura para arriba. Parecía de mejor humor.

–¿Ahora no? Te tomo la palabra, *mia bella.*

Ella se quedó clavada en el sitio. Quiso gritarle, acusarle de quererla solo para calentarle la cama y para aparentar que su matrimonio era de verdad. Entonces, observó horrorizada que él cruzaba la habitación para acercarse a ella. Su olor masculino invadió sus sentidos.

–Hace mucho que no compartimos la cama, ¿no te parece?

Ella se dio cuenta de que corría el peligro de ir hacia él, de caer en sus brazos y saborear la pasión que había habido entre ellos en la luna de miel. Quería fingir que él la quería, que todo era perfecto, pero, por supuesto, su flirteo solo estaba destinado a crear la fachada de amor y felicidad que quería presentar ante sus amigos.

–Puede que sí –consiguió decir ella, por fin–. Pero estar en esta habitación juntos y dormir en esa cama no va a cambiar nada.

Él le acarició el rostro suavemente con el dorso de la mano y ella estuvo a punto de suspirar de placer, pero se contuvo. No iba a dejar que notara el efecto que ejercía sobre ella, cuánto añoraba sus caricias, sus besos… Cuánto lo añoraba a él.

–¿Es un desafío, *mia bella*?

–No –contestó ella con un ronco susurro, lo cual la horrorizó.

–Pues yo creo que sí –bajó la cabeza y apoyó los labios en los de ella, que cerró los ojos sin poder evitar que la invadiera el deseo.

Antonio se apartó de ella con una malvada sonrisa de satisfacción en el rostro.

–Hasta luego.

Antonio había necesitado recurrir a toda su fuerza de voluntad para separarse de Sadie y se había refugiado bajo el agua fría porque necesitaba recuperar el control. Dicho control no había durado mucho, solo hasta acompañarla, vestida con un vestido azul

muy sexy, a tomar una copa. El deseo se había vuelto a apoderar de él al verla hablar y reírse con Monika.

Se dio cuenta de que Stavros lo observaba de forma inquisitiva. Estaba cerca de Calli, como si quisiera protegerla. Antonio pensó que una mujer con la suficiente seguridad en sí misma para llevar aquel vestido dorado tan corto no necesitaba protección. Su malestar aumentó ante las muestras de amor de Alejandro hacia Cecily, su prometida, que llevaba un vestido muy sexy. Alejandro no apartaba la vista de ella.

Por suerte, era la hora de dejar a las señoras y aquel ambiente cargado de amor y dirigirse hacia el salón de billar con los hombres para echar una partida y tomarse unos whiskys, como era habitual cuando estaban en casa de Sebastien.

Lo que no era habitual era que sus esposas o prometidas los estuvieran esperando en las suites. Era evidente que Sebastien se había superado a sí mismo al lanzar su desafío, la última vez que habían estado juntos en St. Moritz jugando al póquer.

Ahora, Antonio tenía que llevar aquello hasta el final y representar el papel de un hombre profundamente enamorado de la madre de su hijo, un niño del que no había sabido nada, el secreto de cuya existencia había durado cuatro años. ¿Podía un hombre perdonar eso?

Stavros se había casado con Calli, posiblemente para aplacar a su abuelo, pero se había casado. Por lo que había visto media hora antes, cuando pensaban que nadie los observaba, era indudable que había surgido entre ellos la chispa de la atracción física que Sadie y él habían abandonado en la isla paradisíaca.

–Antonio, *ciao* –se burló de él Alejandro, como siempre.

–*Buona sera.* ¿Vamos a jugar al billar o a seguir bromeando?

Antonio entró en el salón de billar, iluminado por una lámpara baja sobre la mesa. Captó el reflejo de sí mismo en las tres ventanas y sonrió forzadamente. Nadie diría que era un hombre recién casado y enamorado si ponía esa cara de pocos amigos. A pesar de que le irritaba lo mucho que habían cambiado las cosas, no estaba dispuesto a que se le notara.

–No creo que ninguno de nosotros siga ya bromeando –apuntó Stavros, que acababa de entrar en el salón.

–¿Y no era eso lo que pretendía Sebastien? –preguntó Antonio

mientras elegía un taco y le aplicaba tiza en el extremo. Después sopló el polvo sobrante y miró a Stavros–. Quería que viéramos que la vida es algo más que la fortuna que hemos heredado. Quería que halláramos lo que él ha encontrado.

–¿Y lo hemos hecho? –preguntó Alejandro enarcando una ceja.

Se hizo un tenso silencio en el salón. Cada uno miraba a los otros dos, pero ninguno de ellos estaba dispuesto a profundizar en el tema.

Antonio pensó en Sadie. No había contado a ninguno de sus dos amigos su breve y apasionada aventura, pero sí se lo había dicho a Sebastien en un momento de desánimo, una noche, mientras se tomaban un whisky. Le había confesado que si su vida hubiese sido distinta, si no tuviera que estar a la altura de determinadas expectativas, hubiera deseado algo más de esas dos noches apasionadas.

Sadie había sido la única mujer que le hubiera gustado que hubiese sido algo más que una distracción pasajera. Su boda con Eloisa, que estaba a la vuelta de la esquina, y el deber hacia su familia eran lo que le habían obligado a separarse de ella. Su familia no hubiera recibido bien a una inglesa. Su madre había dejado bien claro lo mucho que quería a Eloisa y su padre siempre había pretendido que dos de las familias más antiguas de Milán se unieran mediante el matrimonio de dos de sus miembros. El contrato de matrimonio lo había establecido, muchos años antes, un padre tan frío y calculador que nunca pensaba en los sentimientos ajenos, y mucho menos en los de su único hijo.

–Hemos superado los desafíos, ¿no es así? –preguntó.

Stavros se inclinó sobre la mesa de billar dispuesto a realizar el primer lanzamiento. Se oyó el sonido de la bola blanca chocando contra las rojas mientras Alejandro y él lo observaban en silencio.

–Caballeros –la voz de Sebastien resquebrajó la tensión y los tres se volvieron a mirarlo mientras entraba con el rostro, hermoso y delgado, lleno de petulante satisfacción–. Vamos a brindar por vuestro éxito.

Un empleado llevó varias botellas de whisky añejo, las abrió y sirvió la bebida. Sebastien agarró un vaso y, al salir el empleado, lo levantó.

–Por vuestra ganancia y mi pérdida.

Antonio agarró una botella y observó el año de fabricación.

–Has abierto una botella de un año especial que no tiene precio.

–Se debe a que aunque yo haya perdido la apuesta y vosotros creáis haber ganado, en realidad he ganado yo –parecía divertirse, pero Antonio detectó un matiz mucho más serio en su voz. El desafío de Sebastien había sido mucho más que un reto lanzado durante una partida de póquer. Había conseguido cambiarles la vida a todos, si se atenía a lo que había visto esa noche.

–¿Porque vas a tener que desprenderte de la mitad de tu fortuna? –preguntó Alejandro uniéndose al brindis. Stavros mantuvo un estoico silencio mientras saboreaba el añejo néctar.

–Es una fortuna de la que no tendría que desprenderme si vosotros no me hubierais rescatado en el Himalaya; una fortuna de la que no podría hacer buen uso dedicándola a operaciones de búsqueda y rescate en todo el mundo. Pero lo maravilloso ha sido que los tres hayáis encontrado lo que esperaba que hallarais.

–A mi hijo –dijo Antonio sin pensar y, aunque notó que Stavros tenía la vista clavada en él, siguió mirando a Sebastien, convencido, más que nunca, de que había sabido de su existencia.

–Ah, eso ha sido una ventaja añadida –Sebastien saboreó otro trago del whisky de su valiosa colección– pero no era lo que pretendía que descubrieras.

–Entonces, ¿de qué trata todo esto? –preguntó Antonio con brusquedad.

Sebastien lo observó pensativo, dio otro trago de whisky y dejó el vaso, antes de rodear la mesa observando las bolas de billar, como si estuviera absorto en una partida que acababa de comenzar.

–Si me lo sigues preguntando, Antonio, puede que sea porque aún no lo has encontrado.

Alejandro miró a Antonio desde el otro lado de la habitación y, durante unos segundos, este creyó ver en los ojos de su amigo la misma confusión que sentía. Pero ¿cómo podía ser cuando Cecily y él parecían tan enamorados y acaban de prometerse? En cambio, su matrimonio con Sadie había sido de conveniencia.

La partida de billar con sus tres mejores amigos dejó de atraerle y se puso a pensar en Sadie y en su comentario acerca que de que su matrimonio no era de verdad, que solo había tenido lugar por su hijo.

–No reconozco nada –bromeó mientras apuraba el whisky y se servía otro–. Solo que has perdido, Sebastien. Nosotros hicimos lo que nos pediste.

Sadie abandonó la reunión con las demás mujeres en cuanto los hombres se fueron a la sala de billar. Tenía la cabeza embotada y estaba tan cansada que no pensaba con claridad. No le había ayudado que Antonio desempeñara el papel de amante cuando había llegado al dormitorio ni que lo hubiese seguido haciendo delante de sus amigos mientras tomaban una copa.

¿Le había querido insinuar que si deseara volver a poseerla lo haría?, ¿que podía reavivar la llama de la pasión que los había consumido en la luna de miel? ¿La estaba desafiando de nuevo a resistirse?

Además, echaba de menos a Leo. Había sido distinto durante la luna de miel, ya que entonces sabía que estaba cerca y contento con la niñera. Y, aunque no dudara de que ahora también estuviera contento, su hijo estaba en Londres, muy lejos de ella.

La puerta del dormitorio se abrió, y Sadie dejó de cepillarse el cabello y vio a Antonio reflejado en el espejo. Sus ojos se encontraron y la chispa de la atracción sexual chisporroteó en el aire. Sadie intentó luchar contra ella, no prestarle atención.

–Creí que estaríais jugando al billar hasta la madrugada –dijo adoptando un tono ligero y despreocupado, a pesar de la oleada de deseo que la había invadido al verlo entrar en el dormitorio.

–Me he marchado antes, cuando iba a servirse el oporto.

Antonio atravesó la habitación y se situó detrás de ella, que se hallaba sentada a la cómoda. La intensidad de su mirada sostuvo la de ella en el espejo, y, cuando le puso las manos en los hombros, ella deseó llevar algo más que el camisón de seda que se había puesto después de ducharse.

–¿Y eso? –preguntó ella con voz ronca mirándolo en el espejo, al no atreverse a volverse a mirarlo directamente–. ¿No te apetecía un oporto?

–No, me apetecías tú y, a pesar de que afirmes que nuestro matrimonio es solo un papel firmado, sé que me deseas tanto como yo a ti –dijo él. Sus palabras estaban cargadas de innegable

sensualidad.

La masajeó suavemente los hombros, convirtiendo un inocente masaje en algo erótico. La resistencia de Sadie desapareció por completo porque él tenía razón: lo deseaba. Deseaba con cada poro de su cuerpo al hombre al que quería; deseaba sumergirse, una vez más, la última, en el fingimiento de que él también la quería, antes de que ella terminara con aquel falso matrimonio.

–No es lo que acordamos –dijo en un susurro cargado de deseo que, por primera vez, no trató de ocultar.

–Da igual lo que acordáramos. Las cosas han cambiado –Antonio dejó de masajearle los hombros y ella se volvió a mirarlo, aunque inmediatamente deseó no haberlo hecho, ya que la poderosa atracción que había entre ellos se apoderó de todo su cuerpo.

–¿Qué ha cambiado? –su mente intentó procesar lo que le acababa de decir mientras el cuerpo le ardía de deseo. ¿Cómo podía desear tanto a un hombre cuando sabía que no la quería?

«Porque lo quieres, porque siempre serás suya».

–No me negarás que la luna de miel cambió las cosas, Sadie. Esas noches apasionadas hicieron real nuestro matrimonio.

Ella lo miró y, mientras todas las dudas que tenía sobre haberse casado con él se erguían ante ella como un caballo encabritado, él le agarró la mano.

–Eres mi esposa y te deseo. Esta noche. En mi cama.

Ella quería decirle que era imposible, que, si él no la quería, no podían continuar casados. No podía vivir con él, pasar noches dichosas en sus brazos, como había hecho durante la luna de miel, sabiendo que él pronto querría pasar página y dar su matrimonio por concluido, igual que había hecho con su anterior matrimonio con Eloisa, que había estado lleno de secretos, además de haber sido de conveniencia.

–Antonio… –ella comenzó a hablar, a intentar decirle que no podía vivir así, que no podía seguir fingiendo. No podía ser lo que él deseaba que fuera, ni siquiera por Leo. El niño y ella no pertenecían a ese mundo de riqueza y glamour.

Mientras ese último pensamiento resonaba en su mente como las campanas de una iglesia en la campiña inglesa, él le agarró la otra mano y la puso en pie para abrazarla. Ella se sintió totalmente perdida cuando la besó. Y se rindió.

–No luches contra ello, Sadie –susurró él contra sus labios–. Vamos a disfrutar de la noche.

Ella no quería rodearle el cuello con los brazos, no quería introducirle lo dedos en el cabello ni responder a sus besos y apretar su cuerpo contra el de él, pero su deseo y su amor por él la dominaron.

Antonio le acarició el cuerpo por encima del fino camisón y ella supo que no podía seguir luchando. Lo deseaba tanto que el cuerpo entero le ardía.

Él se apartó de ella sin soltarla de la mano y la condujo a la cama. Ella oyó a lo lejos un ruido como si alguien se hubiera tirado a la piscina al aire libre. La descentró y le sirvió para recordar su decisión de mantener las distancias con respecto a él, al menos las físicas, ya que no las emocionales.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó en voz baja mientras él le soltaba la mano y le bajaba los tirantes del camisón.

–Me da exactamente lo mismo –contestó él en voz baja y ronca. Sus ojos brillaban de deseo–. Lo único que me importa ahora eres tú, Sadie.

Ella no tuvo tiempo de contestar antes de que los labios de Antonio se apoderaran de los suyos. El beso borró todos sus pensamientos, salvo el de volver a ser suya, solo esa noche. Por última vez se permitiría querer a Antonio Di Marcello.

Capítulo 12

A LA MAÑANA siguiente, Sadie tenía la sensibilidad a flor de piel. En contra de lo que había decidido, había vuelto a acostarse con Antonio. Sentía debilidad en los miembros a causa de las horas de sexo apasionado. Le daba náuseas pensar en su falta de control.

No tenía ganas de desayunar, pero no podía fallarle a Monika. Cecily y Calli estarían también, y aún no había tenido la oportunidad de hablar con ellas. La noche anterior, Cecily no había tenido ojos más que para Alejandro y Calli no se había despegado de Stavros.

Se sintió nerviosa e inferior al ponerse su nuevo vestido de flores. Le habían asegurado que sería perfecto para un día en la finca. Respiró hondo para recuperar la compostura y entró en la Rose Room.

Monika la esperaba con una cálida sonrisa de bienvenida.

–Me alegro mucho de volver a verte, Sadie. Estás muy guapa. ¿Cómo está tu adorable pequeño?

Era indudable que Monika estaba verdaderamente contenta de verla y que quería ser amiga no solo de ella, sino también de Cecily y Calli.

–Está bien –Sadie sonrió, a pesar de que se sentía culpable por haber dejado a Leo en Londres. Sin embargo, ¿no ere ese el estilo de vida de los ricos y famosos?

–Se nota que lo echas de menos.

A Sadie le sorprendió la intuición de Monika. ¿Era tan evidente lo que sentía? Si así fuera, ¿quería eso decir que todos sabían que su matrimonio no era de verdad, pero que la noche anterior había sucumbido a la seducción de Antonio?

–Sí –reconoció al tiempo que se sentaba a la mesa del desayuno. En ese momento entró Calli. Estaba tan hermosa que Sadie se preguntó qué podía tener en común con ella. Estaba segura de que una mujer con tanto glamour no querría hablar de niños, a diferencia de Monika. A pesar de su recelo, la recibió con afecto y siguió representando el papel de recién casada enamorada.

Pronto llegó Cecily. Su precioso cabello rubio brillaba al sol de la mañana, que entraba por los ventanales. Tenía una sonrisa radiante y sus ojos resplandecían de amor, lo que era de esperar en una mujer que acababa de prometerse.

Calli comenzó a hablar del baño que se había dado Stavros a media noche en la piscina. Sadie se ruborizó al recordar lo que Antonio y ella estaban haciendo justo en ese momento.

–Eso es lo que suelen hacer –Monika se echó a reír–. Le encanta desafiarse mutuamente, aunque, claro, este último desafío se ha llevado la palma.

Sadie miró a Monika, que parecía sugerir que el desafío lanzado a Antonio de llevar durante dos semanas una vida normal tenía un significado más profundo.

–¿Es algo que hacen muy a menudo? –preguntó recordando las palabras de Sebastien al brindar el día de su boda.

–¿Qué se apostaron? –preguntó Cecily a Monika.

–Si ganaba Sebastien, los demás se desharían de una de sus posesiones más preciadas; en el caso de Alejandro, por ejemplo, de su isla privada. Si Sebastien perdía, donaría la mitad de su fortuna a obras sociales.

–¿Y los tres han ganado la apuesta?

Monika asintió.

–Sebastien anunciará la donación dentro de unas semanas. Con ella, tiene la intención de montar un equipo de búsqueda y rescate que actué en todo el mundo, algo que desea fervientemente, después de estar casi a punto de desaparecer el año pasado.

Sadie dejó la taza de café en la mesa porque se le había hecho un nudo en el estómago. Había acusado a Antonio de ir de incógnito para espiarla. La falta de seguridad en sí misma y el sentimiento de culpa por no haberle revelado la existencia de Leo la habían llevado a sacar conclusiones apresuradas, cuando solo formaba parte de una estúpida apuesta.

–¿Vas a montar hoy? –preguntó Monika a Cecily.

Esta negó con la cabeza.

–Voy a dejar de prepararme para concursos hípicos hasta después de la boda. Pero iré a animar a Natalia.

Sadie tuvo la impresión, por la expresión de tristeza del rostro de Cecily al volverse a mirar por la ventana, que preferiría hacer lo contrario.

–Le he prometido a la hermana de Stavros que haría fotos de los jardines, pero supongo que acabaremos uniéndonos a la multitud para ver el concurso. Y tú, Sadie, ¿vas a ir?

–Sí –Sadie sonrió al recordar el desinterés de Antonio por los concursos hípicos. Ahora que sabía el tipo de retos a los que se solía enfrentar, no le extrañaba–. Estaremos allí, así que nos veremos.

La tarde era calurosa. Antonio y Sadie paseaban por el enorme recinto donde tenía lugar el concurso. Los espectadores contemplaban los caballos que pasaban a su lado a toda velocidad y aplaudían los saltos que daban para salvar obstáculos, pero Sadie parecía distraída. Sus pensamientos la habían llevado a otro lugar y no estaba representando el papel de recién casada enamorada que Antonio le había pedido insistentemente.

Él la tomó de la mano mientras se decía que también debía esforzarse si quería convencer a Alejandro y a Stavros de que había encontrado lo que Sebastien quería que hallara: el amor. Por lo que había visto de ellos con sus respectivas parejas en la reunión de la noche anterior, parecía que ellos sí lo habían conseguido. ¿Era él el único que no había superado el desafío?

Sadie dejó de andar, lo que le obligó a detenerse.

–¿Cuál es el propósito de este fin de semana, Antonio?

–¿Además de disfrutar de unos días lejos de nuestra residencia habitual con una hermosa mujer que resulta que es mi esposa? –bromeó él mientras recordaba la pasión de la noche anterior y la miraba a los ojos retándola a desviar la vista.

–¿No tendrá más bien que ver con las apuestas que os dedicáis a hacer, sobre todo con la última: vivir sin vuestra fortuna durante dos semanas? –su tono acusatorio era evidente, por lo que Antonio supo que no podía seguirle ocultando nada. Con independencia de

lo que sucediera ese fin de semana, tenía que aclarar las cosas con Sadie.

–Sí, en principio era eso lo que tenía que ser: demostrar que podíamos sobrevivir sin nuestra fortuna y todos los privilegios que la acompañan –Antonio siguió esquivando la verdad.

Sadie lo miraba con aquellos ojos tan verdes como las hojas de los árboles que los rodeaban, pero más bonitos. Al mirarse en ellos, sintió una opresión en el pecho que nunca había experimentado y que hizo que deseara contarle la verdad, hacer borrón y cuenta nueva y comenzar de nuevo, pero, esa vez, como era debido.

Quería hallar el amor y quería hallarlo con Sadie.

Se sintió molesto al ver las dudas y las preguntas que reflejaban sus ojos. ¿Cómo iban a borrar el pasado? Él la había hecho sufrir y ella le había ocultado la existencia de su hijo. A pesar de que se le había rendido la noche anterior, seguía manteniendo las distancias desde que habían vuelto de la luna de miel.

–Pero hay mucho más, ¿verdad, Antonio? –preguntó ella, lo que hizo que él volviera a centrarse en la conversación.

–Sí. Sebastien es un hombre hecho a sí mismo, que consiguió superar el estigma de haber sido criado por una madre soltera y pobre. Ha conseguido llegar muy alto.

Después de decir esas palabras, Antonio supo lo que Sadie estaba pensando: que estaba comparando a su amigo con ella y con Leo.

–¿Así que Stavros y Alejandro heredaron su fortuna, igual que tú?

Sadie dio media vuelta y comenzó a alejarse de la multitud hacia la zona boscosa. Él la siguió y se puso a su lado.

–Sebastien cree que todo lo que poseemos era superficial, que hay algo más que las cosas que esa fortuna heredada puede comprar, como mi colección de coches, el yate de Stavros o la isla privada de Alejandro.

Los pájaros comenzaron a cantar cuando llegaron a la sombra de los árboles y su canto se vio acompañado por el rumor del agua de un riachuelo cercano. Sin embargo, Antonio no lo notó. Solo tenía ojos y oídos para Sadie. Le importaba lo que pensaba, le importaba mucho.

–¿Y estás de acuerdo con él? –ella se detuvo y miró a su alrededor, sin atreverse a mirarlo a él.

–Que el dinero no da la felicidad es verdad –dijo él deteniéndose a su lado. Sintió el calor de su cuerpo tan cerca del suyo, pero tan lejos a la vez. Era como si estuvieran en extremos opuestos del país–. No se puede comprar con dinero, y es la felicidad lo que todos buscamos, la felicidad de la que disfrutan Monika y él.

–¿Por eso finges estar enamorado? No quieres que te consideren el único que ha perdido, que no ha alcanzado el objetivo, a pesar de que ni siquiera puedes pronunciar la palabra «amor».

Ella lo miró con una expresión de desdicha tan grande que le encogió el corazón.

¿Qué diantres le pasaba?, pensó él. ¿Por qué seguía pensando en su corazón como si verdaderamente estuvieran enamorados?

–Pero ¿y el amor, Antonio? ¿No formaba parte de la apuesta? ¿No teníais que encontrar un amor como el que es evidente que se profesan Monika y Sebastien? El dinero tampoco puede comprarlo.

Sus preguntas se interpusieron entre ambos y a Antonio le pareció que la suave brisa veraniega se había detenido esperando su respuesta. Nunca se había sentido tan fuera de su elemento, tan fracasado.

–No creo en el amor, Sadie. Te lo dejé claro desde el principio, pero entre nosotros hay algo especial, una atracción que nos une, sea lo que sea.

Su pasado había chocado con el presente y le obstaculizaba el futuro, por lo que volvió a tener la sensación de haber fracasado por completo. La había sentido también la noche anterior, mientras hablaban y jugaban al billar. Había fracasado: era el único que no había hallado lo que Sebastien pretendía que encontrara.

–Entonces, has perdido, Antonio –dijo Sadie, reforzando sus pensamientos, mientras echaba a andar de nuevo–. Mira, allí están Calli y Stavros. Están enamorados.

Él miró hacia el valle y allí, en un pequeño puente sobre el arroyo, Stavros y Calli se besaban apasionadamente.

Antonio frunció el ceño.

–Eso no demuestra nada, sobre todo después de lo de anoche, de que gritaras mi nombre mientras estábamos inmersos en una apasionada relación sexual.

Sadie se ruborizó al mencionar él lo que había sucedido entre ellos la noche anterior. Ella no había podido resistirse al hombre al que quería, pero era obvio que para Antonio había sido algo muy diferente: solo sexo. Su reacción al ver a Calli y Stavros lo confirmaba del peor modo posible.

–Sería bonito pintar aquí –afirmó ella en tono despreocupado, en un intento de pasar a otro tema que no le resultara tan doloroso como el hecho de que el hombre al que quería nunca la correspondería.

–Sí.

La evasiva respuesta de Antonio le dijo mucho más de lo que él creía: que no estaban hechos el uno para el otro. ¡Maldito fuera! No sabía hablar de sus sentimientos y emociones, y mucho menos experimentarlos.

Solo había una cosa que hacer: dar por terminado aquel matrimonio. De todos modos, ella no pertenecía a su mundo. Había sido una estúpida al creer que Leo y ella llegarían a encajar en él.

–Deberíamos volver a la pista. Puede que Cecily y Alejandro estén allí –ella no esperó a que le respondiera, sino que echó a andar para volver, desesperada por ocultarle su dolor y por contener las ganas de llorar.

Se hizo un silencio entre ellos y la tensión se volvió insoportable. Sadie se alegró cuando divisó a Alejandro y Cecily en las gradas viendo el concurso.

Antonio se puso al lado de Alejandro; Sadie, al lado de Cecily. Observó que se mostraba más reservada todavía que en el desayuno. La evidente preocupación de Alejandro por su prometida conmovió a Sadie, después de la conversación que acababa de tener con Antonio. ¿No veía este que sus dos amigos estaban enamorados? ¿Se imaginaba siquiera que ella lo quería, que se estaba desgarrando con el paso de las horas?

–Natalia, la sobrina de Sebastien, compite –Cecily se volvió hacia ella y, a pesar de su radiante sonrisa, Sadie notó una tensión subyacente, lo que hizo que se preguntara si Cecily estaba tan contenta de ser espectadora como había manifestado en el desayuno. Sin embargo, se reservó su opinión mientras el concurso continuaba.

Natalia quedó segunda en su especialidad para alegría de todos.

Sebastien insistió en que brindaran por la victoria en el entoldado que habían instalado para servir bebidas.

Estaba lleno a reventar y hacía mucho calor. Antes de situarse en una esquina, Sadie observó que Cecily y Antonio parecían estarse peleando.

Antonio y ella estaban a punto de huir del calor cuando Sadie oyó maldecir a Alejandro. Miró a Cecily, que había palidecido y parecía consternada. Alejandro le pasó rápidamente el brazo por los hombros y, tras decirle en tono burlón a Antonio que tenía que resolver una riña entre enamorados, salieron del entoldado y se dirigieron hacia la casa.

–¿Está Cecily bien? –preguntó Sadie, alarmada ante lo que acababa de contemplar.

–Claro que sí. Alejandro lo tiene todo controlado –respondió Antonio con el ceño fruncido mientras veía alejarse a la pareja.

Antonio y ella los siguieron. De repente, Sadie se volvió hacia él. No podía más, no podía ser lo que él deseaba ni, desde luego, estar rodeada de parejas tan enamoradas, parejas que habían hecho que se diera cuenta de que ella nunca estaría así con el hombre al que quería.

–Quiero volver a Londres ahora mismo –parecía una niña petulante, pero no podía seguir fingiendo–. No puedo ser la esposa que deseas, Antonio. No debí casarme contigo.

–De ninguna manera, no te puedes marchar. Te necesito aquí esta noche, por Sebastien –la voz de Antonio seguía siendo tan dura como cuando había visto lo sucedido entre Alejandro y Cecily.

–Tú puedes estar, pero yo no lo haré –lo miró desafiante, retándolo a negarse.

–Te necesito aquí, Sadie, y te quedarás –la miró con tanta intensidad que sus fuerzas comenzaron a flaquear.

–¿Por qué? –preguntó ella intentando escapar de su escrutinio–. ¿Para que Sebastien no crea que has perdido?, ¿para que no sepa que no nos hemos casado por amor?

–Sea lo que sea nuestro matrimonio, no me negarás que hay deseo y pasión mutuos. Utiliza eso esta noche, Sadie. Pase lo que pase, no quiero que Sebastien, ni tampoco Alejandro o Stavros, se enteren de las condiciones de nuestro matrimonio. Deben creer que estamos enamorados.

–No, no puedo quedarme –le espetó ella al tiempo que lo fulminaba con la mirada.

Él la agarró del brazo y se le acercó mientras otros invitados los adelantaban de camino a la casa para la celebración de la fiesta de aniversario. Antonio inclinó la cabeza y la besó. Ella no quería responderle, pero revivió su amor por él y no pudo hacer nada más que besarlo.

–Finges muy bien estar enamorada, Sadie –susurró él contra sus labios–. Quédate solo una noche más. Después podrás marcharte. Podrás irte con Leo donde quieras.

¿La dejaba libre? ¿Ya había elegido sus siguientes conquistas? ¿Pronto volverían a fotografiarlo con una nueva mujer del brazo para demostrar que seguía adelante? ¿Haría una declaración pública de que su matrimonio se había acabado, como cuando había estado casado con Eloisa?

–Tengo que irme –se apartó de él. Ansiaba llegar al refugio de la suite–. Este no es mi mundo. Nunca seré como Monika.

Él frunció el ceño y la miró con enfado.

–Te quedarás una noche más.

–No puedo.

Él la agarró de la mano y ella se volvió a mirarlo.

–Claro que puedes, Sadie, y te quedarás.

Capítulo 13

ANTONIO se sentó a esperar a Sadie. Le apretaba la pajarita del esmoquin y comenzaba a preguntarse si ella saldría del dormitorio de una vez. ¿La había presionado demasiado? ¿Acaso estaría ella haciendo la maleta para abandonar no solo Waldenbrook, sino también a él?

La idea le produjo un sudor frío que hizo que se levantara y se acercara a la ventana a mirar el inmaculado jardín. Por primera vez en la vida, se hallaba en una situación que no controlaba, que no sabía cómo manejar. Estaba tan perdido que se sentía muy asustado.

Oyó abrirse la puerta del dormitorio detrás de él, pero se mantuvo inmóvil y erguido, con el corazón latiéndole de un modo que nunca había experimentado. No quería volverse y verla con la maleta en la mano, dispuesta a marcharse.

La deseaba demasiado. Y no solo quería que fingiera el amor y la felicidad que creía que Sebastien necesitaba ver, sino que quería estar con ella.

–¿Antonio? –la suave voz de Sadie aumentó su confusión emocional. Se volvió lentamente.

Ella se hallaba frente a él y llevaba un vestido largo de seda, la mitad negro y la otra mitad blanco. El cuerpo, sin tirantes, se ajustaba a su figura a la perfección y el atrevido escote era casi tan sexy como la abertura de la parte delantera que dejó ver sus largas, bronceadas y sexys piernas, cuando ella se le acercó.

Se sintió muy aliviado, pero, extrañamente, no porque ella fuera a ir a la fiesta y a seguir fingiendo que estaba enamorada, sino porque no lo había abandonado; al menos, de momento. Respiró

hondo al imaginarse la vida sin ella y sintió un escalofrío.

–No te hagas ilusiones –dijo ella con dureza al pasar a su lado–. Esto no significa que vaya a representar el papel de amante esposa, como me has exigido, ni tampoco que no vaya a marcharme en cuanto pueda.

–Entonces, ¿qué significa? –preguntó él, que se había vuelto a centrar con rapidez y había recuperado su fría actitud de indiferencia.

–Significa que no quiero defraudar a Monika, que quiero ver a Calli y, sobre todo, a Cecily. Quiero asegurarme de que está bien.

–Lo está. Le he preguntado a Alejandro cuando hemos ido de caza.

Ella lo miró y siguió hablando como si él no lo hubiera hecho, como si hubiera interrumpido un discurso bien preparado.

–No significa nada más. Ahora, si estás listo, me gustaría bajar a la fiesta.

Antonio respiró hondo. No estaba seguro de que le gustara esa versión resuelta y decidida de Sadie. Esa noche, todo en ella era distinto: el maquillaje, el cabello… Incluso el vestido la hacía parecer diferente. Demostraba aplomo y elegancia, y no se parecía a la mujer que Sebastien había pretendido que encontrara en el taller.

No habría un solo hombre en la fiesta que no la mirara.

Antonio le tendió el brazo con la esperanza de rebajar la tensión, deseoso de hacer algo que le devolviera a la mujer que le había robado el corazón.

–*Va bene, mia bella,* acepto tus condiciones.

Mientras bajaban por la escalera, él no apartó la vista de las piernas de Sadie, que se le mostraban a cada paso de forma seductora. Eso lo distraía cuando iba a necesitar toda su concentración esa noche si quería convencer a Sebastien de que había tenido éxito completo al enfrentarse al desafío.

Después se enfrentaría a otro: persuadir a Sadie de que se quedara, de que le diera otra oportunidad de ser el hombre que se merecía y el padre que Leo necesitaba.

Unos instantes después entraron en el entoldado. Lucecitas doradas adornaban el techo de tela color crema y había candelabros que colgaban del centro. Las mesas estaban puestas con manteles de la misma tela. Antonio notó que Sadie contenía la respiración al

entrar.

–Qué bonito –susurró, y lo miró sonriendo. Parecía haber olvidado la frialdad de hacía unos momentos. ¿O simplemente se trataba de que fingía ser una mujer enamorada?

–Sadie, estás preciosa –Monika le sonrió mientras Antonio y Sebastien se miraban durante unos segundos, mientras este hablaba con otros invitados.

Sadie se ruborizó ante el elogio de Monika, pero nadie superaba la alta y esbelta figura de esta, que llevaba un vestido de seda color crema.

–Pues tú, Monika, resplandeces como una mujer enamorada que celebra felizmente su primer aniversario de boda.

Monika rio suavemente mientras Sadie trataba de hacer caso omiso de la presencia de Antonio a su lado. Se imaginaba que debía de estar aún fulminándola con la mirada, como cuando ella había salido del dormitorio. ¿Qué se esperaba Antonio?, ¿que huyera sin cumplir su parte del trato? Le demostraría que podía ser tan fría como él; más aún.

Se había quedado para ir a la fiesta, como le había pedido, con la esperanza de que entrara en razón y la dejara ir y llevarse a Leo para vivir tranquilamente allí, en Inglaterra. Ella nunca sería como Monika. Además, Antonio había cambiado mucho con respecto al hombre del que se había enamorado: se había vuelto más frío y duro.

El amor no iba a formar parte de su matrimonio en modo alguno, y la única manera de protegerse el corazón y proteger a Leo era irse.

–Estáis las dos preciosas –la voz profunda de Antonio la sacó de sus pensamientos. Él le puso la mano en el hombro y su contacto le quemó la piel.

–Sebastien está en su elemento –afirmó Monika sonriendo–. Sus tres chicos, como os llama, están enamorados y son felices.

Sadie notó que Antonio la miraba, pero siguió sonriendo. Representaría el papel de amante esposa solo un poco más y, después, se acabaría.

La música llenó el ambiente de sensualidad y Sebastien se acercó

a pedirle a Monika el primer baile. La mano de Antonio seguía en el hombro de Sadie al hacer un corro con los otros invitados para ver bailar a la pareja.

Sadie vio a Cecily. Estaba muy elegante con su vestido dorado y sonreía con Alejandro a su lado. Su repentina salida del concurso hípico esa tarde no debía de haberse producido por nada grave, a pesar de que Alejandro se hubiera abierto paso entre la multitud para salir llevándola abrazada por los hombros.

Mientras otras parejas se unían a Monika y Sebastien en la pista, Antonio la tomó de la mano y para sacarla a bailar. Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella y la quemaron por dentro. De repente, Sadie se sintió tímida y bajó la vista.

Él la atrajo hacia sí mientras sonaba la música. Con cada paso de baile, aumentaba en ella la convicción de que debía marcharse, de que no podía ser su esposa. No podía fingir que lo quería, cuando, de hecho, lo hacía. Tampoco podía estar con un hombre que condenaba y despreciaba el amor, que reconocía que no le interesaba.

Lo miró sabiendo que no podía seguir y agradecida por haber puesto en práctica su plan de huida antes de vestirse para la fiesta.

–Me marcho esta noche, Antonio.

–¿Cómo?

–Te dejo, Antonio, esta noche –él se limitó a mirarla, sin que su rostro revelara emoción alguna.

Su control era increíble. Ni siquiera había rechistado. Lo único que hizo fue apretarla más contra sí e inclinar más la cabeza. ¿Iba a besarla o quería que la conversación transcurriera en el tono más bajo posible?

–¿Y dónde vas a ir? –le susurró al oído con voz dura. Ella intentó no estremecerse cuando su aliento le acarició el cuello.

–He pedido un taxi para que me recoja aquí, esta noche, y me lleve de vuelta a Londres. Me quedaré en tu casa hasta que Leo se despierte por la mañana y nos iremos a casa de mis padres.

Sadie seguía sin entender cómo había podido organizarlo todo con tanta calma mientras se preparaba para ir a la fiesta y se arreglaba elegantemente para convencer a Sebastien y a los amigos de Antonio de que estaban enamorados.

–Ya he desempañado mi papel. No hay razón alguna para que

siga aquí.

–No voy a permitírtelo.

Ella lo miró sin siquiera darse cuenta de que había dejado de bailar y sin importarle que estuvieran llamando la atención de quienes se hallaban cerca.

–Solo es cuestión de tiempo que desees que desaparezca de tu vida, como te pasó con Eloisa.

–Eso fue distinto.

–No la querías. Fue un matrimonio de conveniencia, según dijiste. Igual que el nuestro.

–No puedo darte nada más.

Eso era todo. Ella sabía con certeza que nunca le daría el amor que deseaba y necesitaba, el que se merecía. Y, si seguía casada con él, se iría muriendo poco a poco. No podía hacerse eso a sí misma ni hacérselo a Leo. Debía marcharse.

–¿Nada? –odió que le temblase la voz y que esa única palabra estuviera llena de necesidad.

–Solo quería a mi hijo, Sadie –ella tragó saliva al oír la verdad de sus labios, una verdad que le partió el corazón–. Nunca se ha tratado de nosotros, sino de Leo.

Antes de que pudiera detenerla, Sadie salió corriendo del entoldado. Oyó que Monika la llamaba, pero no oyó a Antonio. Ni siquiera le importaba lo suficiente para tratar de detenerla. Cegada por las lágrimas, se quitó los zapatos, los agarró con una mano, se subió el vestido con la otra y corrió descalza por la fría hierba hacia la oscuridad de la noche.

Lo único que quería era alejarse de todos. Deseaba paz y tranquilidad para lamerse las heridas. Después volvería a Londres a buscar a Leo.

Antonio observó a Sadie correr por el césped como si la persiguiera el diablo. ¿Tanto lo odiaba? Él le había hecho daño, lo había visto en sus ojos. Había querido explicarle que su primer matrimonio había sido distinto porque no quería a Eloisa y reconocer que, aunque formar parte de la vida de Leo había sido lo que lo había impulsado a pedirle que se casaran, las cosas habían cambiado. Sin embargo, las palabras habían muerto antes de

pronunciarlas, al mismo tiempo que se daba cuenta de la verdad.

Quería a Sadie.

Agarró una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba a su lado y se la bebió de un trago. ¿Qué le había impedido decírselo?, ¿el miedo a que lo rechazara?, ¿el miedo al amor?

–¿Dónde está tu encantadora esposa? –le preguntó Sebastien acercándose a él y ofreciéndole un whisky. Ambos coincidían en que el champán no servía para ocasiones como aquella.

Antonio miró hacia la oscuridad y las praderas vacías que Sadie acababa de cruzar corriendo. Le dolía el corazón. Era consciente de que, a su lado, Sebastien lo observaba pacientemente, como siempre, mientras intentaba enfrentarse a la magnitud de lo que se había estado negando demasiado tiempo.

–No estoy seguro de que quiera ser mi esposa –contestó Antonio, por fin, mientras se daba cuenta de que la había perdido para siempre. La mujer a la que quería había desaparecido de su vida.

–Así que todavía no has superado por completo el desafío –afirmó Sebastien.

Antonio lo fulminó con la mirada, apenas consciente de que la fiesta continuaba a su alrededor ni de las miradas inquisitivas de Alejandro y Stavros.

–Eso parece. No se trataba de vivir sin nuestra fortuna, ¿verdad, Sebastien? –Antonio habló en voz baja porque no quería que nadie los oyera–. Dime, ¿de verdad no sabías nada de Leo?

–¿De tu hijo? No –Sebastien le puso la mano en la espalda y lo condujo fuera del entoldado, lejos de las miradas entrometidas–. Quería que encontraras lo que yo había hallado en Monika y sabía que solo lo harías con una mujer determinada. Me hablaste de ella después del alud y me dijiste que Sadie era la única mujer a la que de verdad deseabas. Creí que me estabas diciendo que la querías.

–Querer y desear son cosas distintas –dijo Antonio mientras el ruido de la fiesta iba disminuyendo a medida que se alejaban por el césped. Las lucecitas, que iluminaban el jardín de forma romántica y soñadora, no se adecuaban a su estado de ánimo.

–Cuando me hablaste de ella, lo vi en tus ojos, Antonio. Lo recuerdo como si me lo acabaras de decir. No me decías que la desearas, sino que la querías. Por eso hice de ella el centro de tu desafío, y, por la expresión de su rostro antes de marcharse, ella

también te quiere.

–No soy capaz de amar. Ni siquiera sé qué se siente. Lo único que sé es que no puedo dejar que se vaya. No puedo vivir sin ella –la confesión le desgarró y le llenó de pánico.

Sebastien no dijo nada. Se detuvo y enarcó las cejas al tiempo que lo miraba intensamente. Antonio apartó la vista. Su estado de ánimo empeoraba por momentos.

Claro que sabía lo que se sentía al estar enamorado, pero no se había permitido reconocerlo. El amor eran las dulces caricias de Sadie, sonaba como su risa y olía como su aroma a flores. Y su sabor era el de sus besos.

Se mesó el cabello maldiciendo en italiano y miró a Sebastien.

–He sido un imbécil. La quiero y quiero compartir mi vida entera con ella.

–Pues ve a hacer que sea realidad. Ábrele tu corazón, Antonio, y déjala entrar en él. Deja que el amor entre.

Antonio no pudo contestar a sus palabras, pero estas liberaron algo en su interior. Quería a Sadie, la quería con toda su alma y deseaba su amor, un amor que ella había tratado de ofrecerle, pero que él había rechazado.

¿Era ya tarde? ¿Se había marchado de su vida para siempre?

Sadie estuvo a punto de derrumbarse al llegar a la casa, que estaba en silencio porque todos se hallaban en la fiesta, celebrando el amor, algo de lo que ella ya no formaba parte. Era muy doloroso saber que su amor nunca se vería correspondido.

Se sentó en el escalón inferior de la entrada totalmente desanimada. Había apostado por el amor y lo había perdido todo. Se echó hacia delante e intentó recuperar la compostura respirando profundamente. Al cabo de unos segundos se levantaría y dejaría atrás a la Sadie que había intentado ser para el hombre al que amaba y volvería a ser ella misma, la madre soltera de Leo.

Después volvería a Londres a buscarlo y empezaría de nuevo.

Vertió una lágrima al pensar en su hijo, tan lejos.

Apretó los puños y se mordió un dedo para ahogar los sollozos, pero fue inútil, ya que las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas.

¿Lloraba por Leo?, ¿por Antonio?, ¿o por su amor no correspondido?

Cerró los ojos e intentó calmarse. Ya tendría tiempo de llorar más tarde. Tenía que recobrar la compostura, recuperar el control de sí misma y marcharse de allí inmediatamente, alejarse del hombre que se había casado con ella por una estúpida apuesta.

El dolor que le produjo esa idea se mezcló con la ira y la vergüenza que sentía. Siguió acurrucada en el escalón durante unos minutos mientras se tranquilizaba. Abrió los ojos y miró el suelo de mármol, que estaba frío bajo sus pies desnudos. Entonces apareció ante su vista un par de zapatos negros.

Ahogó un grito y se irguió para mirar a Antonio. Seguía estando terriblemente sexy con el esmoquin, pero se hallaba ligeramente despeinado y la miraba con el ceño fruncido. Aquello era lo único que le faltaba a Sadie: tener que volver a enfrentarse a él.

–Nada de lo que me digas me hará cambiar de opinión. Se ha acabado. Hemos terminado –dijo con una acritud derivada de la necesidad de protegerse.

Sin embargo, el siguió frente a ella mirándola intensamente con sus ojos oscuros.

¡Maldito fuera! ¿No había en él ni una pizca de emoción?

–He anulado el taxi –el tono autoritario de su voz resonó en el vestíbulo y en el corazón y la mente de Sadie.

–¿Qué? –fue lo único que ella consiguió decir. Se había quedado literalmente sin habla ante su arrogancia.

–Le he dicho al taxista que se volviera –él seguía frente a ella, dominando cada latido de su corazón.

–¿Por qué?

–Voy a ayudarte a levantarte –dijo él mientras le agarraba una mano y lanzaba una mirada a los zapatos que ella había dejado en escalón para luego volver a mirarla.

–Puedo hacerlo sola. No necesito tu ayuda –le espetó ella mientras se volvía a poner los zapatos y se levantaba. A pesar de estar en el escalón, solo se hallaba un par de centímetros por encima de él–. No la he necesitado en los últimos cuatro años, y así voy a continuar.

–No puedes irte, Sadie –la miró. Aún la tenía agarrada de la mano. La esperanza comenzó a abrirse paso en el corazón de ella,

pero la rechazó. No había esperanza.

–Tengo que hacerlo –la voz se le quebró. Sadie respiró hondo, intentando desesperadamente no perder el control de sí misma ni de la situación–. No puedo vivir así ni ser lo que quieres que sea.

–No puedes marcharte, Sadie. No voy a dejarte –Antonio la miró y, por primera vez, ella vio incertidumbre en su ojos. De nuevo comenzó a tener esperanza.

Negó con la cabeza y trató de soltarse de su mano. Estaba imaginando cosas, viendo lo que deseaba ver.

–No pertenezco a tu mundo, Antonio, y Leo tampoco. Nuestras vidas son muy distintas y, aunque no lo fueran, no puedo vivir en la mentira en que se ha convertido nuestro matrimonio.

–Sadie, no puedes marcharte porque te quiero.

–Pero… –se detuvo y volvió a mirarlo, y esa vez vio algo más que incertidumbre en sus ojos.

–Te quiero –le agarró la otra mano y la atrajo hacia sí. Algunos mechones de cabello cayeron sobre el rostro de Sadie, que parpadeaba sorprendida. Pero siguió intentando protegerse el corazón.

–Tú no crees en el amor.

–No es así, Sadie. Lo que pasa es que nunca le había abierto el corazón ni le había dejado formar parte de mi vida. Ese fin de semana en que estuvimos juntos por primera vez, me enseñaste lo que era el amor, pero yo seguí despreciándolo.

–¿Y por qué ahora? –preguntó ella en un trémulo susurro mientras recordaba el desafío que les había lanzado Sebastien, a él y a sus amigos, de que buscaran el amor que Monika y él sentían el uno por el otro–. ¿Por el desafío?

–Porque he sido un estúpido. Te quiero, Sadie. Te he querido desde el día en que nos conocimos.

–¿Que me quieres? –a Sadie le resultaba increíble lo que oía.

La quería. Era lo que siempre había deseado oírle decir.

–Pero no formo parte de tu mundo, Antonio. No puedo ser lo que buscas en una esposa porque deseo amar y ser amada, querida de verdad. Y Leo desea lo mismo.

Él le acarició la mejilla con la palma de la mano y ella tragó saliva y lo miró a los ojos, que en aquel momento expresaban algo muy distinto del deseo de la noche anterior. Estaban llenos de amor

por ella.

–La mujer a la que quiero forma parte de mi vida y haré lo que sea necesario para que me haga ese honor. Sadie, ¿podrás perdonarme algún día?

La desesperación de su voz estuvo a punto de desgarrarle el corazón a Sadie, que avanzó hacia él. Antonio le soltó las manos y la abrazó por la cintura.

Se estaba tan bien entre sus brazos… Ese era su lugar, con el hombre al que quería.

–Con una condición –dijo ella en tono juguetón, mirándolo a los ojos.

–¿Cuál?

–Que no dejes de decirme que me amas, porque yo te quiero mucho, Antonio.

El beso que él depositó en sus labios comenzó siendo tierno y amoroso, pero, al atraerla más hacia sí, se volvió apasionado. Era lo que ella siempre había deseado: que el hombre al que ella amaba le dijera que la amaba.

Sus bocas se separaron mientras respiraban entrecortadamente. Él la miró sonriendo de manera sexy y traviesa.

–Y ahora, Sadie Di Marcello, voy a demostrarte cuánto te quiero.

–¿Y la fiesta?

–Tengo cosas muchos más importantes en que pensar que en la fiesta, como hacerle el amor a mi esposa y decirle todas las veces que desee que la quiero.

Sadie le sonrió.

–Eres incorregible. Por eso te quiero.

Epílogo

ANTONIO se hallaba frente a la chimenea encendida en su chalé de St. Moritz y observaba a Sadie, que miraba pensativamente por la ventana la oscuridad de la noche. Él vio la nieve que caía ininterrumpidamente y las brillantes luces de otros chalés y hoteles, que se añadían al ambiente festivo de la Nochebuena.

Eran sus primeras Navidades de padre y esposo. Menos de un año antes, él había estado allí, soltero, aceptando el último reto ideado por el grupo. Qué poco se imaginaba ninguno de ellos, al aceptar el desafío de tirarse en parapente desde la montaña y planear sobre rocas y árboles cubiertos de nieve, cuánto cambiarían sus vidas después del siguiente desafío.

La apuesta que Sebastien había propuesto estaba hecha a la medida de Antonio, para que volviera a buscar a la única mujer con la que había deseado tener algo más que una aventura. De algún modo, Sebastien se había dado cuenta de que se había enamorado de Sadie.

Tenía mucho que agradecerle a Sebastien, al igual que Stavros y Alejandro. Antonio sonrió. Sebastien estaba en lo cierto: la vida era mucho más que sus fortunas, heredadas o conseguidas. Había cosas mucho más valiosas que saborear en la vida.

–Leo se ha adaptado bien –dijo al tiempo que se apartaba del calor del fuego y se acercaba a Sadie, a la que veía reflejada en el cristal del ventanal, desde el que había maravillosas vistas de la montañas nevadas y los tejados de otros chalés de la ciudad alpina.

El brillo dorado de las luces contrastaba con el tono azulado de la nieve invernal y componía una vista muy romántica. Sadie se volvió hacia él sonriendo con los ojos llenos de amor, amor por su

hijo y por él. Antonio notó cómo emanaba de ella y se dirigía hacia él, envolviéndolo como si la hubiera abrazado. Era un amor que antes no conocía, un amor del que ya no quería prescindir.

–Así es –afirmó ella con voz risueña y, cuando él le agarró las manos, supo que la vida sin amor, las preguntas y las dudas… todo eso formaba parte del pasado–. A propósito, gracias.

Él frunció el ceño.

–¿Por qué, *mia bella*?

–Por traernos aquí. Esto es precioso –Sadie volvió a mirar por la ventana el paisaje nevado y los grandes copos que seguían cayendo–. Por olvidar el pasado y traer a tus padres y a los míos. Serán unas Navidades muy especiales para Leo: las primeras con toda su familia.

–Quería que nuestras primeras Navidades familiares fueran especiales.

Deseaba compensar a su hijo por los años perdidos, pero no lo dijo. Ya estaba convencido de que Sadie no había pretendido ocultarle la existencia de Leo, que había sido culpa de su madre, impulsada por una mal entendida lealtad hacia Eloisa y hacia él.

El perdón era una lección que había aprendido gracias a Sebastien, al desafiarlo a vivir y trabajar como un hombre normal. Claro que ser mecánico en Milán solo era el envoltorio de otro desafío mayor: el de encontrar el amor.

–Dondequiera que hubiéramos estado, habrían sido especiales –Sadie volvió la cabeza para mirarlo mientras él la abrazaba por detrás e, incapaz de resistirse, la besaba. El intenso deseo que seguía existiendo entre ambos lo impulsaba a hacerlo.

Cuando Antonio se echó hacia atrás para mirarle el rostro, Sadie sintió que su amor por su esposo no tenía límites. Lo miró a los ojos y vio en ellos deseo y también amor, el amor con el que siempre había soñado.

–Pero quería que estas Navidades fueran más que especiales, ya que son las primeras que pasaremos como padres y matrimonio –dijo él.

Su voz era profunda y sexy y ella contempló las luces de St. Moritz y se apoyó en él cuando la atrajo hacia sí.

–¿Y qué las hará las próximas más que especiales? –preguntó ella bromeando y sonriendo como una mujer enamorada cuando él le acarició el vientre, algo prominente a causa del bebé concebido en la luna de miel.

–Tener a nuestro nuevo hijo con nosotros –la besó en el cuello y ella cerró los ojos y suspiró feliz.

–¿Qué te parecería que también fuera niño, como Leo?

–Lo único que quiero es que el bebé esté sano y sea feliz –la miró, muy serio de repente–. Te quiero, Sadie. Nunca pensé que encontraría la felicidad que he hallado con Leo y contigo, por lo que será maravilloso tener otro hijo, concebido, además, en la luna de miel.

–Entonces, ¿no te importará que sea una niña? –continuó bromeando ella, que había guardado el secreto desde el día que se había hecho la última ecografía y sabía el sexo del bebé.

–Si es como tú, ¿cómo me va a importar, *bella mia*? –miró hacia abajo, por encima del hombro de ella, y le volvió a acariciar el vientre, con su futuro hijo dentro–. ¿Me estás diciendo que lo que tenemos aquí es una hermosa niña?

–Sí –susurró ella luchando contra el deseo que habían despertado en ella sus caricias.

Él la hizo volverse hacia sí lentamente y la miró a los ojos. Cuando la besó, Sadie se olvidó de la vista y de la nieve que seguía cayendo sin parar.

Sí, serían unas perfectas Navidades blancas para Leo.

En aquel momento solo pensó en Antonio y en lo feliz que se sentía.

Se echó hacia atrás para decirle:

–Te quiero mucho, Antonio.

Él esbozó esa sonrisa sexy y despreocupada que le había robado el corazón desde el momento en que lo había conocido.

–*Ti amo, mia bella. Ti amo.*

Podrás conocer la historia de Xenakis en el segundo libro de Millonarios de incógnito del próximo mes titulado:
UNA APUESTA ARRIESGADA

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

